RICARDO VICTORICA

CRITICA VANA

Il faut que la critique soit extrêmement attentive, inquiète et complaisante.

André Beaunier.

VIAU & ZONA
Editores

FLORIDA 641 - Bs. AIRES
1929

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

AC75
.V362

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/crticavana00vict

CRITICA VANA

DEL AUTOR

Errores y omisiones de la obra "Bibliografía del General San Martín y de la Emancipación Sud Americana".

Rehabilitación y matrícula (agotado).

Rehabilitación, concordato y matrícula (agotado).

La cláusula de no volver a establecerse - 2 ediciones (agotado).

Sobre concordato preventivo — Maneras de ver sugeridas por la práctica - 2 ediciones (agotado).

Diccionario de Jurisprudencia (3 volúmenes).

Crítica estéril.

Juan B. Estrada — In memoriam (edición privada).

Juan Carlos Dávila — Memoratio (edición privada).

Juan Manuel Balado — Memoratus (edición privada).

Dr. Mario A. Carranza — In memoriam (edición privada).

Errores y omisiones del Diccionario de anónimos y seudónimos hispanoamericanos de José Toribio Medina.

"Gaceta del Foro"—Jurisprudencia—Legislación—Doctrina Desde febrero de 1923 — En curso de publicación - agotados los 35 primeros tomos (78 volúmenes).

PROXIMOS A APARECER

Diccionario de Jurisprudencia — Tomos 4, 5 y 6.

La Misión Vázquez y los barcos comprados a Chile en 1826.

Crítica innocua.

RC
C

AC75
.V362

RICARDO VICTORICA

CRITICA VANA

Il faut que la critique soit extrêmement attentive, inquiète et complaisante.

André Beaunier.

VIAU & ZONA
Editores

FLORIDA 641 - Bs. AIRES
1929

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

A la memoria de mi santa madre, Agustina Quesada de Victorica, que al evocarla pareciera extenderme la mano, ilusión que suaviza la pena.

LETRADURÍA

Anda, ya que lo quieres, no obstante que podías permanecer tranquilo en la casa.

Marcial.

Una vez más todavía, y mucho nos tememos que no sea la última, salvo que el acontecimiento inevitable, fin y remate de toda vida humana se produzca antes de una nueva y siempre probable reincidencia, una vez más, decíamos, volvemos presuntuosos a reunir en volumen, inmerecido por cierto, los efímeros y circunstanciales trabajos, mejor, inocentes soliloquios, de quien piensa alto interrogando a su propio espíritu, con respecto al libro concluído de leer, con mayor o menor provecho, y del cual el autor quiso, con todo, opinión huérfana de autoridad.

Innocuo solazarse en el prolijo análisis del propio pobre juicio, sobre la obra nueva a él sometida, que ha entretenido, en su invariable precipitada confección, y subsiguiente indispensable toquetear, el ocaso melancólico de una vida opaca y estéril, tanto en la acción como en el pensamiento, malgrado haberla, en toda su no corta latitud, vivido siempre intensamente por él, en él y para él, buscando afanoso también completarse, pues la propia razón al hombre no le basta por muy lejos que vea, y lo incompleto de ella lo tortura.

Con marcadísima preferencia sobre todo para el exquisito emotivo y subyugante pensamiento ajeno, que de-

leitó con inefable creciente embeleso, sin interrupción ni fatiga, fuerte y permanentemente, a quien deslumbrado e iluminado a un tiempo mismo, fué capaz de gustarlo en toda su capitosa belleza, como a la evidencia lo demuestra cual axioma, el uso y aun el abuso pretendido de las citas, no pocas veces con amable manera reprochado.

Divino don o vicio, para nosotros, amenguado solo, porque fuimos siempre inaptos para producir ni siquiera mediocre, el propio pensamiento, como con solo leernos fragmentariamente nada más, se percata cualquiera, sin el menor esfuerzo. La prueba huelga ante la paladina y espontánea confesión, sin sonrojo y casi con petulante orgullo formulada.

Por lo que ante la fría y tranquila majestad de lo estéril del esfuerzo realizado, castigo, puede ser, del encastillarse refractario y uraño, en los caros y rígidos conceptos, prejuicios arcaicos para la mayoría, hemos con fruición consoladora abrevado nuestra sed inextinguible y permanente de belleza —postulado de la razón y lujo del espíritu— en la copa de oro del ajeno ingenio.

Preciosa copa, que no es, no, la de bastarda ambición que perturba y tuerce las conciencias, y sí la mil veces preferible, en su desdibujar del existir, a la embriaguez que acción brinda sin tasa, inescrupulosa y cínica, donde atropelladamente se olvidan adrede o se echan a las anchas espaldas, aquellos referidos puros conceptos, en precipitado holocausto a los ansiados triunfos, que a bregar llevan, por turbios que ellos sean y equívoca o repugnante la forma elegida para en breve plazo y sin mayor noble esfuerzo procurárselos.

De Bonald, tan tendenciosamente olvidado, nos ha dicho en su prosa cuidada: "una sociedad sin prejuicios hace un mundo sin escrúpulos"; peligro inmenso del que debemos tratar de liberarnos a toda costa, aun desertando

de la acción, cuando ella se torna innoble o mala, sin que pueda eso tildarse de cobardía.

Contemplemos sin mezclarnos y menospreciándolas a esas luchas de mezquinos intereses que se libran en el lodo. Monótono y continuado espectáculo que el actual mundo nos ofrece en su nesciencia artera y petulante, tornando ridículo al repetir el verbo del maestro, sin penetrar su esencia, sin querer conocerla por pereza, olvidando las palabras de hombre, para solo declamar con artificioso e injustificado livor, frases de comediantes mediocres. ¡Con cuánta facilidad los gestos nobles se hacen grotescos, al mirarlos en la sombre que proyectan!

Contristante espectáculo de cualquier manera que se le considere o contemple, por más que pudiera aceptarse como exacta, en su mayor y más amplio significado, la afirmación de ese estilista sólido y reposado, Hipólito Taine: "en todo ideal hay una llaga, como un gusano en un hermoso fruto".

Recoleto refugio, cómodo cuanto obscuro y apacible, aquél en el que las íntimas satisfacciones se suceden silenciosa y paulatinamente, en ese cuasi renunciamiento, al solo seguir con religiosa exactitud y vocación sincera, el sabio consejo de Lamothe le Vayer, de quien Guez de Balzac, decía con gracia: "vive haciendo estragos en los buenos libros"; pero pese al chiste, que resulta un acabado elogio en nuestro sentir modesto, aquel olvidado ingenio nos enseña bien, pero muy bien, al asegurar sin hipocresía y con honrosa y no frecuente franqueza, que: "un buen pensamiento, sea cual fuere el rincón de donde venga, vale más que una tontería de la propia cosecha".

Ya Séneca, por otra parte, con bastante anterioridad, aun cuando de diferente manera, interesante siempre es recordarlo, nos lo había dicho, en una de esas sus eternamente bellas y atrayentes Epístolas, con interés creciente

releídas en cada nueva etapa de la vida, valiéndose de su habitual apodíctica y concisa manera: "lo que es verdad me pertenece, hago mío todo lo bueno que por alguien ha sido dicho".

Pretendido defecto este de citar a diestra y siniestra, en el que deliberada y conscientemente, con verdadera fruición y tranquilidad de espíritu insistimos hoy aún, entre muchas otras causas atendibles, por el goce intrínseco que en sí mismo proporciona, el encontrar primero y después en la producción propia incrustar en adecuada forma, los bellos pensamientos de los otros.

Siguiendo con ello, entre otros muchos ejemplos clásicos, el de Virgilio, que, proporción guardada, "sacaba perlas del estercolero de Ennio, para engarzarlas en el oro de sus versos divinos", según frase hecha célebre en la literatura universal, a la que con mucha frecuencia y éxito seguro se alude siempre que cuadra.

Procedimiento el de citar, que además engalana amenizando la pobre prosa propia, y dále todavía, al como perfumarla, una mayor autoridad en general, sobre todo para el más grande número, amorfo detentador orgulloso de tanta y tanta ignorancia circulante, entronizada en todas partes excluyentemente. Algunas pocas de las cuales podrían llamarse "bellas ignorancias", si no conspirara contra tal paradoja, la excesiva movilidad inmotivada o empequeñecida, que caracteriza el enfermo mundo de hoy, que ha, histérica y alevosamente, asesinado, a la suprema dignidad, al atentar contra el prestigio de la jerarquía, por más que no sean la misma cosa, aun cuando quiera confundírselas, involucrando una en otra, con tendenciosa mala fe, porque convenir es necesario ya que resulta innegable de los propios demostradores hechos, existe jerarquía sin dignidad, como se encuentra con harta frecuencia ésta sin aquélla.

Viene como naturalmente en nuestra ayuda, para más y mejor forcir el postulado, lo que con notable exactitud de concepto y no descuidada forma como suele acontecerle por lo general, nos dice el pulcro admirador de Terencio, el muy poco recordado jansenista austero, en cuya lectura se deleitaba Madame de Sévigné y que aburría con razón desesperadamente a J. de Maistre, hemos nombrado, nos parece a Pedro Nicole, que nos asegura y tienta a creerlo: "no es la verdad lo que persuade a los hombres, sino quien la dice".

Rotunda y categórica afirmación, que aun cuando queriéndosela discutir como verdad absoluta o mayor, se embellece todavía mucho más, sin duda alguna, pensando que la formulaba, con encomiable y de admirar sincera modestia, como sólido y decisivo argumento, para convencer a otro célebre jansenista, el grande y respetado Arnaud, de que él solo apareciera como autor del en su época, tan afamado libro: "La pérpetuité de la foi".

Libro ese que hoy ha quedado convertido en una simple curiosidad bibliográfica; como es un bello y edificante recuerdo histórico nada más, la severa doctrina que en silencio, se puede casi decir, predicaron y practicaron, sobre todo, con rigor y austeridad inusitados en aquel tiempo, hasta llegar a tomar caracteres de rebelión, lo que permite calificar hoy a esos hombres de Port-Royal, como los estóicos del cristianismo.

Exageraciones a que no fueron extrañas la pelea del piadoso e indulgente Sebastián Zamet con el célebre Saint-Cyran, a quien aquél había colocado en la dirección espiritual de Port-Royal, que olvidó a su solo y exclusivo desmedro el deber primordial de ser agradecido, como asimismo, que el origen del misticismo católico hay tanto que buscarlo en Proclus y Plotino, como en los Evangelios y en los escritos apostólicos.

Título honroso aquél, al que puede agregarse en justicia, el de reformadores inteligentes de los métodos de enseñanza; reformas que con relación a ciertos puntos subsisten aún en estos tiempos ampulosos, en que pasando por la pedagogía magnificada y deformada, hemos llegado a la era ridícula de la "ciencia de la educación", en el cartel y en los presupuestos preferentemente y la pésima en la práctica, como peor aun instrucción, malgrado el abusar del doctoreo, vanidad esterilizadora y pueril. Architrivial resultado a que nos ha conducido el haber excluyentemente hecho de la cultura intelectual una rama de la administración pública.

Aun cuando parezcan a primera vista paradógicas tales conclusiones, no lo son realmente sin embargo, como a la evidencia lo ha recién demostrado el doctor Carmelo Pucciarelli, en un interesante opúsculo titulado: "Orientación profesional de la juventud argentina", que todo el mundo debiera leer.

El inmerecido triste final de Port-Royal, hácenos recordar lo que nunca en la vida debería olvidarse, o sea una afirmación de Horacio en su primera Epístola, explicación cumplida de muchas cosas al parecer inexplicables: "El sabio no es más sabio, el justo no es más justo, si su amor por la virtud va demasiado lejos"(1).

Aparte y todavía, de que connaturalizados con el bello y recomendable método de amalgamar a lo poco malo propio, lo mucho bueno ajeno, mediante la abundancia de lecturas bien seleccionadas, ellas nos permiten con generosidad no común, cosecha eficiente como abundante, al mismo tiempo que mirificamente transforma como por arte de encantamiento, en horas de delicia las de tedio,

---

—(1) Insani sapiens nomen ferat, aequus iniqui,
Ultra quam satis est, virtutem ei petat ipsam.

que en toda vida declinante abundan y se multiplican a porfía, dejándonos alimentar en su consorcio amable, la dorada ilusión consoladora de autorizarnos confidencial y quedamente, allá en el fuero interno e íntimo, a repetir un tanto ufanos y con relativo justo título, con el genial Balzac: "qué placer el de dejarse llevar por el curso de sus pensamientos como el pájaro por sus alas".

Encantador y fascinante dejarse ir, que morigera contraloreando con activa eficacia, las doctrinas e ideas que dominan nuestra mente, sin necesidad de previo juicio contencioso de aceptación, pues cada hombre, con independencia del libre examen, y aun malgrado él, tiene la teoría y la verdad de su temperamento, al través del cual suele también verse la histórica, artística o científicamente considerada, poco importa, pues en definitiva, es tal vez todo lo mismo.

Victor Cherbuliez, ha con mucha propiedad dicho: "Traemos al mundo dos pasiones nacidas con nosotros y que, según nuestro temperamento, nuestro giro del espíritu, nuestro carácter o educación recibida, se dividen en nuestra vida en proporciones muy diferentes. La una es la pasión de las realidades, la otra el amor de las puras apariencias".

No se olvide para mejor y más atinadamente juzgar lo que llevamos dicho, que el éxito de la filosofía hegeliana, débese en no pequeña parte a su flexibilidad, que todo lo comprende o abarca, como amorosa madre, sin excluir el infaltable error en el complejo desenvolverse de la existencia humana, y que es una parte muy interesante y a las veces dramática en la complicada vida moral del hombre, que se recrea en crear sobre elementos confusos un mundo quimérico donde se reposa complacido, descontento de sí mismo y de todo lo que lo rodea.

Hay además en el ameno y seductor cultivar del pen-

samiento de los otros, un continuo extraer de las profundidades del espeso y negro olvido, de nombres y de ideas, que allí sin razón plausible ni valedera yacen desde diversas datas sepultados, y que así, por tan simplista como recomendable sistema, vuelven del fondo de la memoria o de lo ignoto a la circulación, como el cuerpo del ahogado reaparece en la superficie de agitadas o tranquilas aguas, tras determinado y fatal proceso. Símil macabro y poco amable, si se quiere, pero exacto y elocuente en grado sumo.

Por fuerza, somos menos precisos cuando presuntuosamente tartamudeamos lo a venir, que cuando hablamos del pasado, —acto de nuestra cavilación siempre en acecho, fenómeno cerebral—, escrutando curiosos al ya lejano al través de sus pensamientos, peor o mejor comprendidos por el lector, que según sea él, despreocupado o tendencioso, cambia el libro en su esencia y aun al propio autor, quien al darnos su inteligencia no nos la dió sola, como ingenua divagación, sino aderezada por las pasiones, gustos y antipatías o simpatías que lo movieran y que también pone en juego más o menos inconscientemente el lector al interpretar sus decires, coincidiendo o no en las apreciaciones. Es que Juvenal tiene razón: "El hombre no cree jamás alcanzar el límite prescripto a sus pasiones".

Lo que es bien explicable y aun lógico que así sea, y puede llegar a precipitar o retardar el regir de esa ley oculta que pareciera existir y legislar, las bruscas alternativas en el recuerdo y el olvido —pausas de la notoriedad— de los que pensaron y escribieron con flexible y sonriente precisión, o con difusa profundidad, equívoca manera u obscura exposición. Legándonos de todos modos, el precioso fruto de sus largas vigilias cristalizadas en las obras, de interpretar variado, pero que son siempre o

casi siempre el propio autor, aun cuando no se trate de libros de proclamada buena fe por el mismo padre, como los "Ensayos" de Montaigne, otro gran citador, que hizo de la duda el refugio al mismo tiempo que la voluptuosidad de su espíritu.

En todos los casos, tal estudio además de subyugarnos, cuando hay talento, nos ejercita en el difícil, instructivo y ameno arte de ver al través de los más brumosos testimonios, cómo se teje y desenvuelve la complicada y tenue trama de la existencia humana.

Viejas voces simpáticas y amables, susurran a nuestro oído embelesado, acentos misteriosos de novedad, que con suave cadencia y ritmo acompasado, nos llevan de evagación en evagación, a constatar el antiguo origen de muchas de las más mentadas y pretendidas creaciones de este siglo de quiméricas y mal comprendida igualdades, en definitiva solo deplorable y chata realidad donde naufragan todos los escrúpulos, que transforman en malsanas y peligrosas locuras, lo que en otra hora, ya lejana por desgracia, y de volver difícil, fué manifestación sutil de pura belleza, y así y por ejemplo, asistimos contristados a la cada vez más ampliamente deformada idea de Platón, madre perfecta de realidades imperfectas.

Sí, el siglo XX, es el forjador especializado unilateral y mercantil, de "quimeras que parecen sueños de enfermo", para valernos de una gráfica y concisa frase de Horacio en su reputada "Arte poética".

"Lo que hace nuestras llagas incurables, no es tanto los tinieblas de la inteligencia, como las inercias del corazón y la mentira", asegura Carlyle, ese espíritu amplio y activo, frecuentemente contradictorio, y a quien John Morley llama "el Rousseau de la época actual, para los pueblos de la lengua inglesa", sin dejar por eso de comprender que se trata de dos hombres de un valor moral

muy diferente, que han recurrido al mismo método, para públicamente predicar la misma creencia.

Después de todo, es también un índice de filiación del escritor que de tal procedimiento de citar se vale para distraer sus ocios, consignando sus pensamientos por pasatiempo y comunicándolos por mera debilidad, sin de ello hacer una profesión, o de los otros que lo hacen para de ellos vivir distrayendo a los demás con sus decires a cambio de dineros, lo que hace con toda razón exclamar a Renan: "desde el momento que la carrera de las letras puede ser abrazada como lucrativa, ella pierde toda su nobleza".

Pero de todas maneras, en uno y otro caso, Victoria Ocampo, espíritu finísimo como delicada observadora, tiene razón cuando en su magistral y recomendable conferencia sobre Claude Debussy, con su habitual donaire, entre un montón de cosas bellas, dichas en admirable forma, nos afirma al interrogarse: ¿"No son acaso nuestras preferencias como nuestro perfil, la mitad de nosotros mismos?"

Por último recordemos a Marmontel, cuando atinadamente afirma: "el abuso de las cosas buenas, no prueba que ellas sean malas".

Porque convenir es necesario, sin mengua para nadie, que todo el mundo no puede ser como el fervoroso espiritualista francés que se llamó Teodoro Jouffroy, que leía poco y cerebraba mucho... mucho y bien sobre todo, tanto que la filosofía pura le debe bastante más a él que a su maestro el genial Victor Cousin, de quien tanto difiere, sin embargo.

Cada uno debe combatir la monotonía que en sí mismo lleva y que el mundo moldea acrecentándola al exteriorizarla, con las armas más adecuadas que el propio intelecto y las inclinaciones le permitan combinadas usar,

tratando de no confundir la fuerza durable y salvadora, con la violencia que pasa.

Así Marcelino Menéndez y Pelayo, con toda su enorme y hoy ya indiscutida autoridad, ha podido decir con conocimiento de causa, de ese pensador notabilísimo a quien recién nos referíamos, Jouffroy, con mucha razón y más exactitud: "En sus libros desnudos de toda cita y controversia, desnudos de toda gala oratoria, se asiste con verdadera emoción al drama de la conciencia, a la crisis interna y a veces desgarradora de un espíritu que no fué grande, pero que era sincero y profundamente humano".

Malgrado lo dicho con sinceridad, aun cuando sin el sintetismo y la sencillez que caracteriza la intuición y que hubiéramos deseado, sabemos a ciencia cierta, suspicacias y cavilaciones aparte, que este libraco no es ni será: "la sangre preciosa y vital de un ingenio maestro, embalsamada y preservada expresamente para una vida que superará a su vida", como Milton, el Homero inglés, define con elegante y amorosa exactitud el buen libro.

No obstante saber eso sin dubiedad alguna, como confirmación, tal vez, de lo imposible de la acción del enigma peligroso llamado hombre, ahí va el nuestro parvo libro, a correr su aventura modesta e incolora con injustificado harbar, en busca del alma caritativa que en él quiera encarnarse, es decir, comprenderlo en su íntegra e íntima estructura, en tanto que en su rodar continuo el tiempo, implacable depurador, cumpla cómo mecánicamente y sin reparos circunstanciales, su ineludible y cruel aun cuando justiciero y necesario cometido: purificar el buen libro, matar el malo. Schiller lo ha dicho: "a todo en este mundo le llega su expiación".

Cumpliráse con ello, también y todavía, no obstante la protesta anticipada de la ciega ilusión que nos requiebra y nos engaña, con constancia admirable, el profundo,

exacto y sintético aforismo de la filosofía de Heráclito: "la corriente arrastra todas las cosas" malgrado los muchos que creen el mundo lleno de ellos, cuando en realidad no son nada, como nada son tampoco los demás que admiran, envidian o desprecian.

Pese a ese efímero y fatal destino, descontado sin pena de antemano, lo que probaría una vez más la contradicción y el misterio perenne, inquietante y siniestro, que es la vida del hombre para él mismo, lo empuja con premura insistente e inmotivado escopo a la nueva existencia paquetona, que afronta denodado el novel libro, la presuntuosa e inconmensurable vanidad humana, en acción permanente, ininterrumpida, sobre el alma y los sentidos, y por eso constante vencedora de todas las cosas, sean ellas alcanzadas o no.

Todo es lo mismo para esa diosa halagadora y adulona, irresistible y venerada, aun por los propios que simulan altaneros o indiferentes despreciarla, o avalorarla en muy poco o en nada, pero quienes en el fondo íntimo de los deseos inexpresados pero sentidos, vergonzantemente escuchan con embeleso, como expresiva y magna verdad que hace amorrar sometiéndose, a lo mejor encantados, a sus falsos y deslumbrantes veredictos, como emitidos por justiciera e infalible Sibila. Bien sabe Dios, que los pensamientos de los hombres no son más que vanidad, dice el Salmista, con precisión augusta. ¡Admonición inútil; apóstrofe perdido!

Siempre fué una mala filosofía la de correr, y sobre todo la de correr hacia el peligro que importa la improvisación en auge inusitado aumentativo; pero es difícil resistirla, o de ella apartarse, esclavos timoratos como somos de la esperanza y del temor a un tiempo mismo.

No nos percatamos o tarde lo hacemos, que la prisa es la mayor y la más grande corruptora del mundo. Ten-

gamos bien presente, como axiomática verdad, que solo la restauración del imperio absoluto de la calma y la paciencia le podría salvar, o por lo menos morigerar o atemperar los males ya acarreados, y cuyo aumento progresivo no es de difícil agorar, ante la repugnancia siempre creciente a la resignación, que caracteriza este siglo de vulgar escepticismo, falto de pensamientos vigorosos, carente de ilusiones poéticas, pletórico de irrespetuosidad, en el que las almas bajas procrean a sus anchas y se deleitan en obscena promiscuidad que mina la familia como base social, sin tentar tan siquiera ni tímidamente, concebir lo bello y puro y a ello sacrificarse, como medio de salir de la charca, en la cual las concupiscencias aspiradas lo retienen fuerte y con seguridad amarrados.

Isidoro Hispalense, el nuevo Salomón como lo llamaba el Pontífice San Gregorio Magno, y nuevo ornamento de la Iglesia, como respetuosamente lo apodaban los Padres del Concilio de Toledo, decía bien cuando afirmaba: "la mayor culpa consiste en saber lo que se debe seguir, y no querer seguir lo que se sabe".

Aun muchos como esos sabios aforismos decidores y bellos, podríamos todavía al respecto acumular, deleitándonos en el amalgamarlos, pero con todo, la regla inflexible inmutable y dominante de la vanidad, triunfa sobre el buen juicio y la dialéctica, y genera sin razón plausible ni disculpable, este nuevo volumen hilvanado con el hilo sin fin del amor propio, que bautizamos con verdad "Crítica vana", más porque lo es realmente, aun juzgándolo con entrañable amor de amantísimo padre, que por ser toda vanidad la vida misma en su integridad y en sus abigarradas manifestaciones multiformes, aun en las al parecer más culminantes y trescendentales.

La vida con sus raros e inescrutables espejismos, hace tomemos a nuestros pesares y a nuestras esperanzas, como

sobrenaturales revelaciones, y así deambulamos desorientados en el error como aun dentro de las verdades relativas o absolutas, en constante transformación, con las que vamos tropezando al pretender alcanzar una, inmutable, inaccesible.

Verdades de matices diferentes, que pueden confundir en su extraordinario entremezclarse, tomando a las veces coloraciones de paralogismos, pero que son verdades en su esencia pura, verdades más o menos de moda, subordinadas por lo demás, a las facultades de percepción de que se dispone, lo que suele olvidarse presuntuosamente al querer aquilatarlas para juzgar de su real extensión, como de su eficacia, escatimando así proyecciones, disminuyendo resultados, y, como es lógico, sin prever consecuencias posibles.

Porque como dice Locke: "La verdad, aunque no sea de moda, será siempre la medida del saber y objeto de la inteligencia, y lo que esté fuera de ella, aunque autorizado por el consentimiento, sólo es la ignorancia y algo peor".

No neguemos en absoluto, lo que se nos ocurre imposible o carente de verisimilitud, en el momento en que le dedicamos nuestra atención, o nuestro estudio, démosnos por satisfechos con la probabilidad, no solo porque lo imposible de hoy puede ser la rutina de un mañana no lejano, sino porque nos libera de la horrible manía de la certeza que en la desorientación nos asalta con exigencias impostergables, si no somos capaces de elevar la duda a la dignidad de una creencia. Por otra parte recordemos a Carlyle que nos dice: "lo visible se hace bestial cuando no reposa sobre lo invisible".

Ese sembrador de utopías y peligroso soñador, impío místico que se llamó Tolstoi, veía con razón la salud moral de la humanidad en la ignorancia y en la vuelta a la vida

simple. Los pensamientos mal comprendidos por los que creen saber leer, porque conocen el mecanismo de la lectura, y han baboseado las equívocas teorías llamadas sociales, capciosamente expuestas y no mejor comprendidas, engendran el orgullo despechado, acrecentando la total incertidumbre sobre el destino real y necesario de la existencia, e impidiéndoles el vivir si no felices, por lo menos tranquilos en su obscuro rincón, al sustraerlos irritados al dominio de la sabia regla salvadora y sedante de la obediencia pasiva, exacerbando por el contrario y a pura pérdida, el sueño dorado de la emancipación total.

Quimera magna, que ha siempre obsesionado el criterio del hombre, que con error se aleja de su procura, del medio apropiado a su actuación, forzando su capacidad más allá del justo límite, por huir del sacrificio personal, único camino recto, con resultado negativo, haciendo de él un despechado en el fracaso, y al conglomerarse con sus congéneres, forma ese común impulible, que oprime cada día más fuertemente con los tentáculos de su fatua ignorante tontería coaligada.

Siempre la desproporción entre el ensueño y la realidad, lo que hace ignoremos los propios sentimientos que nos mueven y los pensamientos dominantes íntimos que nos hacen obrar. El alma, la más límpida tiene también sus tinieblas.

Y la vida pasa para el hombre en la búsqueda ansiosa de descubrir el misterio de su ser y del mundo exterior, chocando aquí y allá con desconcertantes ilusiones, con sueños de grandeza y poderío que lo desorbitan.

Ya Propercio ha siglos nos lo dijo: "nosotros mismos trabajamos para aumentar la miseria de nuestra condición(1).

—(1) Fortunae miseras auximus arte vias.

Y Aulio Persio, da relieve al mismo concepto: "He roto mis ataduras, diréis; pero el perro que después de largos esfuerzos llega a escaparse, arrastra frecuentemente una gran parte de su cadena"(1).

En la lúbrica pendiente en que nos encontramos, del mal hábito del papel, de la pluma y de la tinta, arriesgamos una vez más, con el título, que sinceridad impone dar al libro, no ser comprendidos del público, tirano absurdo, luciferal, a quien al parecer va dirigido; como no lo fuimos tampoco en el bautizar del anterior de esta misma índole, que entregáramos a la publicidad, instados por intrépido editor(2), hace no mucho más de un año.

No nos importa en absoluto. La vejez, cara maestra y detestable compañera, nos ha enseñado entre otras muchas cosas, edificantes o baladíes, a no considerar a esa furia irresponsable que hace y deshace reputaciones a mansalva, disfrazada artera y grotescamente de piadosa caridad, ídolo odioso, a quien hoy más que ayer, con impúdica desfachatez, sin decrecer probable por ahora, ríndesele pleito y humillante homenaje, por la improvisación y la superficialidad flotantes y de ambiente, incapaces del trabajo concienzudo y lento que se asimila por grados y labor continuada a veces dolorosa.

Aprendamos a no solicitar de las cosas más de lo que ellas pueden dar, descartando en el goce de lo que tenemos, los excesivos deseos para el porvenir, alejándonos de las sensaciones muy intensas que se hacen dolorosas.

Comprender es para mí la finalidad, dice Amiel, y producir no es sino una de las vías para mejor comprender.

—(1) Rupi jam vincula, dicas:
Nam luctata canis nodum arripit attamen' illi.
Quum fugit, a collo trahitur pare larga catenae.

—(2) Crítica estéril, Buenos Aires, 1927. Viau y Zona, editor

Pero basta de disquisiciones inconducentes. Detengámonos una vez por todas; porque como con admirable exactitud bien lo dijo Petrarca: "quien mucho sutiliza se extravía"(1).

Al ir a poner punto final a este ya largo, desgarbado e insustancial como injustificable introito, musitamos inconscientemente, como vaga reminiscencia que en otras horas englutidas por el olvidadizo e insaciable tiempo que se fué, nos hicieron sonreir con descreimiento, lo que en uno de esos sus raros poemas, nos dice el árabe Kahlil Gibran: "y he encontrado libertad y salvación en mi locura; la libertad de la soledad y la salvación contra el ser comprendido, porque aquellos que nos comprenden esclavizan un algo en nosotros".

R. V.

—(1) Chi troppo s'assottiglia, si scavezza.

PAGINAS DE GROUSSAC

NOTICIA PRELIMINAR POR A. DE LAFERRERE

> Siendo una la verdad y no engañándonos nunca la razón, no habría ningún motivo para que los hombres difiriesen de parecer si las pasiones no inclinasen su manera de ver. Tratemos entonces de independizar nuestro criterio de los intereses personales y de los prejuicios, a fin de hacerlo accesible a la verdad.
>
> **Sully Prudhomme.**

Llega a nuestra mesa de trabajo, como una muestra del buen gusto y el elevado espíritu crítico de los directores de la "Editorial América Unida", la selección de artículos y fragmentos que, con el nombre "Páginas de Groussac", viene a iniciar una nueva orientación en las publicaciones de la empresa a cuyo frente se hallan dos intelectuales de valía, sobradamente conocidos: los doctores José Luis Cantilo y Enrique Ruiz Guiñazú.

Procúrase con este libro, que por ser excepcional ha quedado fuera de las series empezadas, si no vulgarizar, —ya que tratándose de Groussac la palabra no cabe—, difundir, poner al alcance

material del mayor número posible de lectores, trozos selectos de la obra genial y múltiple del Director de nuestra Biblioteca Nacional, que ha tocado muchos temas y materias, todos con mano amena y luminosa, guiada incesantemente por ese instinto severo que llamamos gusto, sin el cual no puede haber literatura digna de ese nombre.

De presentación esmerada y cuidada factura gráfica, que hace honor a los impresores, apenas es un detalle el excesivo volumen, pues en las seiscientas páginas nutridas y compactas, hubo material para dos tomos. Pero esto no ha de ser seguramente objeto de crítica por nuestra parte, ya que el libro solo merece caluroso aplauso, por su exposición elegante, clara, ingeniosa y sugestiva que distingue y peculiariza la obra de Groussac, en la que al mismo tiempo se admira el gusto y la mesura.

Para quienes conocen la producción multiforme y bella de Groussac, no haría falta esta seudocrítica, y casi nos estaríamos por animar a decir que ninguna, pues con respecto a aquél puede repetirse lo que con respecto a Emerson decía John Morley: "Ningún género literario es más vano que una llamada crítica que ahoga un texto fecundo bajo un sermón estéril. Para nuestra época al menos, Emerson no tendrá mejor comentador que él mismo".

Efectivamente, quien una vez ha leído a Grous-

sac, al "Taine de Buenos Aires", como con acierto y precisión lo calificó Ambrogi, en "Marginales de la vida", no puede ya olvidar al insuperable estilista que en no igualada forma hace sentir lo que hemos de llamar la fruición avasalladora del estilo. Organo de su época y de su raza, es al mismo tiempo un sabio y un observador dotado de profundo espíritu de análisis, que con arte admirable concilia los opuestos poderes trágicos: fatalidad y libre albedrío, en el constante amar de la verdad y el exponerla, sin eufemismos ni sordinas, aun cuando siempre con cultura e inimitable distinción de espíritu.

Podríamos aquí repetir lo que Quintiliano, tal vez refiriéndose a Tácito, decía, porque cuadra a Groussac: "Para honor de nuestra época, tenemos un escritor que, comprendido hoy, dará que hablar después. Tiene más admiradores que imitadores".

Sí, Groussac ama tanto a la verdad, como al arte en el difundirla, relacionando todos los ideales entre sí, y libre como está del gran vicio de la humanidad que se impone como excluyente fin la recompensa inmediata, puede seguírsele con entera confianza y sin dificultades, tan nítidamente nos muestra la senda por la que nos conduce, sin despreocuparse en ningún momento de los escrúpulos de las almas verídicas.

El libro que nos presentan estos sagaces editores, contiene los fragmentos más típicos de cada

una de sus obras, y es tanto el acierto y la precisión en el elegir, que parecerían señaladas por Groussac mismo, todas y cada una de las partes que lo constituyen, o, de lo contrario, debe necesariamente ser alguien que conozca al dedillo su exquisita labor, sin desperdicio, por otra parte, para haberlo así en estas páginas fragmentarias caracterizado tan exacta y fielmente.

Aun cuando si bien consideramos el párrafo anterior, podría asegurarse que la única dificultad a vencer ha sido "l'embarras du choix"; tan buena es toda su producción, que se nos aparece constantemente en una forma completa y amplia, lo eximio y lo verdadero.

Pero con toda esta relativa facilidad, de no haber dirigido el propio autor la selección, debe haber sido su prologuista Alfonso de Laferrère que, magistral conocedor de la obra de Groussac, aparece además, como sobresaturado de sus bellas y precisas maneras de decir, tanto que durante todo el curso de la lectura de la "Noticia preliminar", nos parece estar en contacto directo con aquél.

Felicitamos y envidiamos al autor de la "Noticia preliminar", por haber sabido en esa forma compenetrarse de la manera de Groussac, hasta el punto de poder llegar a hacerse confudir con él, pues no se nota la solución de continuidad entre prologuista y prologado.

Viejos admiradores de su estilo luminoso, fosforescente y con frecuencia deslumbrante, hemos tenido ocasión en otras oportunidades, de ocuparnos de la obra grande que el maestro Paul Groussac ha realizado en sus casi sesenta años de labor en nuestra vida intelectual, siempre marcando, con altura inigualada, rumbos exactos y de buen gusto; tanto que su no corta existencia dedicada al estudio sin tregua y por entero, es en sí misma una obra de arte, donde aparecen armoniosamente conciliados los principios de libertad y orden, bajo la límpida luminosidad de los clásicos.

Con cuanta razón, hace más de veinticinco años, ese bello talento que se llamó Juan Agustín García (hijo), preconizaba la necesidad de que el Gobierno adquiriera y editara la vasta obra de Paul Groussac, para mayor bien de la juventud; bella idea que hacemos propia para renovar el voto, más que para honrarlo a él, para honrarnos nosotros.

Y no ha de haber, seguramente, al menos entre los que tienen aunque sólo sea una ligera concepción de la estética, quienes extrañen el empleo de la palabra arte, porque lo hay, y mucho, cuando la personalidad está totalmente expresada en tal forma, que el elemento ya universal, ya típico, se discierne claramente bajo la expresión individual firme y bella, que a las veces, adquiere las modalidades de un sueño de iluminado.

Podemos, pues, con toda tranquilidad y pleno convencimiento, afirmar que Paul Groussac, con su amplitud de concepción, su intuición metafísica, su trascendencia de doctrina y su forma impecable sin amaneramientos ni rebuscas, de donde surgen plenas y concretas las imágenes melódicas y coloreadas, es ante todo y por sobre todo, un artista completo, en la más amplia acepción del vocablo, pues su obra toda, está invariablemente regida por la ingénita ley del sentimiento, y de la proporción arquitectónica de los períodos. Béranger tiene razón, "descuidar el estilo es no amar las ideas que se quieren inculcar".

Por bien explicable asociación de ideas, recordamos la ley que hizo célebre en Alemania, al filósofo y poeta Gustavo Teodoro Fechner: "la sensación crece como el logaritmo de la excitación".

Sí, artista es Paul Groussac, desde la elección del asunto que aborda, hasta la pintura de los personajes reales o imaginarios que nos presenta; artista para escudriñar amorosamente la verdad, encontrarla y sin desfiguraciones exhibirla, como artista, para disecar una obra al juzgarla, o contarnos lo que vió en su recorrer del mundo; artista en la historia, en la novela, en el drama, en el derecho constitucional, al que concibe y estudia a su manera, en la poesía, en fin, para concluir con esta demasiado prolija enumeración.

¡Teatro y poesía! Para el espiritualista Mauri-

cio Carrière: "el drama es, si no la forma suprema, a lo menos la más desarrollada y orgánica de la poesía, así como la poesía es la más completa y universal de todas las artes".

Groussac es el autor del primer ensayo científico en la historia intelectual y jurídica argentina, aplicando un nuevo concepto, de que la Constitución de un pueblo es una resultante de su vida y un momento de su desarrollo, restándole importancia al aislado estudio del texto y lo que lo ha llevado, a con razón, afirmar: "la constitución, que virtualmente y de muy antiguo existía, no tratándose sino de establecer su fórmula, venía compuesta, como el río, de muchos raudales próximos o lejanos, cuya contribución había formado la masa común, obedeciendo a causas sociológicas dignas de estudio. Ninguna de estas era fortuita, ni, por tanto, desestimable; y para inferir su participación en el resultado total era indispensable remontarse hasta el origen histórico, del propio modo que, solamente navegando aguas arriba, puede calcularse el respectivo tributo de los afluentes".

Artista excelso, delicado orfebre en el preciosísimo arte de cincelar sin afectación y con justeza el estilo; de domar con natural elegancia y exquisita pulcritud, el duro idioma, que entre sus manos hábiles y sus pensamientos desbordantes, se torna armonioso al par que fuerte y flexible como las célebres hojas de Maese Ruiz, que con tanta dono-

sura como castizo estilo alaba en su magistral soneto a Calderón, verdadero modelo de nuestros clásicos, como modelo es también de versificación francesa, el soneto titulado "La Montagne", que nos hacen olvidar la acrobacia desgarbada y sin ideas de la actual versificación, de la nueva sensibilidad que no es poesía, sino desorientado y desastroso chapaleo de cosas repetidas con mal gusto.

Cuan atinadamente nos lo dice Sully Prudhomme, bajo cuyo encanto nos encontramos: "la poésie c'est l'univers mis en musique par le coeur".

Y no le va en zaga a los citados bellísimos sonetos su prosa deslumbrante, de lo que dará pálida idea un párrafo tomado al azar de su juicio sobre la "Conquista de Nueva España" de Bernal Díaz, que emite al hablarnos de México, y que dice así:

"...Después de cuarenta años transcurridos, el veterano sacudido por el estremecimiento de los altos recuerdos, interrumpe bruscamente sus cuentos de comadre, se despierta y endereza, arrojando de un puntapié sus andaderas de cronista aprendiz; y entonces sin buscarlo ni sospecharlo, dejando muy atrás a Gómara y Oviedo que hablan de oídas, a los cantores de gesta que no leerá jamás, llega de golpe a la suprema belleza del movimiento y colorido, suelta a borbotones sus relinchos de guerra, manoseando lo sublime con la bárbara inconsciencia y el desenfado brutal de un viejo campeador!...".

Pero, suspendamos transcripciones, porque sería el cuento de nunca acabar, no obstante que el lector ganaría con el cambio de nuestra prosa por la de Groussac, y afirmemos: la obra que nos ocupa tiene en bien medidas proporciones, todo lo que es Paul Groussac en su prolífica labor intelectual, en la que siempre con una rara intensidad de sentimiento brilla su talento con nitidez iluminando sus ideas.

El historiador atrayente del primer capítulo, se torna severo en el segundo, duro más adelante, aun cuando siempre justo. Su prosa clara y tersa de "La vida de la carabela", va tomando asperezas en "La muerte de Garay", vigor descriptivo en "La Revolución" y dolorosa amargura en "La muerte de Liniers", que repercute en el alma del lector en forma tal, que no puede —pese al doble obstáculo de la distancia y lo irremediable que lo separa de los acontecimientos— librarse de una sensación de angustia ante la magistral pintura del luctuoso suceso.

"La muerte de Liniers", es uno de los capítulos más emotivos, con más naturalidad descriptos, más llenos de vigor, sentimiento y realidad, de todo el libro, que es soberbio, a lo que tal vez contribuya el que autor y sujeto se convenían no existiendo: "incompatibilidad secreta entre el modelo y sus pintores", para valernos de una frase del propio Groussac

Al releer estas páginas hemos vuelto a vivir horas pasadas ha ya tiempo y sin retorno; el encanto se ha renovado, no obstante que los años acumulados desde entonces pesan tanto en lo físico como en lo espiritual, pues van sucesivamente cambiando el emplazamiento de observación, como los gustos y las preferencias.

En "La Presidencia de Rivadavia" y en "La Dictadura de Rosas", el autor nos muestra con sin igual maestría, dos momentos solemnes de la historia patria, que por su forma perfecta, justifican por sí solos y con creces, el que se le haya comparado a Taine, que escribiera la historia de la Revolución Francesa, sin nombrar una batalla.

La claridad del juicio crítico y la visión nítida a través de las borrosas leyendas partidistas que hasta nosotros se han trasmitido, hacen de estos dos capítulos, historia nueva, que nos admira, por lo que nos era enteramente desconocida. Leyendo estas magistrales páginas, puede decirse con razón que Groussac ha hecho en gran parte nuestra historia, aun cuando pueda a veces disentirse en alguna apreciación o en alguna consecuencia.

Nadie hasta él había podido, libre de partidismos políticos y de simpatías personales o de tradición, escrutar tan a fondo, con tan penetrante y profunda mirada, las espesas sombras del pasado, impelido por el instinto, guiado por el sentido

moral y el pulcro culto a la verdad histórica para de ella revelar sus simpatías a favor de quien realmente las merece, aquilatando el valor efectivo de su acción al través de los hechos en que actuó.

Groussac, ese minero infatigable en la búsqueda de la verdad, ha gastado su vida y su vista, persiguiendo con tesón no común y constancia admirable, entre las ilegibles líneas de vírgenes manuscritos, con criterio científico, el escondido e inapreciable filón de la exactitud histórica, libre de los espejismos que gobernaron a los propios personajes que él estudia.

Escantillón que la impaciencia, la superficialidad, el preconcepto y la conveniencia de caudillos y acaudillados, dejan de lado ante el peligro de ver derrumbarse los ídolos, sin razones plausibles erigidos y cuyo derrumbe no con facilidad se perdona a quien lo provocó, aplicando despiadadamente el escalpelo en las fofas carnes de la tradición, bella a las veces.

Ese respetable amor a la verdad, hace, según se nos dice, se le vea aun ahora octogenario y ciego o casi, incansable en su labor fecunda, trabajando de la mañana a la noche, con quienes le sirven de secretarios, perseverancia tan extraordinaria, a su edad, sobre todo, que los fatiga a pesar de alternarlos en la tarea y de ser ellos jóvenes.

Quien recorra las páginas sobre Rivadavia y Rosas, hallará en ellas un verdadero almácigo de ideas claras, definidas y orientadoras, bastantes a encauzar por nuevos lechos todas las opiniones sobre sus políticas, cualquiera fuere la tendencia que al respecto se tenga formada de acuerdo a investigaciones o a simples lecturas anteriores. De una plumada pinta y define un carácter, un acontecimiento, una personalidad, un medio ambiente mismo, no obstante lo complejo que esto es, con más verdad, claridad y sabia precisión, que otros en sendas páginas.

Y aun hay algo más extraordinario todavía: es más lo que hace pensar un capítulo suyo, que lo capaz de sugerir diez tomos de historia corriente en los que la verdad y lo inexacto se entremezclan en frases hechas que se repiten gravedosas, sin contralor y como artículo de fe consagrado por la diosa desidia. Maravilloso refugio de los haraganes presuntuosos.

Así, pues, quien lee a Groussac, no sólo aprende lo mucho que él enseña, sino que aprende también a pensar y a admirarse de no haber visto antes por sí solo, lo que él vió y nos hacer ver como iluminado por una diáfana luz interior, que intensifica el estilo, una verdadera ciencia en su manos, como ciencia se hace también el exacto empleo de las palabras necesarias y precisas.

Es por esto, que aun cuando en principio enemi-

gos de la publicación de hojas selectas, porque pensamos que la selección ha de hacerla el lector mismo, pues parte de la belleza debe en él residir, aplaudimos la verificada en el caso que nos ocupa, pues muchos en esta recopilación aprenderán deleitándose.

No obstante notar la falta de algún fragmento, del sin desperdicio, estudio del "Viaje de un buque holandés al Río de la Plata", publicado por Paul Groussac en el tomo IV de los "Anales de la Biblioteca", en el que su ilustrado autor pone de manifiesto una vez más, sus profundos conocimientos y excepcional sagacidad como método de investigación, unido a su siempre armonioso y robusto estilo.

Lástima es en verdad tal injustificada omisión, como lo fué también que Groussac, de lo que él se lamenta, no tuviera en sus manos al realizar el bello y completo estudio, el original holandés, debiendo servirse de la poco exacta versión alemana, según lo manifiesta, evidenciando así una de las cualidades más valiosas del crítico y del historiador: ese al parecer inexplicable don de adivinación al señalar las fallas que cree indudablemente debidas al traductor y en lo que no se equivoca.

Sospecha la de Groussac exacta en toda su extensión, como puede comprobarse teniendo a la vista y compulsando ambas ediciones, que las posee entre nosotros, nuestro amigo el distinguido y eru-

dito bliblíófilo Alejo B. González Garaño, en su rica cuanto poco conocida biblioteca.

Para darse una ligera idea de la forma de ahondar sus investigaciones, del sutil crítico Groussac, bástenos decir que, en la simple noticia que antecede al texto en alemán y español, aclara definitivamente varios puntos obscuros y aceptados con error, por otros autores que se van repitiendo sin contralorearse, vicio éste espantosamente generalizado y que cunde en el mundo entero.

Así, por ejemplo, empieza por establecer, a base de profundo e interesante estudio, la clase de buque en el que el viaje se hizo, probando no se trata de una urca, pese a los testimonios y declaraciones que lo contrario afirman. Define las inexactitudes de itinerario debidas al infiel traductor. Contra lo afirmado desde Campos Moreno hasta Vernhagen, establece la fecha exacta de la expedición; y por fin, para no hablar de las innumerables veces que corrige a éste y a Madero, fija, como la más importante contribución del magistral estudio, olvidado sin razón plausible, el definitivo y exacto establecimiento del lugar geográfico para el cabo Santa María y Punta del Este, verdadero galimatías, hasta el momento de este valioso aporte que, sin embargo se olvida y no ha sido hasta hoy tenido en cuenta ni aun por nuestros vecinos a quienes tanto interesa o debiera interesar.

*
* *

Para el espíritu reflexivo, el asombro
es el punto de partida hacia la explicación.
Paul Groussac.

Se ha dicho por Federico Teodoro Vischer, el más importante de los discípulos de Hegel: "buscad lo bello, que lo bueno se os dará por añadidura". Y releyendo la recopilación que nos ocupa hallamos exactísima la regla.

Nos cuentan a este respecto, que cierta vez alguien le decía, refiriéndose a unos manuscritos que estudiaba atenta y pacientemente, que eran ya conocidos por otras personas, lo que no le preocupó ni desvió de su prolijo examen, que continuó con el mismo entusiasmo, limitándose a contestar a la observación, que no importaba, pues no todos los descifradores de manuscritos ven las mismas cosas, concretándose muchos de ellos a leer nada más que lo escrito, respuesta que encierra una verdad y una enseñanza. El genio parecería ser: la intuición de las lejanas relaciones, que tan empeñosamente busca la inteligencia humana.

Si en el juicio retrospectivo de la historia Groussac muestra una sagaz y ecuánime intuición admirable y mantenida, cuando se trata del tiempo presente, como en "Los que pasaban", que es presente para él, como para muchos de sus asiduos lectores, surge el artista eximio más destacado que nunca, sus descripciones son una impresionante

realidad, una sucesión ininterrumpida de cuadros vividos por el propio autor, en los que no hay ni un toque de más ni un toque de menos.

La observación prolija y diaria de todo, aun de cosas triviales, ayudada por su prodigiosa memoria, que parecería una herencia de los antiguos bardos celtas, cobra a lo mejor, en los puntos de su pluma seductora, sin apasionamiento, ni sentido ni disimulado, contornos de cosas interesantes y tangibles; tal es su relieve, que se piensa instintivamente en su tocayo el inimitable y genial Saint Victor.

Leyendo a Paul Groussac, se constata que no puede sentarse como regla general que entre la idea y su expresión por medio de la palabra humana existe una enorme desproporción, pues si es cierto que se palpa en el hegelianismo desaparece en el "groussaquismo".

Se ha dicho por sus enemigos, que no fueron pocos en otra hora de cálido bregar por el imperio del buen gusto, porque las verdades cuando se dicen sin ambajes, los acarrean en gran número, que en "Los que pasaban" ha insistido demasiado en su autobiografía. No nos parece.

Quien imparcialmente examine la bella obra, podrá constatar que, por el contrario, sólo habla de sí mismo en contadas ocasiones y cuando la sucesión de los acontecimientos lo hacen tomar forzosamente parte en ellos. Y esto es para nos-

otros muy de lamentar, porque hubiéramos deseado más conocer el intimismo del sorprendente escritor que se ha impuesto a fuerza de arte, por encima de todo análisis crítico.

Sí, ese intimismo que echamos de menos, nos hubiera iniciado "a la joie de l'énergie, á la douceur de l'amour, á la beauté de l'enthousiasme, á la saveur sacrée du devoir accompli", para valernos de una expresión de Amiel, ese tímido luminoso, que ha llegado a ser el primero de los grandes valores europeos proporcionados por Ginebra, pues colocamos en segundo término a Madame de Stael y en tercero, con muchas dudas, a Rousseau.

"Los que pasaban", son las mejores páginas y las únicas de real y positivo valer que tenemos de un período interesantísimo de nuestra historia que, con ser tan cercano a nosotros y tal vez por eso mismo, ha sido estudiado o descripto por muy pocos, siempre fragmentariamente y con criterio de interesado en los hechos relatados.

Así, de esa época, sólo quedan relámpagos de odios políticos, relaciones parciales, interesadas en magnificar a todo trance o denigrar la acción de los caudillos, con inquina proterva y forma fragmentaria, de quienes no debemos tanto avergonzarnos, pues son la esencia de la prosapia de los gobiernos constituídos de hoy, por más constitucionales o soviéticos que sean.

Esto no quiere decir que no encontremos razón

a Groussac cuando estudiando nuestra historia constitucional, nos dice: "Ese culto supersticioso de los ídolos, ese perpetuo recurso de apelación a la impecabilidad del maestro, constituyen, sin duda, uno de los rasgos menos halagüeños del intelecto argentino".

Deploremos tan sólo la ausencia de cronistas a lo Bernal Díaz, mal suplidos por relatos sin vida ni color, y menos arte, en los que la estolidez "ne fait défaut". "Los que pasaban", que del libro que acaba de aparecer ocupa una quinta parte, tiene de todo lo que necesita una gran obra, vida, colorido, exactitud, imparcialidad; realizadas y exhibidas en mágica forma, por la insuperable belleza del estilo, a la que nadie en nuestro idioma ha llegado, si descartamos a Ricardo León, que suele también picar muy alto.

Pero donde Paul Groussac aparece más real para nosotros, que juzgamos al hombre y al escritor exclusivamente al través de su producción, es cuando ejerce el noble y delicado ministerio de la crítica histórica. Encontramos ahí la faz más impresionante de su multiforme y gran talento. Ha él siempre ejercido la crítica, como Sainte-Beuve la entendía y trataba de ejercitarla, como una invención y una creación continua, donde forzoso es ir a recoger no sólo la idea fecunda sino también un dato o una fecha que se desea conocer con precisión y exactitud.

Groussac, estamos seguros, repetiría con Claudio Bernard: "si tuviera que elegir entre la investigación de la verdad y su posesión, optaría por la búsqueda; en la ciencia lo conocido pierde su atractivo, mientras que lo desconocido está siempre lleno de encantos".

Los estudios de Groussac, nos hacen profundizar aun sin quererlo, la historia y su filosofía, al par que encierran una enseñanza positiva del método crítico, con su invariable serenidad y un valor en el exponer sus opiniones fundamentadas, que encanta porque es sinceridad rebosante; no hay consideración que lo detenga en el decirlas, cuando cree que debe hacerlo para evidenciar la verdad o desbaratar el error, que ejerce una rara fascinación en los que caen en él, obligándolos a persistir hasta los últimos extremos.

Si a esas dos preciosas cualidades que posee en grado superlativo, le adicionamos, el ritmo de la frase, su finísima ironía y el incomparable "esprit", que parecería exclusivo patrimonio de ese pedacito de mundo llamado Francia, y que es un mundo, tendremos de sobra explicado el merecido prestigio intelectual de este crítico justo pero severo, que no regatea el anonadador zarpazo, cuando de rigor es darlo, que es frecuente.

No habrá faltado, se nos ocurre, quien insinuara a Groussac, el "Oso de la Biblioteca", como espiritualmente lo motejara "El Tigre", es decir,

Clemenceau, la conveniencia de abstenerse de incluir, en una obra destinada a difundirse, juicios como los tres que componen la sección "Crítica histórica". Si así hubiere sido, si nuestra inducción es exacta, pensamos ha procedido acertadamente al resistir a esos propósitos, puesto que si bien es cierto que hay en ellos durezas, están archijustificadas, y es además una de las fases más características del gran polígrafo. Haber suprimido esos bellos y vibrantes capítulos, hubiera sido quitarnos uno de sus aspectos más peculiares, borrar de la obra las más brillantes páginas.

Cierto que en ella se reparten arañazos y mandobles merecidos como también formidables mazazos a diestra y siniestra y exacto asimismo, que no son los que entre nosotros pasan por intelectuales de primera magnitud, los que salen mejor parados de la justa y bien ganada zurribanda. Porque en Groussac, el espíritu crítico se exalta en manera tal, que ante su indoblegable ecuanimidad, pierden sentido los valores consagrados, que no lo intimidan. Nos parecería hubiera adoptado por divisa, fielmente observada, el bello pensamiento de Sully Prudhomme: "la faiblesse est une bonté que dégénère en injustice".

Para Groussac, la obra es lo que está en tela de juicio y no el autor. Ante la historia que también es para él un arte, el arte de la verdad, lo exacto, lo verdadero, lo comprobable es lo que

debe primar, y es lo único que demanda sin reticencia en las obras ajenas; en las suyas propias no, ya es otra cosa: en las suyas exige mucho más.

Sobre los siempre duros contornos de la escueta verdad, pasa el suave difumino de su elegante estilo, fluído, armonioso, atrayente, que tan pronto describe como evoca, sin perjudicar el vigor que es contenido sin ser monótono, pues tiene maravillosas gradaciones, que nos dan la neta sensación de encontrarnos ante un mágico espejo que reflejara coloreado lo que reproduce, y no obstante lo cual, pareciera sin embargo, nunca satisfacer en absoluto al enamorado del bien decir, atildado sin amaneramiento, y a quien podríamos aplicar la frase con que Henri Bordeaux, el gran novelista, pintara fragmentariamente el estilo de Pierre Loti: "il est le musicien des choses".

Si no mediara la imposibilidad cronológica, diríamos, que Lord Chesterfield, escribió teniendo en cuenta al apóstol del ansia del bien decir, Groussac, cuando formuló su conocido apotegma: "los mejores autores son siempre los más severos críticos de sus propias obras".

Y no hemos de poner fin a este nuestro discantar, sin dedicarles una simple enunciación como recuerdo, a los bellos trabajos sobre Michelet y Lacordaire, ni algunas palabras a los viajes, tan llenos de encanto siempre, sobre todo para los que permanecen como prisioneros de la vida, en

el lugar en el que la suerte los colocó, considerándose por ello desgraciados, pues el hombre en su extraviado concepto cree encontrará en lo desconocido, dispuesto a escrutar voluntario, algo mejor de lo que tiene.

¡Libros de viaje! Cuán grato volver a repasar sensaciones olvidadas, producidas por cosas vistas o leídas. De todas maneras, visiones de horas de paz que se esfumaron. Desfilar de recuerdos más bellos siempre que la realidad que vimos.. que ayudan a soportar la existencia y con lo que alimentamos la esperanza, ese anticipo a la felicidad que ambicionamos y esperamos del futuro, como si el presente decepcionante no hubiera sido, hasta ayer no más, porvenir.

Es muy interesante ver por sus propios ojos, sea cual fuere la manera de mirar que se tenga, que siempre es personal, por lo que el mismo paisaje o las mismas cosas son consideradas en forma diametralmente opuestas.

Así recordamos que mientras Chateaubriand se arrodillaba a la orilla del río Hellada, después de haber bebido con unción sus aguas, alzaba al cielo la plegaria de los espartanos: "la virtud es la gloria". Lamartine —ese cometa cuya órbita no ha sido calculada, según la bella expresión de Humboldt— anotaba el 22 de abril de 1832 en su diario de viaje: "Bebí agua del arroyuelo cenagoso e infecto que es el Hellada".

Como se vé, son dos genios que difieren, como disentirían ante el Jordán que Lamartine admira mientras Chateaubriand describe despectivamente.

Todavía recordaremos "Le désert", de Pierre Loti, y otro himno a la luz que Eugenio Fromentin nos brinda en su también incomparable libro "Une eté dans la Sahara".

Así con un espíritu exquisito, floración suprema de una vieja raza, Groussac, mago del verbo, persuasivo como pocos, nos habla de Lima, "la ciudad mujer". La certera definición trae por si sola al espíritu un sin fin de ideas hechas cuadros. Pasan por empinadas callejuelas mujeres con la mitad del rostro cubierto por el manto; indios curvados bajo el peso de la carga; soldados deslumbrantes de orgullo y alamares... y buscamos en el libro la imagen que materialice la ilusión... En el libro está todo eso y más aún... Méjico "harapiento y revolucionario", Chicago aplastada bajo la materialidad vulgar de sus "business", y por último esta hermosa y querida tierra nuestra donde en romería vamos atraídos por el fuerte pero armonioso llamado que hace el Iguazú.

Iguazú, "el cuadro misionero" evocado como visión cinematográfica, se destaca del libro y al mágico conjuro de la precisa frase se materializa ante nosotros lleno de luz y vida. Y con el autor nos hundimos en las selvas buscando "la dulce soledad, verde y sonora", de Fray Luis de León.

Como Virgilio a Dante nos lleva deslumbrados el viajero desde Puerto Aguirre a Nahuel Huapí y solo lamentamos lo corto del trayecto con él recorrido.

Ya a esta altura de nuestro soliloquio, nos apercibimos, que no seríamos capaces de optar por esta o aquella de las producciones de Groussac, todas nos interesan y encantan por igual, de lo que se sigue falla un regla que él nos dá cuando rotundamente afirma: "Extensión y hondura, son términos humanamente incompatibles, como aquello de público numeroso y selecto de las gacetillas. Entre "multum" y "multa", hay que optar".

Y terminamos, porque si el viaje de Groussac nos ha parecido corto, mucho nos tememos que nuestros lectores no piensen lo mismo de nuestra incursión, y encuentren monótona la uniformidad en el aplauso, aunque las cambiantes suelen también serlo, cuando para una u otra cosa se carece del poder de iluminar las tinieblas con la inextinguible luz de un espíritu como el de Paul Groussac a quien nuestras felicitaciones y saludos enviamos con motivo de la publicación de estas sus páginas elegidas de las que se desprende un hálito de sana energía y rara perfección en el expresar lo bello por el instrumento intelectual del lenguaje.

RECORDANDO...

LUCIA LAINEZ DE MUJICA FARIAS

> Fermant les yeux sur les faiblesses humaines, concentrant mes regards sur la vision intérieure, je m' abstrais dans la meditation du mystère; je retrouve les fortes et douces impressions d' autrefois, je ressens l' émotion attendue et esperée avec quelque chose de plus: le charme particulier qui nait du retour aux lieux familiers.
>
> **Melchor de Vogüe.**

A ser posible materialmente que el fenómeno se hubiera realizado, diríamos haber concluído de leer el libro que va a ocupar este nuestro monótono discantar, con los ojos cerrados, tanto su lectura nos ha hecho revivir horas vividas intensamente ha ya mucho tiempo, y cuyos recuerdos sepultados por la superposición de otros posteriores en data, lógica consecuencia del largo vivir, yacían como en el reino del olvido, gozando de la tranquila y dulce paz de que disfrutan las cosas que fueron.

Lo que parecería diera razón a De Quincey, que no cree en los olvidos definitivos, al asegurar: "una vez impreso el trazo en la memoria, se hace indestructible", aunque sea dicho con su permiso,

disintiendo: la inconsciente deformación de ese trazo es de rigor andando el tiempo; pues el papel de la memoria no es solamente pasivo, ya que no tiene el poder de guardar intactos los recuerdos de las horas vividas, que llegan a las veces hasta negarse a nuestra propia evocación, sumidos como deben estar en la negra noche que todo lo invade, para hacer súbita y repentina "eclosión" a lo mejor, ante el mágico conjuro del sincero pensar y el bien decir de quien nos emociona, al comunicarnos con arte y belleza sus propias delicadas emociones, similares o dispares, no importa.

El imposible fenómeno de leer con los ojos cerrados, de tomar las cosas al pie de la letra, se explica en su esencia íntima y en su recóndito sentido simbólico, impropiamente expresado tal vez, repitiendo con San Pablo: "este mundo es un sistema de cosas invisibles manifestadas visiblemente".

Y más aún se aclararía el obscuro concepto enunciado, si musitáramos a manera de incipiente glosa, el pensamiento elocuente y poético, que nos ha servido de epígrafe, del exquisito Melchor de Vogüé, ese sagaz observador del conturbante espectáculo de la vida moderna, bien avalorada por él; lo que no impidió que con creciente y admirable obstinación, presintiera de continuo la presencia del ensueño que sentía, acariciaba y cultivó con acendrado amor, del que no pudieron desviarlo

jamás, las tumultuosas realidades, entre las cuales vivió y luchó. Feliz facultad de coadunar, de florecer difícil.

Realidades tumultuosas y prosaicas, que al achicar la vida, achican las ideas, o por lo menos las entristecen, en los espíritus superiores, en los que la idea es la más alta forma de la realidad, como debía acontecerle al célebre prologuista de "Le roman russe", en el que hizo conocer en Francia, lo que vale decir en el mundo entero, al degenerado Dostoievsky.

Degenerado que, en verdad, nada hubieran perdido los humanos en continuar ignorándolo, en esta época trastrocada, en la que falta un fondo moral suficientemente firme, para soportar y alimentar la inspiración individual, espontánea o sugerida pero sana, que sufre la maléfica y atrayente cuanto enfermiza fascinación del lucro fácil y copioso, que importa triunfar de la indiferencia crónica del público que lee o que debiera leer y lo aparenta.

Para conseguir lo cual se hace servir artera e impúdicamente las excentricidades de la imaginación y del ingenio, desdeñosos del propio respeto, del pasado, del porvenir, y de todo pulcro atavío, presentándolas desnudas, huérfanas del buen gusto y aun deformadas, sin aliño ni esmero, todo hecho a la ligera, frangollando en continuo cazcalear.

Repetir cabe aquí con Carlos Wagner: "toda

educación que no se liga a nada antes de nosotros y no se cuida de lo que vendrá después, encierra al hombre en un círculo del cual la estrechez lo ahoga''.

Una forma lastimosa y deplorable de, a pura pérdida, desconocer que la vida es instruir e instruirse en el continuo modesto modificar del propio pensamiento, por la absorción o repudio, meditado y consciente del ajeno, puesto que es creación saber bien escoger en su jardín o en el vecino, desdeñando toda ilécebra.

Por lo que tantos bellos talentos se extravían y malogran, no contentándose con caer dentro de ellos mismos, prefiriendo el aplauso y los centavos de multitudes excitadas y prevenidas por falsas ideas, minúsculos ideales y gustos negativos, a la aprobación sana de los espíritus contemplativos y tranquilos, que buscan sólo penetrar más adentro del alma humana y darse de la vida una explicación suficiente a calmar las inquietudes de la existencia y de su más allá, y a los que podríamos considerar como los solos y únicos jueces irrecusables de la belleza.

Pero se prefiere ser empujado más que arrastrado por la corriente popular, que conglomera así, con rara puntería, a personalidades mediocres dispersas, que lo único que no quieren es quedar atrás, aun cuando allí queden firmes los refinados. Los refinados que se pasan bien del público votante

que les falta, a quien no les interesa seducir adulándolo, por lo que despectivamente se les moteja de aristócratas cuando en definitiva la aristocracia ¡triste es decirlo! no es hoy más, como otras tantas muchas cosas, que un bello recuerdo pretérito, cuando no una afectación ridícula, grotesca y mentida, que mueve a risa y compasión. Todo lo que tanto ha contribuído al ciar de la humanidad, disimulado por la vorágine de la velocidad practicada a tontas y a locas.

Con lo que, no obstante, la verdad encerrada en la afirmación rotunda que formulamos, no puede alcanzarse a evitar, que los deseos magnos de la desorbitada humanidad danzarina del momento actual, se polaricen en dinero, poder y amor sexual.

¡Cómo cuadraría repetir aquí las palabras que Schiller dirige al artista, cuando le dice: "Vive con tu siglo, pero no seas hechura suya; trabaja para tus contemporáneos, pero haz lo que ellos necesiten, no lo que ellos alaben. No te aventures en la peligrosa compañía de lo real, antes de haberte asegurado en tu propio corazón un círculo de naturaleza ideal!".

Problema, por otra parte de difícil solución, que de buscarla, buena o mala, nos extraviaría aún más en el dédalo de la teorización huera e innocua, apartándonos definitivamente del camino que debemos seguir, si hemos de ser fieles al pro-

pósito perseguido, o sea, antuviar nuestras gratas impresiones con respecto al libro "Recordando...", que la señora Lucía Láinez de Mujica Farías, acaba de, esmeradamente, publicar y nos ha enviado exornado de amable dedicatoria.

Leyendo el libro de la señora Láinez de Mujica Farías, hemos aspirado con deleite "un perfume de poesía íntima, grave, noble hasta donde es posible, y sin embargo amable y llena de abandono", para valernos de la frase con la que el Padre Sertillanges elogia a la ciudad de las flores y las artes, en su encantador: "Pèlerinage artistique à Florence", atrayente almácigo de notas vivientes, pintorescas, entusiastas; en conjunto, deliciosas impresiones justas y penetrantes, que nos sobresaturan con su elocuente emoción contagiosa, cuando con el autor recorremos la Capilla de los Médicis y San Marcos, decorados por esos dos maestros de tan opuesto genio: Miguel Angel y Fray Angélico, sobre quien Bordet y Ponelle tienen un breve y bello estudio en el libro "Conversazioni romane".

Nos encontramos ante un libro que no solamente se "devora", sino que se "mastica y se digiere", como Bacon lo impetra en su "Essays", siempre interesantes a pesar del tiempo y de la raza. Libro en el que ella, la autora, brinda generosamente a sus lectores, que serán legión: "avec graces fuyantes, savantes simplicités et de profonds

alanguissements", algunas bellas y sentidas impresiones personalísimas de París, del mirífico París que, se ve, adora y conoce a maravilla, sintiendo sus encantos y lindezas inmanentes, diremos, tanto como las circunstanciales, transmitidas en palabras doradas.

¡Palabras doradas! Pensamos encontrarnos en la misma situación en la que se encontraba el popular y traspapelado poeta bretón Brizeux, cuando decía:

J'ignore les apprêts d'un langage doré

Y pese al optimismo desbordante, deploramos no poder continuar con él diciendo

Mais je suis jeune encore, un jour je m'instruirai

Todo lo que, como el pensamiento de nuestra autora, está con fidelidad reflejado en su estilo, que repudia los colores deslumbrantes y churriguerescos tan en boga hoy, como excluye las palabras demasiado netas o de brillo inusitado. Afirmación en la cual no debe verse contradictorio pensar con lo anteriormente dicho de "palabras doradas". ¿Acaso Arsenio Houssaye no ha podido decir: "A la palabra alta y soberana de Bossuet, sucedió la palabra elegante y dorada de Massillon"?

Por lo demás, la rigidez del sistema filosófico de Schopenhauer, más aparente que real en nuestro sentir, no excluye un cúmulo de contradicciones interiores y de ocurrencias tan extemporáneas

y absurdas, que deben tomarse como rasgos de humorismo de su brillante y ameno ingenio.

Pero a ello, nuestra autora, prefiere, y a fe que con razón sobrada, los tintes grises y las palabras dulces, que dan un raro encanto de intimidad a su prosa, impregnada de "armonismo", como dice Menéndez y Pelayo, al ocuparse de Hermann Lotze, y de lo que que éste llama "idealismo realista", tornándola fácil, corriente como agua de manantial, que sólo a veces parecería afectar un cuidado descuido, para hacerla definitivamente aun más interesante en su espontánea exactitud impulsiva, aun cuando siempre meditada.

Boileau, en el canto segundo de su célebre oda: "Art poétique", ha dicho en verso clásico:

Chez elle un beau désordre est un effet de l'art.

Hartman define la obra artística como una "acción recíproca y constante de la actividad inconsciente y de la actividad consciente, una y otra igualmente indispensables para la realización del fin común".

Aceptemos la definición del discípulo de Schopenhauer, o nuestra manera simplista de ver en materia de estética, es lo cierto que el libro que nos ocupa pareciera escrito de un solo trazo, y, salpicado de argentinismos decidores como se halla, se hace en verdad delicioso y de atrayente lectura, malgrado la condena sin retorno de la impla-

cable que "limpia, fija y da esplendor" y de sus intransigentes devotos.

Sí, se hace delicioso el libro de la señora de Mujica Farías, dando como da, una nota alta y clara de belleza y de arte, imponiéndose al lector, que realiza con la autora interesante viaje, y concluye por creerse mecido por una armoniosa música lejana, entreviendo como al mismo ritmo, un haz de luz interior, que pone de manifiesto un alma de mujer, crepitante, emocionada, inquiriendo con anhelo de las civilizaciones que en sus viajes estudia o sólo contempla y considera, el cómo comprendieron e interpretaron la belleza, y cómo la moral, el amor, la fe, y, en fin, cómo vivieron su vida, dándonos en definitiva, sin énfasis, con natural elegancia, una síntesis de sensaciones con justos toques descriptivos, pasados al través de luminosa criba: su estilo.

Voltaire ha dicho justo cuando dijo:

> Le veritable esprit sait se plier a tout:
> On ne vit qu'a demi quand on n'a qu'un seul gout.

No ha de faltar, con toda seguridad, quien encuentre contradictorio con nuestra franca y leal admiración por el estilo de esta escritora, que con su primer libro conquista un primero y merecido puesto, la apuntada prescindencia del léxico oficial de la madre patria en muchos casos; a esos infaltables aristarcos de corrillo, les recordaríamos, que el doctor Macedonio Fernández, en un

erudito y desconcertante libro de reciente aparición titulado: "No toda es vigilia la de los ojos abiertos", del que próximamente hemos de ocuparnos con la detención que el talento del autor merece, se encarga de satirizarlos por nosotros, cuando comenta: que "Schopenhauer, todo un metafísico se dejara dominar por la gramática, la cosa más innocua".

Después, reforzando tan autorizada opinión, no olvidemos a Beffroy de Reigny, cuando nos dice: "No es posible hacerse una exacta idea del despotísmo que ejercen en la república de las letras, esos hombres imbuídos de falsos sistemas filosóficos. Los cuerpos académicos están raras veces al abrigo del imperio del orgullo y de la cábala".

Sin que esto quiera decir que no se deba saber gramática, sino solamente preconizar que no se debe ser de ella víctima expiatoria, sabiendo atinadamente, con recato y parsimonia independizarse cuando se ha menester, a base de dominio del idioma, de buen gusto y distinción, no para ir a caer de bruces en el lunfardismo en el que la ignorancia y la sosera se guarecen, para el mayor gozo de los sujetos intelectualmente infantiles, que llenan en la actualidad el escenario del mundo.

No olvidemos tampoco en esta oportunidad a Le Brun, que nos da una regla de conducta, cuando espiritualmente, refiriéndose a ese tirano que se llama "Diccionario de la Academia", lo pinta

de mano maestra en un simple pareado, dando la exacta idea de su misión evolutiva en el mecanismo del idioma, por lo que transcribirlo es necesario.

On fait, défait, réfait ce beau dictionnaire
qui toujours trés bien fait, reste toujours á faire.

Porque en definitiva, como bien nos lo dice Quintiliano: "una parte de la ciencia de un gramático verdaderamente hábil consiste en saber que hay cosas que no merecen ser sabidas", no obstante lo cual agrega a renglón seguido: "se equivocan extremadamente los que se burlan de la gramática como de un arte bajo y despreciable".

Pero, con todo, el libro de aquella distinguida dama, de nuestra autora, es un libro pletórico de elegancia y sencillez. Encierra en sus bellas páginas saturadas del ideal y embriagador perfume de los recuerdos, un mucho del alma del París que nos describe burilando, después de haberse de ella compenetrado y comprendídola, hasta en sus más íntimas modalidades, esquivas siempre a la trivialidad, que va caracterizando cada día más netamente, a la sociedad en que vivimos, y que todo lo invade.

Hermosísimas manchitas, por no decir cuadros, que nos hacen rememorar maravillados, y revivir con indecible encanto, lugares muy conocidos, otra hora ya lejana familiares, y que nos son amados, más hoy aún parecería, al volverlos a contemplar reverdeciendo, evocados por intermedio de sagaces

y escrutadores ojos, que han sabido profunda y justamente admirar y potente cerebro excediéndose en el bien comprender y mejor contar lo visto y lo sentido con exquisita como poco común sencillez. Ver es tener, dijo el poeta.

Con cuanta razón ha podido afirmar Enrique Caporali: "el pensamiento estético no consiste en la reproducción exacta de imágenes percibidas, sino en la energía de la imaginación, que logra producir con líneas, sonidos y colores o con palabras y acciones, una síntesis que pueda entenderse y gozarse".

Sí, la señora Lucía Láinez de Mujica Farías, no ha, como tantos otros viajeros adocenados que cuentan sus andanzas de petaca, descubierto París. No; ella lo ha sentido; y así de acuerdo al unísono de tal diapasón, nos da su manera de ver y nos pinta sus consecuentes derivadas sensaciones, de las que, artísticas como son, hace participar intensamente a su lector deslumbrado, si el medio conoce, y al que lo ignora, lo inicia luminosa y con extrema gracia, en la no fácil hermenéutica del ensanchamiento del panorama de la vida, que tanto contribuye al mejor conocimiento del propio yo, al despojarse paulatinamente de los mil prejuicios que sin advertirlo, deforman nuestras opiniones, cuando de nuestro medio no salimos.

No es esta ni la única ni la menor de las muchas ventajas del viajar, por lo que no tiene otra importancia que la de una humorada la desencanta-

dora reflexión del incomparable Pierre Loti: "Il viendra un temps ou la terre será bien ennuyeuse á habiter, quand on l'aura rendu pareille d'un bout a l'autre; et qu'on ne pourrá meme plus voyager pour se distraire un peu...".

No estará aquí fuera de lugar recordar lo que desde otro punto de vista, decía de los viajes, uno de los solitarios de Port-Royal, Isaac Luis Lemaistre de Saci, autor del panfleto en verso titulado "Les enluminures de l'almanach des jésuites", que tan grande éxito obtuvo en su época, y el que de los viajes así se expresaba: "Voyager, c'etait voir le diable, habillé en toutes façons, a l'allemande, á l'italienne, á la espagnole et á l'anglaise".

Una sensación parecida a la que el libro que analizamos nos deja, hemos experimentado ha tiempo ya. Se trata de la impresión que en nuestro espíritu sorprendido por la desolada magnitud del cuadro, dejara el desierto imponente y enigmático, mal traducida en apuntes que felizmente informes, andan por ahí perdidos, buscando su osario, como tantas otras cosas inútiles que no han debido ser, pero que han sido.

Sí, Eugenio Fromentin, ese Sainte-Beuve de la crítica de arte, precisó, iluminó diríamos, nuestras confusas y veladas sensaciones, cuando algún tiempo después leíamos deslumbrados, "Un été dans le Sahara". Libro magnífico en el que el artista de fina inteligencia analítica se extasía co-

municativamente ante el soberbio espectáculo de haber podido contemplar "el cielo sin nubes sobre el inmenso desierto sin sombras".

Formidable expresión que traducía, fiel y perfecta, la rara sensación que recordábamos haber experimentado, sin acertar en su momento a explicarla ni describirla, y que el maestro enamorado de la luz, daba con emocionante naturalidad y fluidez incomparable, recreando su espíritu en el mágico recuerdo, llevando a sus lectores genialmente, la idea hecha carne, de dos situaciones inconcebibles fuera de ese medio.

Es pensando en el libro de Fromentin y comparándolo con esa otra maravilla que se llama "Le désert", libro en el cual Pierre Loti excediéndose a sí mismo, describe la travesía del de Petra, realizada en busca de Jerusalén, que llega a creerse en la razón asistente a Hosmis, cuando nos dice: "de todas las artes plásticas la más plástica es la lectura".

He ahí, en situaciones tales o similares, cómo se revelan y por qué se imponen los grandes libros: "sangre preciosa de un espíritu soberano", según la feliz expresión de Milton, tanto más recomendable en esta hora aciaga del auge de las almas vacilantes, enfermas de la voluntad y víctimas del anarquismo intelectual, que en este, como en todos los órdenes, va sembrando fructíferamente el descontentadizo desconcierto.

Así como en aquellos libros adorables, en el de la señora Lucía Láinez de Mujica Farías, con maestría sin igual, sabe darse la nota precisa que ha de conmovernos, el color que conviene al cuadro que ha de impresionarnos, todo en inspirada forma, que sólo puede encontrar un corazón desbordante de poesía, y el suyo de mujer, y de mujer de talento, halla, como suspirando, las palabras que si no son siempre las más precisas y correctas, son sí, las más expresivas, armoniosas y bellas en las circunstancias en que se usan, con buen gusto impecable y permanente, lo que la hace huir de la paradoja, socorrido refugio de muchos de los que aun quieren disimular la vulgaridad, de que hay quien hace alarde como de ejecutoria de nobleza.

Mas no para en eso la habilidad y el talento de esa eximia escritora; ni es sólo el encanto de su fluída prosa, todo el mérito del libro, no. Hay en él, dichas como simples palabras sin trascendencia, ocultas y prolijas investigaciones, que estamos seguros le han costado múltiples y fatigosas búsquedas y pacientes cotejos de muchos cronicones hiperbólicos e historias más o menos interesantes, que cuidadosamente se disimulan, bajo la ficticia frivolidad de una conversación circunstancial y amable, entre gente de sólido buen gusto, que huye exprofeso y con horror, del pedantismo fatigoso y estéril.

Tiene razón la "Mère Agnés", cuando en una

de sus cartas, nos dice: "Il y a des vérités qui se doivent plus gouter que connaitre".

Así al hablarnos de lo que fué la vieja y prestigiosa abadía de Montmartre, aprovecha para insinuarse sobre todo ese barrio que es la exageración de cualidades y defectos, que André Billy ha bien definídonos cuando nos dice con su impecable gracejo de siempre: "Montmartre est une coquetterie un peu audacieuse de la France, cette femme honnete, quoi qu'on dise, dont la grand vertu et la grande faiblesse sont de vouloir plair a touts".

Al continuar hablándonos de lo que fué aquella vieja abadía de Montmartre, decíamos, se percibe, con nitidez y sin mucha perspicacia, a través de lo que quiere hacerse aparecer como gárrula charla, sorprendente precisión histórica, hasta en el detalle ínfimo, insinuado con discreción al pasar, pero al que no se llega sin previa y sólida documentación metódicamente compilada.

Así la vida de la referida abadía, tal como nos llega en brazos de la embellecedora tradición, en su artístico tejido de fábulas y leyendas, gana aún con la nueva relatora, que con medias palabras, podríamos decir, más nos deja imaginar y entrever, que afirma. ¿Acaso con la vida de Rabelais y de Piron no ha pasado lo mismo? Y retrocediendo, recordemos al monje Planudes y las fábulas de Esopo.

Y burla burlando, nos desayunamos, por ejem-

plo, del error secular en que vivíamos, trasmitido sin discrepancia de autor en autor, que hacen una sola religiosa Beauvilliers de complicada y matizadísima vida, cuando en realidad han existido dos con idéntico apellido con lo cual se explican amplia y satisfactoriamente sin esfuerzo, las pronunciadas curvas de aquella existencia considerada una, con error, puesto que resulta fueron dos.

Lamentable y generalizada confusión, que, al refundir en una las vidas de dos religiosas distintas, que con el mismo apellido, habitaron en determinado momento la mencionada y célebre abadía de Montmartre, de movida cuanto interesante historia, no ha impedido que el mundo continuara tan campante y la religión a que ellas pertenecían, ejerciendo el mismo o mayor influjo sobre las conciencias de devotos y creyentes.

Error histórico que vemos también se produce en el caso de Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena, de quienes se hizo un solo personaje conocidísimo en la historia del descubrimiento de América como Fray Juan Pérez de Marchena, del que hasta bustos se han hecho; error evidente hoy, sin embargo, como lo ha demostrado en eruditos estudios José María Asensio, pero en el que cayó no obstante, otro erudito historiador, Washington Irving.

Podríamos todavía recordar que el padre Charlevoix hizo del padre Petro Patricio, natural de

Milán, y el padre Agustín Fernández nacido en Valencia, un solo personaje a quien llamó le Père Patricio Fernández, asegurando todavía que éste no era otro que el padre Juan Francisco Fernández, conocido autor de la "Relación de indios chiquitos", obra ésta que el padre Muriel atribuyó con evidente error al Padre Bandiera, y en el cual incurrieron Hervás y el Padre Sommervogel, y como es lógico, José Toribio Medina, infaltable cuando de errar se trata.

La lista se puede hacer interminable, pero con todo, recordemos la confusión a la inversa, respecto al poeta Pierre Sorel, que se duda si fué uno o fueron dos los que existieron en el siglo XVI; según el sabio bibliófilo Emilie Picot, se trata de uno único, nos plegamos a tan autorizada opinión.

La señora de Mujica Farías, nos enseña que existieron, contemporáneamente, María de Beauvilliers, abadesa de la Real Abadía, como llegó a llamársele, y Claudia de Beauvilliers, novicia en la misma; al conocerla y de ella enamorarse el galante Bearnés, cuando en 1590 sitiaba París, se inició una aventura de amor, lo que hizo se llevara a la novicia al castillo de Senlis, donde aquella continuó su idílico desarrollo "in crescendo", hasta el siempre triste momento de rigor en tales achaques, en el que según la teoría más aceptada, el abandono se produjo, como derivada consecuencia de la seducción ejercida por la bella Gabriela

sobre el corazón del voluble príncipe, víctima ya, además, del despiadado hastío.

La Bruyère, pinta esa situación particular, al describirnos en términos generales, uno de los más potentes sentimientos: "Los amores mueren por el hastío y el olvido los entierra". Mientras que Sully Prudhomme con otro criterio, nos dice: "Aimer est commun; s' aimer, bien rare. L' amour est une loi, la réciprocité d' amour, un hasard".

Dejada de lado por su real amante, la ligera Claudia, a la que no llamamos ni liviana ni aturdida, temiendo disgustar a Tiburce d'Annelet, que se nos aparece un tanto enamorado de ella, a la manera como Victor Cousin, lo aparece también de Madame de Longueville a través de sus obras, volvió a abrazar la vida monástica, ingresando a llorar su desengaño e impetrar el perdón de su divino esposo, al convento de Pont aux Dames.

Del nuevo enclaustramiento de Claudia tenemos la noticia, por así asegurárnoslo la señora Lucía Láinez de Mujica Farías, que habla en el caso por boca de Dom Cheronnet, según se advierte de referencia incidental. Suponemos que nuestra talentosa autora ha querido referirse al libro: "Histoire de Montmartre, ses chroniques, son abbaye, ses chapelles, etc., par D. J. F. Cheronnet, revue et publié par l' abbé Ottin, París, Breteau, 1843", in 8°.

De todas maneras, y sea de ello lo que fuere,

constatamos un hecho que nos consuela relativamente, y es que en todas partes se cuecen habas. No es, pues, solo enfermedad argentina acordar a lo impreso ciega fe y repetirlo sin tomarse el trabajo de previamente constatarlo en la fuente. Es mal de la humanidad; y mal de muchos...

Nos apercibimos, aunque tarde, como a todo solista le sucede, que será materialmente imposible ocuparnos de todo el libro con el detalle que la bella obra merece, y que fueron nuestros íntimos deseos y firmes propósitos al comenzar esta divagadora monserga.

Así que, a nuestro pesar, obligados por las circunstancias, abandonamos el capítulo de que nos hemos venido ocupando, para liberándonos del encanto seductor de Montmartre, que puede considerarse como la capital de esa nación que se llama París, que la autora ama hacérnoslo sentir como lo ha sentido: en la suave melancolía de un véspero, y en voz alta, aun cuando no declamatoria, decir algo de lo pensado al concluir otro: Port-Royal, que junto con aquél que nos ocupó, son los dos que preferimos de la bella producción, sin que, por cierto, ello quiera decir, que los otros que la complementan le sean inferiores; no, absolutamente, no.

Solo que en la imposibilidad material de analizar todos los capítulos, elegimos aquellos dos mencionados, cediendo tal vez a inexplorada situación de ánimo, deplorando no hacerlo con todos par-

ticularmente además, con el capítulo titulado "Maison de Balzac", donde la observación fina y profunda, llega a un difícil maximum de justeza y perspicacia, exenta de fantasía y llena de colorido, pocas veces alcanzado en tan grande y pareja amplitud, digna por cierto de ese gran escritor, que ha llegado a ser una de las grandes glorias de la humanidad, pese al momentáneo desprecio que el odio de la legión mediocre y envidiosa, disimula con indiferencia y conmiseración.

Leyendo el capítulo dedicado a "Port Royal des Champs", hemos, por bien explicable asociación de ideas, pensado en Mme. Marcelle Tinayre, que allá, por septiembre u octubre de 1925, nos parece, diera en París una interesante conferencia en la Universidad de los Anales, que luego se publicó, precisamente sobre el mismo tema y con idéntico título, lo que por cierto no es el único punto de contacto entre ambos trabajos; no obstante, chauvinismo aparte, satisfácenos mucho más ampliamente y preferimos el de la talentosa y espiritual argentina, entre otras muchas razones, por ser más emotivo, y guardar un mayor equilibrio entre el mundo interior y el mundo exterior que ha visto y sentido y nos relata, con independencia de pensamiento, libertad de conciencia y amor a la justicia y la verdad, poniendo de ella mucho, con ese estilo simple, firme, casto y severo de la escuela de Port-Royal.

Admiremos una vez más a los hombres de Port-Royal, vencidos, sin envidiar a los vencedores triunfantes, ya que pensándolo bien, han pagado archicara su victoria, como Bayle se lo decía en forma un tanto pintoresca a su gran amigo el célebre literato y jurisconsulto Mathieu Marais, una de las luces del foro de su tiempo: "c'est proprement matiére de pyrrhonisme". y Boileau que contaba con amigos en los dos campos en lucha, le escribía a Claudio Brossette, después su sabio editor: "Oh! que les hommes sont fous!".

Y no sólo más emotivo y más equilibrado en su doble faz interior y exterior, nos parece el libro de nuestra talentosa compatriota, sino que consideramos se ha compenetrado mejor y más del espíritu místico-romántico del alma francesa de esa época caballeresca, que terminó por adquirir caracteres de cruzada, y de cruzada fabulosa, casi podría decirse, tales fueron sus proyecciones morales y dogmáticas y tanto heroismo y pasión vemos en ella puestos estoicamente, apenas se aboca, aun cuando sólo sea somera y superficialmente su estudio.

Estudio que en forma magistral, por otra parte, ha realizado el siempre incomparable Sainte-Beuve, y León Séché en su menos conocido pero delicioso libro "Les derniers jansenistes", que fué coronado por la Academia Francesa, donde su ameno historiador debía ya estar hace tiempo sentado, a bien

ganado título, como autor de tanto precioso estudio sobre la bella época del romanticismo, si en las elecciones de sus miembros, no jugara un papel preponderante la envilecedora política, carroña de la sociedad igualitaria actual.

Fabulosa y atrayente cruzada, cuyo fin debe buscarse en la supresión de la Abadía y dispersión en diversos conventos de sus religiosos, ordenada por el arzobispo de París, el Cardenal de Noailles en 1709, como consecuencia de la bula Unigenitus de Clemente XI, provocada en principio por el libro del Padre Quesnel, del oratorio: "le nouveau testament"(1), favorable a los jansenistas, y condenado por Roma a sugerencias del Padre Le Tellier, jesuita confesor de Luis XIV, y además enemigo declarado, acérrimo del Cardenal de Noailles, Arzobispo de París en ese entonces.

Pero en todo lo que debe verse la mano oculta y poderosa de Madame de Maintenon, como nítido exponente de indómita intolerancia, puesta de manifiesto en todos los actos de su poderío, tanto que ofreció la protección y la fortuna a su antigua amiga Ninon de Lenclos, a cambio de que se hiciera "prude ou dévote", contrastando con la tolerancia demostrada en una época anterior en la cual las grandes amigas compartían las

---

(1) París, Pralard 1693, 4 volúmenes in octavo.

caricias de Villarceau, aventura que en total calla Geffroy en su documentado estudio sobre la Maintenon.

No obstante lo cual, la leyenda, base material, cuerpo visible de la poesía, o la historia, que en ambas cabe con iguales títulos, la vida de la Abadía en un principio llamada de Porroi o Porris o Porrais, va a extinguirse en forma definitiva y surgir como ruina, en la hipercrisis que conocemos como Revolución Francesa, asesina de tantas cosas bellas, a la que solo una cosa grande le debemos: Napoleón, y de la cual en cambio datan y provienen muchos de los graves males incurables, de que padece la chata sociedad actual.

Arremetemos al así expresarnos, lo sabemos, contra un prejuicio que ha adquirido los contornos de un artículo de fe, indiscutido, y continuamos pensando que para estudiar a la Revolución Francesa no debiera nunca prescindirse de Taine y de Carlyle a quien aquél refuta, es cierto, pero sin dejar de reconocer la razón de muchos de los agravios que formula contra ella, este escritor cuya mayor gloria es tal vez haber percibido claramente durante muchos años la importancia extrema de la crisis en que vivimos.

Y siempre la contradicción mostrándose risueña. El en su época célebre magistrado francés Pedro Juan Augier, abrazó, por ciega adhesión a las doctrinas de Port-Royal, las ampliamente promi-

soras de la Revolución de 1789, llegando a ser presidente del tribunal revolucionario que juzgó a Fouquier-Tinville, en su misión extirpadora del partido que se llamó "la cola de Robespierre".

Hay, por lo demás, no solo superior emotividad, como lo hemos dicho, sino y aún conocimientos múltiples y profundos, dejados con discreción apenas entrever, mejor aún presentir, durante el relato sobrio, elegante, fácil y movido, de lo mucho que admiró en su provechoso y ameno deambular. Compenetrándose durante él, del alma de los lugares recorridos, como de las cosas que vió y también de las que fueron, que allí en esos parajes parecería flotar buscando una nueva apropiada encarnación.

Todo lo cual nos lo hace ver o rever, según el caso, a través del diáfano lente convexo de su exquisito, suspicaz, sereno y educado espíritu artístico, contraloreado por exigente buen gusto, que nunca falla y que se impone siempre.

Y claro está, ante lo enunciado así grosamente, desearíamos más y más detalles luminosos e interesantes, como los que nos da, para así prolongar la alucinación; y otros lectores con seguridad los quisieran más circunstanciados y abundantes que nosotros, que conocemos de antigua data los lugares, que ella, ha como iluminado con difusa y bien combinada luz, al como vestir de humanidad y de ideas sus sensaciones de arte, entremezcladas cla-

rividentemente a sus sensaciones de historia, en adecuada proporción.

Ella puede estar bien satisfecha de cómo ha llegado a la luminosa expresión de su amorosa ternura hacia algunos de los lugares en que ha vivido horas intensas de emoción estética, que le ha llevado a la necesidad de comunicar sus sensaciones a no importa quién, es decir, al lector desconocido, entre los que tenemos el honor de contarnos; quedámosle gratos por la confidencia en común que nos ha hecho, y hubiéramos deseado para comentarla, aun cuando más no hubiera sido, el expresivo balbucear del niño.

Y algo de esa historia repasada ha tiempo en el terreno, aun recordamos, por lo que hoy el libro que nos ocupa, nos hace, como transitoriamente retomar y por un fugaz instante retener, las horas en fuga precipitada hacia el insondable abismo del olvido, arrastrando en confuso torbellino cosas y recuerdos, caros algunos de ellos, indiferentes otros, desagradables y antipáticos no pocos.

No maldigamos, pues, del todo y en absoluto al protector olvido, que nos libera de algunos recuerdos poco amables, torturantes a veces. Y después, porque tal vez Alfredo de Musset puede que esté en lo exacto al asegurar:

A défaut de pardon, laisse venir l'oubli

Pero, recapacitando, pensándolo mejor, encontramos en esa estudiada ausencia del prolijo y fa-

tigoso enumerar de fechas y sucedidos con cronológica exactitud de efemérides, relatadas meticulosamente, encontramos, decíamos, toda una fuerza expansiva de belleza, un dinamismo, que en gran parte contribuye al encanto del ático libro, pues sugiere tanto o más de lo que directamente enseña; sin contar que lo relatado lo dice como deslizándose, sin jamás recalcar, insistir, ni repetirlo, es decir, no queriendo a todo trance convencer, y sin apoyarse demasiado en sus conclusiones, cuando a ellas llega, pasa con paso de hada.

Es en el andar ligero y cadencioso, donde reside la verdadera elegancia del caminar en la vida mortal, como en el arte y en la literatura, y de ese caminar como ayudada por discretas alas, se hace derroche sin afectación en el libro de la señora Lucía Láinez de Mujica Farías; de ahí su encanto indiscutible y subyugante y este aplaudir sincero y jubiloso, al que quisiéramos darle la proyección de un himno.

Viene a golpear nuestra memoria, como buscando colocación de capitel el conocido verso de Pierre Charles Roy, cuya paternidad tanto se le ha discutido:

Glissez, mortels, n'appuyez pas

Al referirnos a estudios de Port-Royal citamos al pasar a la vera de Sainte-Beuve, la interesante y erudita obra de León Séché, sobre los últimos Jansenistas, en la que pueden leerse pá-

ginas muy bellas y documentadas referentes a Silvy, haciendo de él un muy curioso y exacto retrato a base de las noticias que sobre aquella persona le suministrara un hijo de Madame de Lefort, dama de un espíritu superior, muy jansenista y gran amiga de Silvy.

El salón de Madame Lefort, fué muy frecuentado por muchas de las notabilidades de su época, entre las que podríamos citar a Victor Cousin, para quien ella copió parte de la documentación perteneciente a Silvy, de las cuales aquél extrajo muchas interesantes y precisas indicaciones sobre su amada retrospectiva, la Duquesa de Longueville.

Gazier, se ha ocupado también detalladamente de Silvy, en su excelente y concienzudo estudio sobre "Les dernières années du Cardenal de Retz", de quien Bossuet que no conoció las "Memorias", decía: "Un genio firme y fiel a los particulares, temible al Estado y de un carácter tal, que no se le podía ni estimar ni odiar a medias".

En aquel libro cuenta el origen de la célebre biblioteca jansenista. También se ha ocupado de Silvy, en su conocido "Étude sur l'histoire religieuse de la Revolution Francaise", bajo cuyo título general, es, a decir verdad, un estudio sobre el Le Paige, abogado del parlamento, en la "Revue historique" de Monod.

Se encuentran también numerosos detalles so-

bre el mismo mencionado Silvy, y su célebre colección de libros, cuya base fué la de Luis Adrián Le Paige, abogado del parlamento, en la "Revue de Bretagne et d'Anjou", del 15 de octubre de 1889.

Y ya que hablamos de Port-Royal, es de rigor se nos ocurre, recordar a Henri Martin, que en un párrafo magnífico de su "Histoire de France" nos muestra de relieve la obra moral realizada, cuando dice: "Una entera sinceridad en la acción del hombre sobre el hombre, un desprecio absoluto de todo acomodo o política en las cosas de Dios, caracteriza eso que puede llamarse el método de Saint-Cyran. Lo que él quiere es regenerar individualmente las almas; no sorprender a la ligera la adhesión superficial del gran número; menos todavía demandársela a la boca, si el corazón no ha de ratificarla. No es él quien quisiera obligar a las poblaciones heréticas a hacerse católicas en apariencia. ¿Qué le importa la apariencia? ¿Qué le importan los hechos? Más vale conquistar un alma para el Cristo interior que un imperio a la Iglesia exterior. Es por ahí que Saint Cyran toca a Descartes no obstante volverle la espalda... Descartes ha regenerado el espíritu, Saint-Cyran se esfuerza en regenerar el corazón... Es por eso que el jansenismo merece, todavía hoy, nuestro serio estudio, dada la inclinación exagerada que tenemos a colocar nuestras esperanzas en las re-

formas sociales y colectivas, que permanecerán irrealizables mientras tanto su base no se funde en la reforma del alma humana... Es necesario ser bien fuerte para equivocarse como los jansenistas. Por lejos que esté uno de sus doctrinas, debe reconocerse que han levantado la grandeza moral del hombre: "ellos son los estoicos del cristianismo".

Alfredo de Vigny, ha proclamado en su forma exquisita, la grandeza del estoicismo.

Por ello aun hay algo de interesante que leer en los "Essais de morale" del jansenista Pedro Nicole, ese "Pascal sin estilo", según la frase lapidaria del delicado Joubert, quien no obstante se deleitaba en "la materia que es exquisita", según su propia medulosa expresión.

Nicole hace también las delicias de Madame de Sévigné, "esa jolie paienne", según la olvidada frase de Arnauld. y, sin embargo tan calificados sufragios, Prevost Paradol ha desdeñado incluir en "Les moralistes français", negándole con notoria injusticia, el más insignificante rincón entre los sitios destinados a Montaigne, La Boétie, Pascal, La Rochefoucauld, La Bruyère y Vauvenargues.

Para el segundo centenario de la destrucción de Port-Royal, publicó Agustín Gazier con prólogo de Andrés Hallays, el luminoso "flaneur" a quien la Francia debe la conservación de muchos

viejos monumentos una interesante colección de imágenes y retratos con notas iconográficas e históricas, bajo el título de "Port-Royal au XVII siècle". Album in 4°, muy curioso a consultar por cierto.

Sobre Antonio Le Pautre el célebre arquitecto que construyera la preciosa iglesia que existió en Port-Royal, y a cuya destrucción, dedica breves y sentidas frases la señora de Mujica Farías, se encuentran datos en los diccionarios de Le Bas, de Moreri y de Ladvocat. En 1652 publicó sus "Obras de arquitectura", muy estimadas aún hoy especialmente en lo referente a decoración.

¿Pero, dónde vamos? Debemos confesarnos extraviados, al haber tomado sin venir al caso, la pedantesca ruta de la bibliografía, para juzgar un libro, que es la personalísima expresión de un atildado y sabio giróvago, y al constatarlo, detenemos neto en la peligrosa pendiente.

Mas como la reorientación suele hacerse difícil, no la intentemos y como si debiéramos ya sólo condensar en una frase un juicio, repitamos lo que de Gyp decía Faguet: "l'esprit le plus naturel et le plus spontanée que puisse étre", para aplicárselo a la señora de Mujica Farías y de cuyo libro recapitulando definitivamente, diremos dos palabras más para terminar esta charla, en la que hay de la turbulencia y del tartamudeo, como falta de método.

Que el espectáculo evocador de las ruinas de Port-Royal, contempladas de visu, o al través de artísticas descripciones de un alma cogitabunda, como las que nos han ocupado, y deleitado, nos reafirme una vez más en el sostenido esfuerzo de mantener la preciosa conquista que ha importado, el horror a la intolerancia, que bajo ningún pretexto, ni so color alguno debemos permitir se eche en olvido, y a su sombra renazca o reflorezca, lo que no es un vago ni quimérico temor.

En el "Catalogue mensuel de l'oeuvre pontificale des vieux papiers", correspondiente al número de Abril y Mayo de 1885, puede leerse con estupor, que se señalan al piadoso furor de las almas devotas, treinta y tres obras dignas de destrucción, y de entre cuyos autores entresacamos los nombres de los jansenistas: Arnauld, Nicole, Pascal, Saci, Saint-Cyran y Duguet.

La forma sencilla y amable de la imagen llena de virtuosismo poético, busca en nosotros a medida que se lee el libro, la vibración más íntima y delicada y la encuentra. La encuentra en donde no todo llega, en donde a nosotros mismos nos es difícil llegar, porque deslindando tiempos y espacios, tendimos ya una nube de ensueños sobre sus realidades; solo la magia de una evocación rinde al ensueño, y ese libro opera el milagro.

En el haberoso rincón de los recuerdos, ha cundido el alboroto, y en tropel desordenado se

presentan en actitudes varias, los fantasmas yacentes hasta ahora, que cobran inusitados nuevos bríos, como aprestándose a librar campal batalla por la exactitud y por el desesperante detalle; mas como no se trata de tal justa, ni de mucho menos, apaciguada la liorna, divagamos no obstante el punto que ponemos, un momento más entre ellos, entre esas pálidas floraciones del olvido, reflejos de nuestra propia nada; puesto que aun cuando no lo parezca, ellas intensifican la vida de este presente, que mañana ya será el pasado, que momentáneamente nos desengañó una vez más, de lo siempre esperado del porvenir que él fué ayer y que era el hoy.

LA JUSTICIA DE INSTRUCCION Y LA LEY POSITIVA

Dr. ARTEMIO MORENO

> La riqueza del espíritu es la única verdadera. En las demás se halla siempre mezclado el mal.
>
> **Luciano.**

Bajo el título que nos sirve de epígrafe, un magistrado modelo, de un claro talento y fuerte erudición, acaba de publicar un volumen interesantísimo, que viene a acrecentar no sólo su ya valioso aporte a la ciencia penal, sí que también el acervo nacional de nuestra bibiliografía.

En el libro que nos ocupa, su autor, el doctor Artemio Moreno, ha recogido y agrupado un número respetable de muy interesantes sentencias dictadas por él como Juez de Instrucción de la Capital Federal, de inapreciable valor para nuestra jurisprudencia y derecho penal, pues cada una de ellas representa una síntesis de un profundo estudio del tema que trata, agotándolo siempre, como que han en su confección intervenido el jurista, el sociólogo y el psicólogo, pues de todo ello hay en justas y apropiadas propor-

ciones en la composición de esta fuerte intelectualidad de nuestro foro, que malgrado su juventud, ha sabido demostrar la riqueza de su espíritu, que al decir justo y exacto de Luciano, el más espiritual y brillante de los escritores griegos del siglo segundo, es la única verdadera.

Exquisito espíritu el de Luciano, citado aquí con tanta mayor causa, porque aparte de la seducción que él ejerce, le encontramos no pocos puntos de contacto con el autor del libro; tantos que nada mejor a hacer que recordarlo, con su prosa mirífica, como satírico y pintor de costumbres, como filósofo enamorado de la verdad y del recto sentido y como moralista ameno y convincente.

Además de las sentencias a que nos hemos referido, el doctor Artemio Moreno ha también recopilado algunos artículos aparecidos en diarios y revistas, tan interesantes y documentados, como las sentencias mismas, y que terminan por formar un volumen homogéneo y coordinado, que le da una bella estructura a esta primera serie de trabajos, que, aparte del valor propio de cada uno de ellos, se acrecienta al haberlos conglomerado; pues éste deja de ser tal, para adquirir un cuerpo único, yuxtaposiciones amalgamadas con arte, por un soplo vivificador, creador mismo, podría decirse no impropiamente.

No cabría aquí un estudio de cada una de

las sentencias que el doctor Moreno publica en su libro, ni capacitados para ello nos encontramos, ya que no es el estudio del derecho penal, ni de nuestra predilección, ni de nuestra especialidad, ni de nuestra competencia, digámoslo sin eufemismo; pero sí sabemos utilizar las lecciones provechosas y aprender, y sabemos todavía más, cuando este caso se produce, sabemos admirar.

Admiramos en este libro, su factura, su forma y su fondo, respecto al cual puede servir de guía para juzgar la parte jurisprudencial que él contiene, el hecho bien sugerente, de que la mayoría de esas resoluciones fueron consentidas por las partes interesadas y las restantes, en su mayor número confirmadas por el Superior ante quien se apelaran. Lo primero quiere decir mucho, todo lo más que puede decirse, en hablándose de sentencias judiciales.

La admiración a que hemos hecho referencia, no afecta la probidad en el juicio que emitimos sobre el valor de la nueva obra del doctor Moreno, porque si es necesario que el juez sea desinteresado, y nosotros al erigirnos en críticos tomamos el rol de juez, debemos necesariamente convenir no hay sentimiento más desinteresado que el de la admiración, tanto, que tal vez sea ahí y nada más que ahí, donde deba buscarse el por qué ella se escatima, se disimula, se oculta; se confunden los términos de un mismo problema, y

se llega por generalizado error a creer, que no admirar constituye en gran hombre, porque los grandes hombres no admiran todo. La humanidad convertida en colosal Adraste, que admiraba pero no elogiaba. Bernardino de Saint Pierre, sin embargo decía: "no son admiradores los que ambiciono, sino amigos sinceros".

De cualquier manera que sea, amigos, admiradores o críticos, hemos de sufrir la regla inmutable de la vida, por la cual, si bien el crítico juzga de la obra, en el presente, más tarde las obras juzgarán al crítico. El veredicto a venir no nos intranquiliza, tanto tenemos de la seguridad y sinceridad en el juicio emitido.

Y meditando sobre lo que hemos leído en el libro del doctor Artemio Moreno, sobre lo que llevamos dicho, sobre lo que pensamos decir y que tratamos de ordenar, golpea en nuestros recuerdos, sin encontrar la atinada explicación del por qué, un aforismo del célebre filósofo, médico y naturalista Empédocles, que quinientos años más tarde había de ser consagrado por la religión del mundo civilizado, en el divino precepto de amar al prójimo como a sí mismo. Aquel gran espíritu decía: "El amor todo lo atrae y armoniza con la fuerza de la unidad. El odio todo lo disgrega con su eterna animosidad. El odio sólo produce fealdad y discordia; el amor lo refunde todo en simpática armonía".

Ese era por otra parte el espíritu de los clásicos de la antigüedad, que se condensaba en la bella divisa, que hoy más que nunca habría necesidad de esculpir en cada esquina y en cada vivienda: "Puesto que eres mortal, no abrigues odios inmortales", con el altruista propósito de contrarrestar, en lo posible la acción disolvente y corrosiva de los profesionales sembradores de odio, que la sociedad actual, cobarde, cobija en vez de extirpar despiadadamente de su seno.

Efectos desastrosos de esa cobardía, que se hace necesario esforzarse para neutralizar o por lo menos atemperar en corazones que laten a expensas de un cerebro más que defectuosamente, malignamente nutrido, y en el que el odio germina a maravilla y lujuriantemente.

Su persistencia aumentativa se explica no sólo por lo enunciado, sino también porque como en bellos versos lo ha dicho Baudelaire

> **La haine est un ivrogne au fond d'une taverne,**
> **qui sent toujours la soif naitre de la liqueur,**
> **et se multiplier comme l'hydre de Lerne.**

Y hay que convenir en que Baudelaire era un perito, no sólo en poesía, sino también en esa sed sentida de la taberna.

En la producción toda de Moreno, lo vemos siempre con la mirada fija en el ideal de la vida ordinaria, complementando así la vista de lo real, exquisita floración de múltiples y cambiantes re-

flejos, característica de nuestra raza y que en Moreno toma caracteres netos, precisos, inconfundibles, que amenizan y ductilizan los temas que trata e ilustra, ya sea como jurista, como filósofo, como moralista y aun a las veces como cuentista ameno, que de todo hay y en justas proporciones en este espíritu que marcha sin cegarse hacia la luz, anticipándose al tiempo que a la verdad conduce, según la bella expresión de Menandro, desarrollando esa idea.

Temas todos los que trata el doctor Artemio Moreno en su obra, interesantísimos, como puede uno facilmente percatarse con solo recorrer el sumario de las piezas que aquélla constituye y que transcripto a la letra, dice así: Competencia desleal.— Revisión.— Cosa juzgada.— Malversación de caudales públicos.— Hurto, imputabilidad.— El estado peligroso del delincuente. — La herencia alcohólica. — Pena y medida de seguridad. — Abandono de persona. — "Litis pendencia". — Cuestión prejudicial. — Artículo de previo y especial pronunciamiento. — Adulteración de documento público. — Defraudación entre socios. Balance falso. — Violación de documento. Legislación comparada. — Falsificación. — Extorsión. — Hurto. — Clandestinidad. — Apoderamiento ilegítimo. — Lucro. — La nueva legislación penal. — Secreto del sumario. — Publicidad excesiva del delito.

*
* *

Les choses finemente pensées donnent à un lecteur délicat le plaisir de son intelligence et son gout.

Saint-Evremond.

Dejando de lado, pues, lo que a jurisprudencia se refiere, en razón de lo que acabamos de decir, hemos de detenernos un momento, antes de abandonar el libro, en la parte que está constituído por artículos publicados anteriormente en diarios, pues que Moreno, como Barbey d'Aurevilly, no puede olvidar el periodismo, en el que aquél hizo sus comienzos, como éste se refugiara en él, derrochando su mejor ingenio y más grande empuje, escribiendo hasta en periódicos de modas, bajo el seudónimo de Maximilienne de Sirène, cuando fracasara con sus novelas "Amaidée", "La Bague de Annibal" y "Germaine" que más tarde sería: "Ce qui ne meurt pas", deliciosas obras incomprendidas por sus contemporáneos, como sigue siéndolo él mismo en toda su producción para la multitud, tanto como gustado por la gente de buen y refinado gusto literario, que encuentra allí montones de ideas y de imágenes inconfundibles e inimitables.

Fracaso que con razón tanto exacerbó su orgullo y por lo que no debemos de vituperarle ya que tal vez Alfredo de Musset tiene razón cuando nos dice: "Todo, hasta la paciencia nos viene del

orgullo. El orgullo es el pudor de las mujeres, la constancia del soldado en las filas, del mártir en la cruz. El orgullo es la virtud, el honor y el genio; es lo que aun queda con un poco de belleza en la vida: la probidad del pobre y la grandeza de los reyes".

Bajo la apariencia de simples artículos periodísticos, hay profundas y atinadas observaciones sobre psicología de los delincuentes, en lo que se refiere a la publicidad excesiva del delito en sus menores detalles, por nuestra prensa, y esto nos ha autorizado, nos parece, a traer el recuerdo de Barbey y a parangonar a éstos dos escritores.

Estamos en todo de acuerdo con el doctor Artemio Moreno, en su justa apreciación sobre el daño que hace la prensa al exagerar y deformar la verdad de los hechos, con el solo fin de aumentar sus lectores, exaltando las emociones baratas del público grueso, aficionado a la crónica truculenta, y de donde toma sus héroes y sus modelos. Triste misión, a la que lleva el inmoderado afan del lucro. Con mucha más razón que la que asistía a Platón, podemos nosostros exclamar hoy con él: "Mientras más aumenta el poder social del dinero, más disminuye la autoridad moral de la virtud".

No es necesario conocer mayormente el ambiente de nuestros arrabales, para poder aquilatar el mal enorme que esa crónica detallada del

delito hace, en las imaginaciones enfermas que en ella encuentran su deleite, tanto más grande aún, cuanto más se la exagera y magnifica, cuando no se la poetiza, hasta llegar a disminuir o hacer desaparecer el lado repugnante de la acción delictuosa, que con todo da celebridad, la cual aun cuando lúgubre o siniestra no por eso deja de ser envidiada y aun deseada por cerebros enfermos.

Los comentarios entre las comadres de barrio, que interpretan cada una a su manera la lectura del diario grande o serio, pero que se somete a las necesidades de la caja, o del pasquín que en forma más o menos velada hace la apología del crimen, evidenciando el detalle y el dato más íntimo, iluminando lo más escandaloso, sucio y doloroso, salpimentándolo todavía y haciendo así que circule la versión ya inexacta, deformada aun más entre ese elemento que vive al margen de la ley o casi en su promiscuo contubernio, al traducirlo al "lunfardo", hasta llegar al elemento infantil, que concluye por considerar como evoluciones naturales de la vida difícil, las mayores aberraciones humanas y a no considerar el delito como una repugnante infracción a la moral más elemental y rudimentaria sino como una consecuencia natural de una injusticia y desigualdad preexistente y secular.

Si a esto añadimos el daño causado por el ci-

nematógrafo, con la exhibición permanente por lo continuada, de vistas llenas de inmoralidad y de escenas fantásticas, en las que se enseña todo lo que debiera ignorarse y se exhibe todo lo que debiera ocultarse y que va siendo la mejor escuela del crimen, y antro predilecto de la vagancia, pues muchos de los delitos que se cometen, y sobre todo los últimos asaltos, no son sino la resultancia de esas cosas vistas en la cinta y llevadas a la práctica con desconcertante impavidez, buscando el medio fácil de vida, aunque arriesgado, al mismo tiempo que la voluptuosidad del mal, de que ya nos hablaba Séneca, pero que ha alcanzando proporciones espantosas en esta época del uso y el abuso del estupefaciente y la haraganería.

Todavía como si esto no fuera bastante, adicionemos el elemento perturbador suministrado por la lituratura malsana, que libros y revistas y aun diarios proporcionan a vil precio, y llenan y perturban los cerebros de ignorantes o ingenuos y sencillos, de ideas absurdas, alcanzando en su acción deleterea hasta la niñez, que devora también esa producción inferior hecha sólo para buscar el lucro fácil y contra la cual no habría más remedio que la censura previa, a pesar de la protesta del rebaño que se cree libre porque es inmoral, cuando en puridad de verdad, es precisamente lo contrario.

Convenir es necesario, quiérase o no, en que ese perito en trapalonería y cinismo que se llamó Juan J. Rousseau tiene razón cuando dice, y él bien lo sabía y lo explotaba en provecho propio: "El público ama ser engañado".

Juan Francisco Ducis, el poeta del estilo simple, fácil y gracioso, en el que reina una dulce filosofía, una exquisita sensibilidad, un profundo sentimiento de honor y de independencia, el poeta pintor, como él mismo se llamaba, que llegó a la Academia Francesa derrotando a Dorat, el poeta de los lindos versos, reemplazando allí en aquella docta corporación a Voltaire, y dando con esa elección satisfacción al público de quién Ducis era el candidato, Ducis en un bello verso, dice con grande verdad:

Où la vertu n'est point, la liberté n'est pas.

¡Y pensar que todo el cuadro sombrío que hemos apenas esbozado así al pasar, no es sino la resultante necesaria, la hija legítima y única de la tan decantada y soñada libertad, por la que tanto se ha suspirado y luchado!

Nos explicamos ahora perfectamente la actitud de aquel esclavo, Onésimo, que volvió libremente a casa de su señor Filemón, con una carta de San Pablo, en la que le recomendaba lo tratara cristianamente como hermano, prefiriendo voluntario la servidumbre cristiana a la libertad pagana, hecho que no es difícil fuera el origen

del personaje aquel de Eça de Queiroz, que en su novela "La reliquia" nos dice: "si quieres verte libre del tormento de la duda imponte una autoridad".

Edmundo Burke, el célebre publicista y orador inglés, cuya opinión no puede ser sospechada, pues que tanto luchó por la libertad, nos dice respecto a ésta: "Los hombres son más o menos propios para la libertad, según estén ellos dispuestos a encadenar sus apetitos, según que su amor a la justicia esté por arriba de su rapacidad, que la fuerza y la moderación estén por encima de su vanidad y de su presunción, según ellos prefieren escuchar los consejos de los sabios más bien que la adulación de la trapacería".

La publicidad excesiva de los hechos criminales es altamente perniciosa; el artículo del Código Penal que castiga la apología del crimen debiera ser ampliado y sobre todo de aplicación estricta.

Luciando Morisset, el asesino adolescente que entretuvo sus forzados ocios carcelarios en escribir unas memorias que podrían recordarnos a las célebres de Lacenaire, nos dice irónicamente en la primera página de ellas: "Las consecuencias del delito son ventajosas para la sociedad. Una parte numerosa de la población compra los diarios para leer la crónica negra solamente. Su-

primid el delito y desaparecerán esos lectores de diarios y por tanto los diarios".

Pero mejor es no pedir reformas legislativas, dejemos al Parlamento en la inacción, que nunca hace mejor obra, que no haciendo nada, lo que felizmente nos está salvando de la reforma del Código de Procedimientos en la que se ha proyectado hacer desaparecer el secreto del sumario, que debe subsistir, porque nuestro buen código actual da los recursos al defensor inteligente para poder inferir con verosimilitud, el valor, la importancia y la consistencia de las imputaciones hechas a su defendido, desde que puede asistir a la declaración indagatoria del encausado, a su careos con los testigos de cargo y desde que lee el auto de prisión preventiva.

El secreto del sumario debe, pues, en nuestra opinión subsistir; será un error, de que sólo los bandoleros se congratularán, la abolición de su imperio, que no refleja en nuestro sentir el carácter inquisitorial de nuestro procedimiento penal, como piensa el doctor Moreno, y menos tratándose de magistrados como él. No ahí hay que ir a buscar el "terrible prestigio" de los tribunales de instrucción de que nos habla el doctor Artemio Moreno. Pero pasemos, el tema es escabroso. Ya que él, inteligente y probo como es, comprende mejor que nadie, lo que queremos apuntar.

Nuestro siglo ha tomado como insólito estribillo, lo de atribuir a las instituciones, arcaicas si no son licenciosas, todos los defectos de los hombres, pregonando la reforma de aquellas, empeorando a éstos.

*
* *

Ce sont les doctrines qui creusent le lit où les passions coulent.

Lamennais.

Se ocupa también el doctor Moreno, de la extensión que se está dando hoy a la teoría de la irresponsabilidad mental de los delincuentes, y hace razonablemente notar que, mientras la vieja escuela apenas tenía en cuenta el estado o mejor dicho la modalidad psíquica de aquél, la moderna, al frente de la cual marcha la italiana, procura ver en cada delincuente un anormal, teoría perniciosa que, de continuar progresando, nos llevaría fatalmente a la irresponsabilidad de todo el que delinque, aun de los profesionales del delito.

Así podríamos asegurar que la diferenciación de tipos criminales intentada por Marro, más que un fracaso es un verdadero crimen, por la confusión introducida en el querer definirlo anatómica y fisiológicamente, hasta conducirnos donde estamos: confundir la enfermedad con el vicio.

La sociedad para subsistir mejorando, no pue-

de tener en cuenta tan extraña teoría. A ella, si ha de llenar su fin, interesa únicamente librarse del elemento perjudicial, sin que las causas de la peligrosidad de ese elemento le interesen, salvo para preverlas en el futuro y evitarlas en lo posible, pero castigando fuerte e inexorablemente al enfermo que, loco, delinque.

Ya que las causas, las constituyen mil factores, que sería imposible enumerar aquí. Aparte del cruzamiento entre razas antagónicas, de las herencias morbosas de los progenitores, de las penalidades y trabajos sufridos por las madres en el periodo de la gestación, entrando entre las primeras la insuficiencia alimenticia y los sufrimientos morales, hay otro sin fin de causas que producen esa determinada gradación de anormalidades que, ante la moderna filosofía del penalismo, aparece, si no como eximente, al menos como atenuante de los delincuentes. Pero ella si puede aceptarse así en cuanto a la calidad de la pena, no puede serlo en lo que respecta a su no aplicación.

No culpemos a la sociedad en absoluto, ni aun científicamente, de un mayor o menor porcentaje de esas taras psíquicas, que pueden resultar del trabajo excesivo de las madres y de los menores, al mismo tiempo que una deficiente alimentación y una vida antihigiénica que rompen el equilibrio fisiológico, pues todo ello no es sino la resultan-

te de la tan decantada libertad, en cuyo nombre se permite se llenen desde la mañana hasta la noche, los cinematógrafos, las plazas, los cafés, los comités políticos, las calles mismas, de multitud de holgazanes, que viven de expedientes que un nuevo malo y benigno Código Penal hace incastigables, o del trabajo de sus mujeres, hijas, hermanas o concubinas, que se agotan cuando no se corrompen, para poder subvenir a los gastos del hogar y de esos paseantes en Cortes, que consumen sin nada producir, sino mal ejemplo, como mínimum.

Esquirol y Parent Duchatelet han hecho notar la frecuencia de la locura y de la debilidad mental en las prostitutas, como Feré nos enseña la relación de origen entre la prostitución femenina y los vicios masculinos. Criminalidad y prostitución están tan íntimamente ligados, que no es posible estudiando aquella, prescindir de ésta.

Es indispensable contralorear el derecho que tienen a divertirse, los que van por la mañana, a medio día, a la tarde, a los cinematógrafos, los que duermen o leen los diarios en los paseos públicos al sol en invierno o a la sombra en verano, o los que consumen sus días en las interminables tertulias de café o de trastienda.

Pero sería ello atentatorio a la libertad; y hay que cuidar que de ella se disfrute ampliamente, por ese elemento pernicioso, que vive al margen

de la ley que viola en su provecho e invoca en su salvaguarda al mismo tiempo, imitando en ello a los sectarios, pero que vota y llena una de las aspiraciones socialistas, la vagancia, como panacea de larga vida, porque el trabajo mata, según esos sofisticadores, y hay que conservar y alargar vidas preciosas y útiles.

Pensamos en Saint-Evremont, cuando decía: "En este mundo todo está al revés, y los hombres de buena fe se encuentran como extranjeros en él".

Y aun cuando mucho tendríamos todavía que decir a este respecto y aun cuando en el buen libro del doctor Artemio Moreno habría aun mucho más sobre lo cual podríamos hasta polemizar con él, nos resolvemos a dejarlo, en atención al problemático lector y a que al fin y al cabo, si Voltaire pudo decir: "dejamos este mundo tan perverso y tan imbécil como lo encontramos al llegar a él", nosotros menos afortunados debemos parodiarlo diciendo en vez de "tan", "más".

LA REPRESION DEL JUEGO ANTE LA LEY, LA JUSTICIA Y LA POLICIA

Dr. ALFREDO AVELLANEDA HUERGO

> La pasión del juego es una confianza ciega en lo que llamamos azar; el ejemplo y la ocasión la inspiran, los éxitos la fomentan; la costumbre la hace incurable.
>
> **La Bruyère.**

Poco, muy poco sería remontarse al clásico partido de dados, con que los centuriones romanos decidieron la propiedad de la túnica del crucificado, que no podían dividirse sin cortarla, por no tener costuras y por lo que decidieron jugarla ("Sobre mis túnicas echaron suertes". San Mateo, XXVII, 35); ya previsto por David (Salmos, XX-I-19) unos cuantos años antes, para, recordando cosas olvidadas, más que haciendo nuevas búsquedas, sobre el poético, nebuloso y preñado de incertidumbres origen del juego, juzgar de la oportunidad y eficacia, de la publicación de una obra destinada a estudiar el viejo problema siempre nuevo, de la forma práctica y legal, de hacer

efectiva la represión de ese feo, dominador y odioso vicio.

Horrible y execrable vicio, que se supone tan antiguo como el hombre, como nos lo asegura Tomás Hyde, a quien creemos porque coincidimos, más que por otra causa, malgrado la irreverencia que ello importa.

Vicio que desgraciadamente a diario ensancha su radio de acción, pese a los esfuerzos y anatemas de índole religiosa, moral y jurídica, con que se le persigue, infructuosamente hasta ahora, lo que probaría "grosso modo", es inextirpable, por humano, demasiado humano... por excesivamente humano decimos, para no parecer nos quedamos plantados en el título de una de las tantas obras del desorbitado Nietzsche, que suele a las veces, al impregnar de lirismo una frase, vivificar lo abstracto en forma inesperada y seductora o decir verdades como aquella: "la política es el campo de acción de los cerebros mediocres".

Magna dificultad evidente, aquella pretendida de suprimir lo insuprimible, ante lo cual no obstante, no hay por qué ni desfallecer ni arredarse y sí pensar con seriedad en ese filósofo más que jurisconsulto, en Montesquieu que aconseja: "instruir a los incautos para acabar con los bribones".

Maravillosa receta a la que podría, con éxito seguro, oponérsele otra, descorazonadora por cierto dado el amargo pesimismo que encierra; que-

remos referirnos a los conocidos pero pocos recordados versos de Fréville:

> De jeux interessés tout jouer que s'occupe
> devient fripon alors qu' il cese d'être dupe.

Pero, con todo, es necesario no desmayar en la casi santa cruzada de circunscribir el juego a un justo y estrecho límite, ante las múltiples dificultades y sucesivos fracasos, porque es necesario tener presente en la memoria, con cuyo juego se llega al talento, que detrás del entusiasmo marcha sonriente el desengaño.

Pero volviendo a la túnica del Crucificado, que hemos visto la jugaron los centuriones romanos, nos parece oportuno, como dato ampliatorio recordar, que en el año 1676, el célebre, fecundo, batallador cuanto porfiado y perseguido Gabriel Gerberon, benedictino talentoso de la Congregación de Saint-Mur, publicó en forma anónima, un libro que, aun cuando mediocre, tuvo un gran éxito, alcanzando varias ediciones, raras hoy, debido a la interesante materia que trataba, la que denuncia el largo y explicativo título siguiente: "Histoire de la robe sans couture de N. S. Jésus Christ, que est revérée dans l'eglise du monastère des religieux bénedictins d'Argenteuil".

El Abate Antonio Marcial Lefévre, escritor religioso, arqueólogo e historiador francés, que vivió a mediados del siglo XVIII, publicó un opúsculo en 1759, titulado: "Description des Cu-

riosités des Eglises de Paris et des environs", en el que ocupándose de la santa túnica que fué enviada a Francia por la emperatriz Irene, se refiere al cofre de marfil en que se guardaba, y en el que se veía en relieve la muy santa virgen María, trabajando en la túnica de su amadísimo hijo.

En el inventario de los bienes muebles e inmuebles del priorato de Argenteuil, levantado en 1790 y que hace parte de los archivos de la iglesia de esa parroquia, se lee: "Le coffre d'ivoire dans lequel a été enfermé la sainte tunique".

De suponer es que se trate del mismo cofre de que nos hablara el abate Léfevre, robado durante la revolución francesa, a la que tantas calamidades debe el mundo.

La obra del doctor Alfredo Avellaneda Huergo, que va a ocuparnos, no ha podido ser publicada en más oportuno momento, pues la forzada, violenta y vertiginosa supresión de los juegos que estaban autorizados y patentados en la provincia de Buenos Aires, aun cuando obedeciendo a causas de la baja politiquería y previsor cerval temor, no a dictados de moral más o menos trasnochada, al repercutir intensa y aumentativamente en todos los centros de jugadores de la Capital Federal, ha venido a poner en el tapete de las actualidades palpitantes, la ineficacia de las curas ensayadas, de esa llaga social ineluctable,

que resiste a todo tratamiento y aun a cauterizaciones enérgicas, ensayadas con resultados dudosos, cuando no francamente negativos, al través de los tiempos y desde los más remotos.

Las leyes romanas: Titia, Cornelia y Publicia, prohibían los juegos de azar, en los que una suma de dinero se arriesgaba, según recuerdos que al pasar y sin previa constatación citamos a mayor abundamiento.

Recordamos al efecto al emperador Justiniano, que prohibió el juego en absoluto autorizando a los perdedores a repetir la suma perdida, término que se extendía a cincuenta años en el que podían hacer el reclamo, derecho que cuando no lo ejercía el interesado, lo hacía efectivo el Estado. Con todo lo que fracasó en su intento.

Fracaso que persiste hoy con idéntica intensidad, lo que, tal vez más que en otra parte, debemos irlo a buscar en el hecho irrefragable, de no haber podido la laboriosa humanidad pensante, en su ininterrumpida labor de fecundas invenciones, encontrar el sustituyente o el sucedáneo del juego, como mágico productor de las más fuertes emociones que sea permitido al hombre experimentar, triunfando aún del amor, lo que importa todo decir, de aplicación a todos los tiempos, por añadidua.

Al presente podemos agregar todavía como dominada por el juego, a la nueva pasión por las

grandes velocidades, vértigo absorbente a lo que parece, en cuya práctica va desafiándose a la muerte instante tras instante y que sin embargo aun hoy aquella domine, ya sea que éste se practique en el aire, en tierra o en el agua.

Respecto a los modernos podemos repetir lo que refiriéndose a los antiguos afirmaba Louise Colet: "La mort n'etait qu'un jeu pour les anciens; ils la bravaient en riant et en multipliaient les atteintes".

Ante esta verdad evidente, tanto más desconsoladora cuanto puede constatarse en aumento en relación directa a la disminución del analfabetismo, otra de las fases del problema mismo, pavoroso desde tal punto de vista, que no se quiere ver porque contraría un postulado de la democracia que como tantos otros va resultando falso, y teniendo en cuenta que el juego es uno de los lados más curiosos de la psicología humana, es que pudiera ser necesario transar y aceptar la regla dada por Frerejouan de Saint, cuando nos dice en su interesante libro "Jeu et Pari": "Que el Estado se niegue a intervenir cuando se le pide su intervención como poder público para que sancione una deuda de juego, se concibe; que destierre el juego de la vía pública y de los lugares accesibles a todo el mundo, nada mejor, pero querer erigir en delito la práctica del juego, buscando reprimir legalmente todas las manifestaciones

sería ultrapasar la justa medida de las restricciones que el Estado está autorizado a llevar a la iniciativa y a la libertad individual, en interés del mayor número".

En el mismo orden de ideas, los Enciclopedistas afirman: "Una razón de la impotencia de la policía y aun mismo de las leyes a ese respecto, es la naturaleza misma del juego Se le puede contemplar como la acción libre del individuo, como el uso de su propiedad, de su persona, de sus facultades, y cualquiera que sea el peligro que para él pueda resultar, nadie más que su experiencia, tiene derecho para contrariar su voluntad a ese respecto".

Brueys, nos dice también algo semejante a lo que de La Bruyére hemos citado, al expresarse así: "On commence a jouer par amusement, on continue par avarice et l'on finit par passion".

Esto que es una verdad de a puño, explica bien cumplidamente y en gran parte el fracaso de las leyes represivas miles, que en el mundo han sido, y por ende el de la nuestra que el doctor Avellaneda Huergo estudia; las mismas razones ya apuntadas someramente conspirarán contra cualquiera que venga, porque con razón Terencio compara la vida humana a los juegos, en que la habilidad corrige el azar; y Luciano hace decir a Heráclito, que: "el mundo es un niño que juega, y, sin dejar de correr, tira los dados".

Y por sobre todo esto, recordemos la ingeniosa y exacta verdad que Carlos Rivière Dufresny expresa así: "el juego es una especie de sucesión abierta a todo el mundo".

Así podemos bien percatarnos del por qué de lo infructuoso de esta lucha sin tregua ni cuartel, entre la autoridad empeñada en destruir el feo vicio, con tesón plausible, que debe ser alentada con el aplauso, aun cuando pudiera ser cierto que de conseguirlo, perecería una virtud correspondiente según nos lo asegura Anatole France, lucha entre la autoridad, decíamos, y el individuo que, cada día más dominado por la ignavia, se inclina preferentemente y con fruición, a ejercer sus actividades indispensables, con el mínimo de esfuerzo y la mayor cooperación del pernicioso azar, al que invoca entregándose sin voluntad ni contralor, rindiéndole exagerado culto, como a un dios, intensamente voluptuoso, con la mayor frecuencia posible y en la más alta escala alcanzable, aceptando con resignada mansedumbre sus reveses, sin que la blasfemia llegue contra él a sus labios contraídos, no obstante que vivimos en el clásico siglo de la irrespetuosidad y del blasfemar por todo y contra todo.

El azar es el destino temido y respetado de los antiguos, misteriosa divinidad que sin altares y sin representación simbólica, hacía temblar hasta el Olimpo, avasallando hombres y dioses, impoten-

tes para hacer variar sus decisiones ni por plegarias ni por sacrificios.

El azar, es la divinidad de aquellos que no creen en nada.

La codicia y las más fuertes emociones obrando de consuno sobre el corazón y el cerebro del hombre, lo entregan inerme a la avasalladora pasión, si una fuerte voluntad o aversión natural no se imponen. Dice Shakespeare, que: "es el juego donde se pierde el honor adquirido en otra hora".

A esa verdad, hagámosla seguir por una bella paradoja de Anatole France: "Estoy persuadido que la humanidad tiene en todo tiempo la misma suma de locura y de imbecilidad para gastar. Es un capital que debe fructificar de una manera o de otra. La cuestión es saber, si después de todo, las insensateces consagradas por el tiempo, no constituyen la colocación más inteligente que un hombre pueda hacer de su necedad".

Creeríamos nosotros, que enceguecido a medias el mundo, por todo el oropel que brilla, la suma a derrochar a que el maestro del estilo se refiere, va en constante y de alarmar aumento, y a lo que tal vez él, con todo su enorme talento y deslumbrante fuerza de expresión, no ha en pequeña parte contribuído, a la difusión de escepticismo barato, que se ha propagado como la peste, inundando el mundo de mediocres y malos imitadores,

que practicaron la ironía como adecuada y eximia manera de disfrazar la ingénita vaciedad, el egoismo y la concupiscencia. Tanto que nunca pensamos, se puede con ni parecida razón, formular la pregunta y subrayar el comentario, que siglos hace Juvenal se hacía: "¿En qué época la rabia de los juegos ha sido tan desenfrenada? Ya no basta la bolsa bien repleta, se hace necesaria el arca"(1).

Por otra parte, y fuera de la oportunidad evidente con que aparece la obra del doctor Alfredo Avellaneda Huergo, contiene ella en sí teorías dignas de un severo moralista de pura cepa, siempre bien intencionadas; además de, y por sobre todo, encontramos un conjunto interesante de personales y sagaces observaciones, que nos revelan un conocedor completo del tema abordado, que en fácil estilo ha sabido ahondar todo lo necesario para más simplificarlo. Breve, es un libro cuajado de excelentes y claras ideas, especialmente con relación a todas y cada una de las modalidades y características con que en esta gran urbe el juego se practica, desarrolla y florece lujuriosamente, al margen de la ley, o a sus espaldas y mismo bajo su protección, como cuando de la lotería nacional y carreras de caballos se trata.

---

(1) ... Alea quando
Hos animos? Neque enim loculis comitantibus itur
Ad casum tabulae, posita sed tuditur arca.

Dos formas éstas del vicio, que con todos sus inconvenientes deben mantenerse, severamente reglamentadas como están, no sólo para que sirvan de útil válvula de escape, sino por los enormes beneficios que producen a la colectividad, porque puede asegurarse todavía, que de suprimirse no se suprimiría sino esto, el beneficio, pero no aquello, el inconveniente. El único y verdadero resultado práctico que traería sería el desviar hacia el extranjero enormes sumas, drenaje de oro inconveniente para la economía nacional y nuestros saldos de exportación e importación, sin adecentar ni morigerar con ello un ápice las pervertidas costumbres, que las leyes suelen ser a las veces, impotentes para reformar, si no se nos ha enseñado a gobernarnos a nosotros mismos.

Sarmiento nos dice(1): "En cuanto a la bondad y ventaja de la lotería, las opiniones están divididas en el mundo, prevaleciendo en muchos Estados la opinión que las desfavorece, por cuanto autorizan un vicio y un desorden, cual es el juego.

"Los que han estado por la lotería, se fundaban en que, siendo el juego, necesidad de gente incapaz e inhabilitada para goces más refinados, como la música y las bellas artes, y siendo imposible evitar los juegos de azar, valía más que la

(1) Obras completas, tomo 33, pág. 169, "in fine".

autoridad pública presidiese a un juego limitado y periódico como la lotería, satisfaciendo aquella necesidad de aventura y emociones en que la imaginación entra a crear esperanzas e ilusiones del dado y del desquite".

Mantenemos, no obstante tan autorizada opinión, nuestro punto de vista, por lo menos hasta que, la incapacidad de que nos habla Sarmiento subsista, y lo que se prolongará tanto como la existencia del mundo, lo que parecería puede afirmarse, pensando en el apotegma de Boiste: "le jeu n'a été inventé que pour les imbéciles et les escrocs". Duras pero exactas conclusiones, a las que no les encontramos más defecto que lo limitado o estrecho del círculo trazado por aquel pensador, porque como bien lo dice Addison: "nada más extraño que ver hombres inteligentes pasarse una docena de horas barajando y dividiendo un paquete de cartas".

Pero, en fin, volvamos ya al libro del que con placer venimos ocupándonos; contiene él, infinidad de detalles curiosos, interesantísimos y poco conocidos muchos, en los que su autor ha podido bien a fondo penetrar, gracias a su delicada función de Agente Fiscal en lo Criminal y Correccional, con ponderada y contraída ilustración desempeñada, función que lo ha obligado a actuar en infinidad de casos, aunando al inflexible y severo ejercicio de su bien comprendido ministerio, la

penetrante y sugerente observación del psicólogo y del jurista avezado, que aprecia a ciencia cierta, con seguridad encomiable, las innúmeras deficiencias de que la ley represiva adolece, como concepción y como procedimientos tendientes a la realización de un ideal, y en lo que a castigo de infractores respecta, especialmente cuando a la reincidencia se refiere.

Al opinar y aun aconsejar lo que debe hacerse, no ha olvidado la idiosincrasia del jugador en general, y menos, claro, las particularidades que ofrecen los nuestros y el medio ambiente en que se mueven, y los que, sea dicho de paso, se multiplican en igual o mayor proporción que todas las demás formas de la delincuencia profesional u ocasional, que goza ¡triste es decirlo! del excelente Código Penal para los malhechores, pero pésimo para la parte de la sociedad que amparo de él espera contra el bandolerismo en apogeo brillante e innegable.

Esa triste pero exacta constatación de la insuficiencia de la ley, para obtener con ella el fruto perseguido, la evidencia el doctor Avellaneda Huergo, con elocuente verba, si que también, a la luz incierta que la jurisprudencia le proporciona y a la que, como es lógico, con razón critica cuando el caso llega, lo que es frecuente, con especialidad al tratar de la libertad provisional de los reincidentes, que favorece la impunidad de las in-

fracciones, falla magna, como sin esfuerzo se percibe de seguida y sin necesidad de mayor demostración.

Critica también y con razonada exactitud, lo resuelto con respecto a la publicación de los extractos de loterías clandestinas, que, permitiéndola "deja subsistente el vehículo para la difu- "sión de juegos prohibidos, quinielas, loterías no "autorizadas". Nos hemos valido de su propia expresión, clara y concisa.

Esos errores jurisprudenciales, como otros varios que señala atinada y fundadamente y que huelga aquí puntualizar, como las muchas lagunas que nota y que piensa bien es necesario llenar con premura, si ha de obtenerse algún resultado práctico en la campaña de la represión del juego, lo han movido al doctor Alfredo Avellaneda Huergo a cerrar su libro con adecuado broche, o sea un buen proyecto de ley, que la experiencia y el saber en consorcio envidiable le han dictado, al que no le encontramos otro defecto, que el de no aclarar la expresión, o mejor dicho, la frase hecha: "juegos de azar", causa determinante de anfibológicas resultancias con vistas seguras a las absoluciones, que se suceden perniciosamente en razón de aquello: "en la duda debe estarse a lo más favorable al acusado". Ernesto Renán tiene razón: "la duda es un homenaje que se rinde a la verdad".

Debería pues, en nuestro modesto y limitado entender definir lo que por juego de azar ha de entenderse, lo que equivaldría a decir, de ser exacto, que es todo aquel destinado a hacer apuestas de dinero, con independencia de la suma de cálculo, destreza, habilidad, azar o llámesele como se quiera, y sea la denominación del juego la que fuere, dados o gallos, lotería o ruleta, cartas o taba, damas o caballos y también incluyamos en esta enunciación al mercado a término, monumental timba.

De no hacer esta indispensable diferenciación, las dificultades del interpretar subsistirán elevándose, salvo que se adoptara el sistema de una ley casuística, en la que se enumeraran taxativamente todos los juegos permitidos, quedando por tal hecho prohibidos todos los no enumerados allí expresamente.

Pero divagamos, porque no hay que hacerse la menor de las ilusiones. Hoy por hoy será una bella predicación en el desierto. Como el proyecto es muy bueno, por eso, precisamente, y porque su sanción afectaría directamente a una no pequeña parte de elementos que constituyen una importante base electoral muy codiciada y adulada, no será tomado en cuenta el referido proyecto ni siquiera como antecedentes de importancia.

Si nos equivocáramos en esta pesimista predicción, es decir, si lo contrario aconteciera, lo que

deseamos, importaría renegar de su estirpe casi delictual, el avergonzador parlamento de la democracia, de que disfrutamos como una de sus más genuinas características, cara material y moralmente.

Después, no olvidemos a Montesquieu, quien en el libro 2 capítulo II de su célebre "Espíritu de las leyes", nos dice: "Le suffrage par la sort est de la nature de la démocratie, le suffrage par le choix est de celle de l'aristocratie".

Jerónimo Savonarola, en 1478, hizo elegir el Senado de Florencia por vía de la suerte.

Todo lo que encuentra ancestral antecedente en Atenas, en los tiempos de Solon, en los que en aquella república, que ha servido de modelo a tantas otras, los militares se elegían, los senadores y jueces se designaban a la suerte.

Francia paga aun su tributo al azar; valiéndose de él se designan los jurados, ridícula institución que la insensatez pregona como necesario implantar entre nosotros.

Cómo no repetir el lapidario: "Faecis achaeae", que decía Juvenal, refiriéndose a los intrigantes y rastreros griegos, que habían hecho de Roma una "ciudad griega", en la que los romanos no podían vivir, y a los que con verba incomparable execró siempre magistralmente, el último en fecha de los satíricos latinos, que contempló a su tiempo, justo es decirlo sin restarle méritos, un

tanto unilateralmente, a través de sus impresiones personales, sus sufrimientos y sus muchos prejuicios, sentidos con una intensidad extremada, como bueno y verdadero poeta, que contrasta, todo en su honor, con esta nuestra innoble resignación con los vicios de nuestro siglo, en gran parte aprendida de los orientales, que nunca han comprendido la interior fiereza del hombre que lo eleva por arriba de su suerte.

Todo esto sentado, y para no repetir al glosar, lo que el doctor Avellaneda Huergo tan bien nos dice en su fácil estilo, digamos nosotros, una vez por todas, que ese su libro, conjunto homogéneo de observaciones personales, acusa el profundo conocimiento del tema abordado por el autor. Es un bello compendio de todo lo que concierne a la represión del juego, muy grave problema, que no es entre nosotros ocasional, ni de determinado momento, sino que pensamos tiene la profundidad y arraigo de un mal étnico, que ante la imposibilidad indiscutible de hacer desaparecer, es necesario contemplar con serenidad y sin preconceptos de secta o de partido, encausando ese mal necesario, hacia una finalidad lo menos perniciosa y más aprovechable posible.

La Argentina, como toda la América española, debe la herencia de esa idiosincrasia a los conquistadores: aquellos hombres intrépidos que sembraron en nuestro suelo la valentía, la energía

sin parangón posible; en quienes primaba el orgullo altanero de una raza de bravos, que dominara al mundo con su espada infatigable; acostumbrados a jugarse la vida a cada instante por un ideal o por un capricho, no habían de parar mientes, en consideración alguna para jugarse sus doblones. Los lances de amor, de guerra y de dinero, constituyeron el único fin de esas interesantes existencias aventureras y románticas.

No es, por cierto, un cargo el que les hacemos a aquellos héroes legendarios, hijos de su época y de su medio; constatamos hechos, a las veces demostrados por la propia actuación, como la de aquellos soldados españoles que en la isla de Santo Domingo, víctimas del inmoderado deseo de entregarse a la pasión favorita del juego, imaginaron el servirse de las hojas de un árbol llamado "coopey", para transformarlas, con la ayuda de algunos signos especiales, en "sui generis" naipes, que empleaban en furiosas e interminables partidas, en las que se jugaban todo lo jugable por representar algún valor venal.

Nos cuenta el sabio bibliotecario del Arsenal, Henry René D'Allemagne, en su documentado y curioso libro: "Les cartes a jouer du quatorzième au vingtième siècle", editado por Hachette, que en el Museo etnográfico de San Francisco, existen cartas indias, que los salvajes habían pintado sobre cuero, probablemente imitando naipes

españoles que habían tenido oportunidad de ver.

En otra obra del mismo autor, también interesantísima: "Récréations et passe-temps", hace la siguiente justa observación: " A toutes les époques, les gens éclairés ont recherché les distractions dont ils sentaient la nécessité, et le coté philosophique de la cuestión est bien intéressant a observer, car la récréation préféré est toujours le reflet de l'état d'ame du siècle oú elle a joui de sa plus grande vogue".

Escribiendo sobre las costumbres de los germanos de su época, Tácito no cuenta, que: " el juego era para ellos una de las ocupaciones más importantes, y se entregaban a esta pasión con tanto ardor, que cuando ya se lo habían perdido todo, acababan por jugarse a si mismos, pasando el perdidoso a ser esclavo de su contrario, y se dejaba maniatar y vender, aun siendo como era muchas veces más joven y más fuerte".

Cuéntase de un veneciano que jugó a su mujer y de un chino que lo propio hizo con sus hijos.

Un poeta francés del siglo XVII, Juan Francisco Regnard, de quien Voltaire dijera que no era digno de admirar Molière aquel que no gustara de las Comedias de Regnard, nos dice en elocuente pareado:

...A présent le jeu n'est que fureur;
On joue argent, bijoux, maisons, contrat, honneur.

Permítasenos volvamos todavía y por un mo-

mento al recuerdo bíblico, con que fué comenzado este soliloquio antimetódico, para así poder hacer notar, que en parte ninguna del Viejo Testamento, aparece directa ni indirectamente prohibición alguna contra el juego.

Pudiendo lo mismo decirse del nuevo, sólo que cabe para muchos suponer una condena contra el abuso del juego en la epístola a los Efesos IV, 14; pero de la lectura de ella, según otros, si bien se deduce una recomendación contra los que se dejan llevar por el azar —desconocida manera en que los hechos se combinan allá en ese mundo al cual tenemos cerrados los ojos— no puede entenderse en buena y elemental hermenéutica, que se refiere al azar del juego, especial y únicamente.

Sin embargo, no es que los judíos —a estar a las palabras de J. B. Thiers que interpreta al muy lógico y al mismo tiempo muy apasionado Tertuliano— no fueran aficionados al juego, y aun a los juegos; según resulta del siguiente pasaje del capítulo V de su libro "De jejuniis", en el que su espíritu de ascetismo monástico es tan visible: "Los juegos en los cuales el pueblo de Israel se divertía después de haber sacrificado por primera vez el becerro de oro, eran juegos de impureza, y por eso la Santa Escritura no los ha querido citar".

Como es sabido, Tertuliano nos ha dejado una interesantísima descripción de lo que los romanos

llamaron juegos fúnebres, que consistían en verdaderos combates de gladiadores organizados en procura del descanso eterno de las almas, las que para alcanzarlo necesitaban del derramamiento de sangre humana.

Los comentadores del Talmud, en cambio, hablan del jugador como de un ser peligroso, basados en la interpretación de la pregunta de Jacob al ángel con quien había luchado (Génesis XXXII-26) y que le decía, que lo dejara porque empezaba a amanecer: ¿Eres acaso un ladrón o un jugador que temes la aurora?

Más o menos lo que decía el Talmud del jugador lo ha dicho Pascal muchos siglos después cuando afirma: "decir jugador es decir mal hombre".

El Corán, ese libro sin orden, sin unidad y hasta contradictorio en muchos de sus capítulos, no obstante su filiación divina puesto que Mahoma decía haberlo recibido de boca del propio ángel Gabriel por versículos o fragmentos y cuya prueba quería encontrarse en su perfección literaria, el Corán, decíamos, en el Capítulo IV, versículo 92, establece: "¡Oh creyentes! El vino, los juegos de azar, las estatuas y la suerte de las flechas son una abominación inventada por Satanás: absteneos de ellos y sereis felices".

Traducimos por estatuas, de acuerdo a varios comentaristas, la palabra del texto "Ansab", plu-

ral de "Nasb", como llamaban a las piedras erigidas en ciertos lugares sagrados y sobre las que a veces se vertía aceite; lo cual constituía una ceremonia que fué común a varios pueblos de la antiguedad. La misma palabra se empleaba antes hablando de los altares idolátricos, que no eran más que piedras levantadas en el suelo.

La tradición ha aplicado extensivamente la misma voz a todas las figuras o estatuas; de suerte que los rigurosos observadores de la letra del Corán, no se sirven en el juego de ajedrez de figuras que representen seres animados.

Los indios y persas toman en sentido más lato ese precepto del Corán, es decir que entienden sólo se refiere a las piedras de idolatría.

Uno de los más doctos teólogos de la Iglesia Anglicana, y el más hábil hebraizante inglés, Juan Spencer, atacando estas interpretaciones caprichosas de los textos bíblicos dice: "Es así como a través de las antiparras de un Padre de la Iglesia, se ven en las escrituras sagradas cosas que todas las reglas de la gramática y la crítica no podrían vislumbrar".

Un ministro flamenco, Daniel Souter, publicó hace casi doscientos años, un tratado en el que sostenía con suma gravedad, que los juegos de azar, son contrarios a todos los mandamientos del decálogo, a fuerza de sutilezas de interpretación, lo que no impidió por cierto, que el obispo de Cler-

mont, el célebre Apolinario Sidonio, a quien Carlos Nodier llamara el César y el Tácito de la Edad Media, jugara a menudo al trictrac, lo que él mismo refiere ingenuamente en sus no muy difundidas "Cartas", y sin decir que se hubiera arrepentido de ello y hecho abandono de la afición, cuando fué elevado a obispo, no obstante que dice en ellas haber dejado de cultivar la poesía desde entonces, lamentable resolución, pues pintaba lo que en verso relataba, mientras que jugando no hizo sino perder su tiempo lastimosamente y sin provecho alguno para nadie; una de las peores características de cultivar el juego, aun cuando sea a solo título de matar el tiempo y no por interés de ganar dinero.

Algunas de esas "Cartas" a que acabamos de hacer referencia, Guizot las tradujo por entero o fragmentariamente en su "Curso de historia moderna".

Siglos más tarde, San Luis, en el año 1254, prohibió jugar al trictrac, a los dados y al ajedrez, la prohibición de este último parecería desmentir la afirmación de Guyau: "sin saberlo, un pacífico jugador de ajedrez obedece todavía al espíritu conquistador de sus antepasados".

A propósito de ajedrez y por la actualidad que le da el "match" o duelo pacífico entre Capablanca y Alekine, que tan pesadamente se está desarrollando en nuestra Capital, recordamos a Baudelai-

re que dice: "Le meilleur jouer d'échecs de la chrétienté ne peut guére étre autre chose que le meilleur jouer d'échecs".

A ese aburridor "match" opongámosle el recuerdo de la lectura y mismo la relectura de la sabia y curiosa disertación titulada: "Opinions du nom et du jeu des Echecs", debida al enemigo de Voiture, el poeta Juan Francisco Sarasin, de quien Reynauld de Segrais decía: "Il faisait de son esprit tout ce qu'il voulait".

El encantador San Francisco de Sales clasificaba el ajedrez entre las distracciones de si mismo buenas y lícitas aun cuando fatigantes de dedicarle mucho tiempo a tal práctica.

Montaigne pensaba que no era demasiado juego, pues divertía demasiado seriamente.

Samuel Stryck, el célebre jurisconsulto alemán del siglo XVII, que fué el consultor obligado en todos los procesos importantes de la Europa entera, en su vetusto "Tractatus academia de jure licite sed non honesti", se expresa así, atinadamente: "El juego es no solamente un robo de tiempo ("furtum temporis"), sino un verdadero latrocinio, por cuanto, aunque no se peque contra sus leyes, se desean siempre los bienes ajenos y se los toma malgrado su dueño, no existiendo nadie que pierda por su gusto".

Un proverbio inglés nos dice: "El juego nos quita tres cosas excelentes: el tiempo, el dinero y

la conciencia''. Y, como bien lo afirma uno de los primeros oradores de su tiempo, Gui du Faur de Pibrac: ''todo el buen sentido del mundo yace en los proverbios'', pese a Alfredo de Musset, que a su vez decía: ''J'aime peu les proverbes en général, parce que ce sont des selles a tous chevaux''.

Pero es tiempo ya de que volvamos, para dejarlo de inmediato descansar en paz en la obscura noche del olvido en que yace, al recientemente recordado Apollinario Sidonio, a quien por lo general se le nombra al revés, pero erróneamente, según Gregoire y Collombet. Antes de la caída de la república romana, el nombre patronímico iba el último en la lengua latina; así se decía P. Cornelius Scipio, L. Cornelius Scipio, M. Tullius Cicero, Q. Tullius Cicero, y era el nombre de pila el que servía para distinguir los diversos miembros de una misma familia. En épocas posteriores, una de esas pequeñas revoluciones que trastornan las cosas menores en la historia del hombre, termina por invertir el orden primero. Así, pues, con relación al personaje que nos ocupa en este momento, Apollinario es el nombre del abuelo y Sidonio el nombre propio. Son en verdad una fuente de dificultades las singulares metamórfosis que se hace sufrir a los nombres propios en el pasaje de una lengua a otra.

Las cartas de Apolinario Sidonio, son, según

nos lo enseña Charpentier, en su muy interesante y erudito "Essai sur l' Histoire litteraire du moyen age", que se lee siempre con provecho: "una imagen fiel y espiritual de su siglo y tal vez del nuestro", lo que es mucho decir, como se vé, agregando a renglón seguido: "Así como sus Poemas preciosa contribución para el conocimiento de los sucesos que relata y de los hombres que pinta, aun cuando la lectura de sus obras sea un poco penosa, no está desprovista de agrado" y sobre todo cuando vencidas las primeras dificultades se compenetra y habitúa a los giros rebuscados unas veces y que delatan la barbarie otras.

Sin embargo, el abate Guillon no le dedica sino tres páginas al gran obispo del siglo V, a quien trata con indiferencia y aún desprecio en su "Bibliotèque des Pères de l'Eglise".

Jean La Placette, el famoso teólogo y moralista protestante francés, publicó en 1697 en Amsterdam, un libro titulado: "Divers traités sur des matières de conscience", entre los que se encontraba el "Traité des jeux d'hasard", reimpreso por separado en 1714 en La Haya, y destinado a sostener que tal suerte de juegos no son en sí mismo contrarios a la moral, y que si ellos deben ser prohibidos, lo es solo por el abuso que se hace.

Esta publicación provocó otra en 1713, del célebre predicador y teólogo protestante Pedro de Joncourt, titulada: "Lettres sur les jeux d'hasard

et sur l'usage de se fair céler pour eviter une visite incommode", obra compuesta de cinco cartas, dedicadas a rebatir las teorías sostenidos por La Placette; en ellas sustenta como verdad inconcusa, que los juegos son absolutamente ilícitos, haciendo grandes esfuerzos además, para probar, que aquellos juegos más pequeños, es decir en los que hay menos que ganar y que perder son los más profanos, por eso mismo; afirmación no desprovista de base, si recordamos lo que ya hemos dicho con respecto al tiempo malbaratado en frívolas distracciones de azar y cálculo o habilidad entremezcladas.

Otro teólogo, inglés, llamado Jacques Balmford, publicó un libro dialogado en el que atacaba los juegos de azar como absolutamente ilícitos. Su obra fué completa y victoriosamente refutada por Tomás Gataker, libro al que a su vez se le atacó desde el púlpito con gran elocuencia por el reverendo Francker, de Cambridge.

Es por cierto de hacer notar, que el primer tratado condenando los juegos de azar, debe considerarse una obra titulada: "Des jeux d'hasard ou la maladie de jouer de l'argent", escrita en 1560 por un médico y literato flamenco, llamado Paschasius Justus, quien no obstante la brava requisitoria del libro, era un incorregible jugador, que pedía a Dios en verso, en sus "Plegarias" o "Votos", lo librara de la

pasión del juego, que lo poseía en forma extraordinaria; y la invocada divinidad fué impotente para morigerarla, según parece.

Justus o Joostens, como también se le llama, fué un célebre médico de sus tiempos; adquirió gran renombre con la curación hecha a Guillermo, príncipe de Orange, de la hemorragia producida por la herida de bala que en la oreja izquierda le infirió Juan Jáureguy en 1582.

El médico de la referencia viajó mucho por España, constatando la afición al juego de los españoles, siendo una de las pruebas que aduce el siguiente párrafo que traducimos como corolario de lo que antes hemos dicho, refiriéndonos a los conquistadores de la América.

Dice así: "No había caserío, por más pobre que fuera, donde no se encontrasen barajas para comprar, aun cuando hubiera dificultades para procurarse de comer y beber suficientemente". Cuenta además que: "Mucha gente aceptaba en Barcelona el jugar contra una modesta suma de dinero, que el gobierno facilitaba, su enganche en la escuadra, sistema que se ponía en práctica cuando la escasez de forzados obligaba a esta forma de reclutamiento, que se compltaba rápidamente".

Nos hemos detenido en contacto, más tiempo que el que hubiéramos deseado, con este autor que jugaba como un loco y predicaba como un santo, porque encontramos un notable punto de atingen-

cia que merece señalarse, con el autor del proyecto que después fué nuestra ley 4097, que era también un jugador desenfrenado.

Es una verdad inconcusa que la historia se repite, y así todavía tenemos que un ex coronel de esa enigmática república norteamericana, Carlos R. Forbes, ha publicado en el célebre diario "The World", un sensacional y comentado artículo, en el que relata, es de suponer que con verdad, las feroces partidas de "poker" que se desarrollaban en el propio despacho del entonces presidente Harding, en las que se llegaron a disputar pozos hasta de setenta y cinco mil dólares.

Nótese bien que la presidencia Harding se caracterizó por sus famosas leyes contra el juego y el alcoholismo.

Por atrás que echemos la mirada inquiriendo antecedentes, siempre encontramos al juego dominando a los hombres en todas las capas sociales.

Un decreto de Tiberio, condenó a muerte al patriarca Junius Canius fijando el día y la hora de su ejecución. Diez días transcurrieron entre la condena y el suplicio, los que Junius los pasó jugando.

Cuando los lictores conducidos por el centurión llegaron a buscarlo, Junius dijo: "Centurión, tu eres testigo que yo he ganado por un punto". Forzándolo a examinar su juego. Constatado ello, dióle un fuerte apretón de mano a su adversario, mu-

cho más emocionado que él, y se marchó tranquilo a hacerse cortar la cabeza.

Calígula era un apasionado por el juego; cuando perdía, condenaba a muerte algún rico caballero romano, confiscando al mismo tiempo sus bienes que eran atribuídos al comprador que se reembolsaba así de lo perdido.

Julio César fué también un gran jugador, recordarlo vale la pena.

El emperador Claudio, que buscó acrecentar su fama escribiendo un tratado sobre el juego, que no ha llegado hasta nosotros, como tampoco ninguna de sus otras obras, Claudio, ese cuerpo sin alma como Juliano el Apóstata, lo ha llamado en su conocido "Banquete de los Césares", era también un apasionado jugador, que se olvidaba hasta de comer cuando a esa su vitanda pasión, preferida y absorbente se entregaba a cuerpo perdido, escandalizando a su pueblo, si hemos de creer a Juvenal.

El mismo escritor satírico nos cuenta, que cuando Claudio descendió a los infiernos, fué condenado por el Juez Eaco, y no formando Tribunal con Minos y Radamante, a jugar eternamente con un cubilete agujereado, lo que le obligaba a buscar siempre sus dados.

No dejaría de ser curioso imaginar el castigo impuesto a cada uno de los jugadores de diversos juegos y variados recursos que deben haber ido a dar al infierno, por ese juez más que

inexorable, perverso, cuya fama de justo en la tierra nos ha llegado como la más alta expresión indiscutida.

Difícil suponer a qué pena habría condenado aquel severo e integérrimo juez al italiano Pimentel, el afortunado y constante contertulio de Enrique IV, a quien como es sabido, le ganó mucho dinero, según resulta de las Memorias de Sully, monumento importante para la historia de ese rey, malgrado el haber sido escrito sin orden, lo que hace su lectura fatigante y pesada.

Condena curiosa para conocer, no por el delito que el hecho relatado no contiene, sino porque se cuenta anecdóticamente que un buen día compró Pimentel toda la existencia de dados que encontró en París substituyéndolos por otros que él había cargado.

Y ya que hemos hablado de Enrique IV, ese gran rey a quien tanto debe la Francia, séanos permitida a manera de digresión, nuestra debilidad en escribiendo, recordar una anécdota suya, porque de ella se desprende una sabia y humana moraleja, que si la sociedad actual fuera capaz de comprender y practicar en su justa medida, muchos problemas estarían en principio resueltos.

Veamos la anécdota: Enrique IV preguntó un día al embajador de España, si su rey no tenía queridas. A lo que el diplomático contestó rápidamente: Sire, Felipe mi señor, es un príncipe re-

ligioso, que no ama sino a la reina —¿Es entonces, replicó Enrique, que vuestro rey no tiene suficientes virtudes para cubrir un vicio?

El padre jesuita Pedro Calatayud, autor de un curioso y extraño tratado sobre el comercio de lanas merinas y sobre el juego de naipes y dados, afirma que allá en los tiempos de Claudio y los que le siguieron, la primitiva Iglesia exigía, al dar el bautismo, que se renunciara a jugar, con la siguiente fórmula: "abrenuntio alearum otio, et tabularum lusui". Lo dejamos en latín para mayor claridad, parodiando al personaje aquél de la comedia de Moratín "El café",, que hablaba en griego para ser mejor entendido. V. Ermoni publicó un interesante opúsculo bajo el título "Le baptême dans l'Église primitive", estudio corto y substancial sobre la historia del bautismo durante los primeros siglos.

Fray Francisco de Alcocer, de la orden franciscana, publicó en Salamanca en MDLIX, un curioso tratado del juego, en el que hace muy sutiles distingos entre los jugadores que pecan venialmente y los que caen en pecado mortal, al entregarse a la execrable pasión, como asimismo se trata con detalles interesantes del deber del ganador de restituir al perdidoso, que tanto el derecho divino como el común imponían.

Cuenta una vieja crónica, que el día 5 de marzo de 1423, San Bernardino habló a la muchedum-

bre reunida ante una iglesia de Siena, fulminando con tanta energía como persuasión los juegos de azar, que cada cual corrió a su casa a buscar sus dados, sus ajedreces y sus cartas para quemarlos en la plaza misma en el momento. Pero al día siguiente se le apareció un fabricante de juegos, llorando porque se morían de hambre él y su familia que vivían de su oficio. A lo que el santo contestóle, si tú no sabes sino pintar, pinta esta imagen, y le mostró un sol radiante al centro del cual brillaba el monograma de Cristo: I. H. S. El artista siguió ese consejo y pronto se enriqueció pintando esa imagen que San Bernardino adoptó por símbolo.

Casi estaríamos por recordar in extenso, al grande aun cuando discutido Inocencio III, Papa que también combatió la odiosa pasión del juego, dirigiéndose en su moralizadora campaña con especialidad del lado de los sacerdotes, a los que, según ello parece, habría alcanzado a contaminar. De aquellos tiempos debió de ser el confesor aquél que con una su penitente que se acusaba del dinero y del tiempo que perdía jugando, convenía que era mucho el tiempo que se perdía en el tapete verde, sobre todo en barajar.

El conde Francisco d'Erbach-Erbach, escribió un diario de viaje, del que se ha sacado el interesante libro "Les cours du siècle passé", y en el que se refiere que el cardenal arzobispo de Viena,

Migrazi, santurrón y alegre y buen compañero, después de haber comido copiosamente y haber impartido en la catedral la bendición a unos esclavos rescatados a piratas argelinos, se apresuró a tomar parte en su habitual partida de juegos con sus penitentes favoritas, la princesa Balbiani y la condesa Esteerhazy, excusándose de una mala jugada así: "perdonad, señoras, saliendo de la devoción uno confunde el espíritu del juego".

Pensamos en ese siempre fresco y travieso ingenio que se llamó Alfonso Karr, cuando nos dice: "L'homme dédaigne les richesses gratuites pour user sa vie a la poursuite des pauvretés couteuses".

Permítasenos todavía, una rápida incursión en nombre del derecho de abusar de que disponemos, cosa distinta al abuso del derecho, tratado, larga y aburridamente por los metafísicos "snobs" de la que debiera ser siempre sencilla ciencia, que estos tratadistas y los abogados complican en los diarios tironeos tribunalicios, glosando comentadores y "arretistas", costumbres y rancios textos que oponen con ventaja a los inorgánicos modernísimos.

Un ingenio olvidado pero luminoso, el claro estilista que se llamó José Selgas, nos define con su ática gracia, a los abogados, de la siguiente espiritual manera: "Un abogado no es más que una esperanza puesta al alcance de todo aquél que desea ardientemente tener razón". Así como, "un

tribunal no es más que una esperanza de la justicia", según el mismo agudo, cáustico y pulcro pensador olvidado por unos, desconocido casi en absoluto para la gente nacida en este siglo, conocedora al dedillo de la chabacana e inmoral literatura que llena el actual malsano y descocado ambiente, cuya descomposición aumenta y precipita.

Creemos que el juego en si mismo es uno de esos males necesarios, a que la sociedad impotente para abolirlo debe someterse y aceptar. Así y por eso circunscribir, pero con eficiencia, su acción potente y abusiva, a mantenerlo férreamente dentro de adecuado radio de acción y luchar sobre todo contra las degeneraciones consecuentes, reglamentando con severa sabiduría su ejercicio o práctica, imponiendo el reinado absoluto del azar o suerte, en el reparto de la fortuna de los que buscan en el aleatorio medio el apropiarse los dineros ajenos o entregar los propios. Con lo que queremos decir en buen romance, desterrar la destreza, castigando despiadadamente a los diestros que se hacen profesionales.

En semejante medio, el que no sabe jugar, es necesariamente un jugador sin fortuna. La habilidad ha vencido al azar, los dados caen según se echan, los naipes salen según se sacan; esto es lo que hay que perseguir, jugar así, y sobre todo el profesionalismo que debe ser considerado delito

formal; la diferenciación de pena entre el empresario de jugadas y el punto, es indispensable, como medida de justicia evidente y como medio de llegar a alguna parte en el deseo de reglamentación disminuidora, aun cuando cumple a nuestra lealtad declarar, que ya el sistema fracasó, pues doña Juana de Castilla, dictó en su época una ley estableciéndola, sin grandes resultados prácticos.

Con todo, no estaría de más recordar las palabras de Roosevelt: "sería quizás necesario intervenir en las transacciones privadas, más de lo que se ha hecho hasta aquí, para atar corto a la astucia, al modo que se ha atado corto a la violencia".

El juego, mal social, verdad evidente, que con todo, debe también por otra parte ser considerado como uno de los múltiples aspectos económicos, proporcionado a la riqueza de las naciones, porque mal que le pese a la moral y a los moralistas, es así, y el no quererlo considerar como un factor económico, es querer tapar el cielo con un harnero, no bastando tales desplantes mojigatos, para suprimir ni el problema ni el fenómeno, que están ahí de cuerpo presente, esperando la solución que debe ser radical, sin hipocresías ni eufemismos.

Porque, en efecto, el juego alcanza su mayor desarrollo en los extremos de una mayor fuerza y riqueza de una nación, o en su mayor miseria, en este caso es un enorme mal que complica la situación, agravándola en forma ultra alarmante;

en aquel otro su efecto es menos pernicioso, pues aun cuando es siempre un mal, obra sobre lo superfluo por lo general, contribuyendo a intensificar la circulación de la riqueza privada y por ende el florecimiento comercial e industrial mismo, además de ir al socorro de la mendicidad, otra plaga social inextirpable.

En 1818 se publicó en París un folleto de 32 páginas, titulado: "L'observateur au Marais, sur diverses combinaisons du 30 et 40". En el mismo año la tercera edición del mismo folleto se tituló: "L'observateur au Marais, sur un plan de finances de 1653 sous le ministère de Colbert". Su autor que se ocultaba bajo una L*** resultó ser Lebel.

Después, no hay que olvidarlo, al contrario de los otros vicios sociales, éste no tiende a la degeneración de la especie, como sucede, sin ir más lejos, con el alcoholismo y más aún con el alcaloidismo tan en moda; sin que pueda desconocerse que con todo, el juego es un proveedor del presidio y contribuye al aumento de la mortalidad, con los que violentamente se suprimen; lúgubre aspecto que hace urja el encauzarlo en forma a evitar eso.

Herbert Spencer, en sus "Principios de psicología", y antes que él Kant en su "Crítica del juicio", han hecho notar la estrecha relación psicológica entre el placer del juego y el placer estético. Kant lo incluye entre las "artes agradables"

con las "bellas artes", afirmando que "unas como otras tienen una finalidad libre". Bien es verdad que esta última referencia al juego comprende toda clase de distracciones.

Es en este mismo orden de ideas que Schiller ha podido decir: "el hombre no es completo más que cuando juega".

Cuéntanos Séneca, que su amigo y contemporáneo el célebre Porcius Latro, se entregaba durante días y noches sin intervalos, a escribir, hasta que el cansancio lo rendía, para enseguida darse frenéticamente a todas las diversiones y juegos.

Bruhier, célebre médico del siglo XVIII, nos ha dejado un importante tratado sobre el grave sujeto "De l'incertitude des signes de la mort", en el que se sirve como epígrafe de las palabras de Plinio: "Tal es la condición de los hombres, ellos están expuestos de tal manera a los juegos de azar, que no pueden mismo fiarse de la muerte".

El juego es pues, también, desde solaz, descanso, esparcimiento, para el espíritu de quienes cansados del ajetreo diario de los negocios u ocupaciones de otro orden, se sientan, pudiendo hacerlo, ante una ruleta o un mazo de cartas, para olvidar otras preocupaciones obsesionantes, hasta elevado estudio de matemáticas superiores, para quienes ante el vertiginoso rodar de la bolita, calculan las probabilidades de un sistema.

Para estos el azar no existe. "El azar no tiene

lugar más que entre gentes si bien dotadas de iniciativa, de conocimientos muy limitados; es una señal de ignorancia que no podría existir ante una idea soberana que pudiera escudriñar las reglas fijas a que obedece esa ley dictada para regir el mundo, cuya función es la de rectificar permanentemente las producciones que se multiplican en todos los órdenes posibles", como nos lo dice P. Camille Revel, dándonos una definición subjetiva del azar, que resulta paradójica por la negación que encierra.

Lo que ya había más o menos enunciado en versos que más tarde, por frívolos, el propio autor Cardenal de Bernis, no gustaba se los recordaran:

L'hasard est un mot qu'invente l'ignorance
Et que de nos esprits marque l'insuffissance.

El azar es, según ellos: "la razón definitiva del hecho", es decir: "el concurso de causas independientes para producir un hecho determinado". La combinación de unas mismas causas independientes dan lugar a la producción de un mismo hecho, y esto es lo que constituye la teoría de las probabilidades de ese hecho, o "chances", para usar la palabra admitida hoy mundialmente.

Estas teorías distan mucho de ser novedosas. Aristóteles en su célebre "Física", libro II, hace figurar el azar como en contraposición con la finalidad, presentándola objetivamente como "el acci-

dente que falsea la dirección que la naturaleza ha señalado en vista de un fin".

Como se vé, es esta definición del azar, la que vulgarmente se acepta, es decir, la de que se trata de una fuerza ciega, enemiga e intrusa, que viene a desorganizar las combinaciones de los sistemas.

Spinoza y Hume definen el azar como "nuestra ignorancia de las causas".

En cambio Cournot dice que es: "la interferencia en un punto dado de tiempo, de dos series causales independientes una de otra".

La teoría de los juegos de azar es, aun cuando no lo parezca, una de las partes de mayor importancia, más difíciles y más interesantes del cálculo de las probabilidades. Su utilidad es a todas luces incontestable e innegable.

Desde el punto de vista esencialmente científico, ha dado origen y vida a una multitud de sistemas o hipótesis de sumo interés, y ha, sobremanera, ejercitado y desarrollado la sagacidad de los sabios más ilustres, haciendo nacer el cálculo de las probabilidades.

Contemplando la misma compleja cuestión, bajo su aspecto práctico, bastaría para hacerla respetable solo enunciar que ha generado las tablas que rigen y basamentan el mecanismo de los seguros de vida, es decir, pues, que de aquello ha surgido esta tan generalizada institución, que

por lo menos es excelente para enriquecer a los empresarios, o sea, aseguradores.

Al conjuro de lo que llevamos dicho, como por arte de magia, o como oníricamente, se alza de allá, del recóndito fondo de la memoria, como entre sombras, del montón de recuerdos olvidados, que deben apelotonarse en quien sabe que rincón obscuro, donde parecería duermen y no mueren, entre mil confusos conocimientos, que en tropel se presentan, como sorprendidos y sorprendiendo, se alza, decíamos, el nombre del matemático Bernoulli y su notable y conocido teorema, a dar razón o apoyar con su gran autoridad a nuestras empíricas conclusiones, lo que no obsta para que hoy, después de toda una larga vida de diverso menester, haga nos resulte exótica hasta su enunciación, tan lejos hemos sido llevados en la existencia, de la ingenua exactitud de las matemáticas, único mundo donde tal vez exista alguna verdad evidente.

Para los jugadores a sistema, la mesa de juego es también el pizarrón donde se desarrollan sus teorías cabalísticas, que ellos creen matemáticas, como el profesor ante sus oyentes, con la muy grande diferencia de que el aplauso que éste espera del auditorio, para aquél se traducirá, en caso de éxito en dinero contante y sonante, que le permitirá al mismo tiempo que colmar su aspiración o su necesidad, seguir con amplitud sus

experiencias, hasta que como los dineros del sacristán cantando se vayan, que es siempre el inevitable final; de lo que habría que tratar de convencer a toda costa a los obsecados jugadores que el desquite buscan.

Recordémosles que tiene mucha razón Morel-Vindé cuando nos dice:

> "La bonheur, tôt ou tard, abandonne au joueur
> et l'affreux desespoìr vient punir sa fureur".

La satisfacción del sistemista es mayor probablemente, cuando las cosas se desarrollan en la forma prevista de antemano por el cálculo, que cuando éste falla, no obstante que el hecho le produzca inesperada ganancia pecuniaria, fin perseguido con el sistema aplicado. Pero imaginamos sin esfuerzo, que la decepción que invade el alma debe ser muy relativa, ante el elemento de combate que recibe, que le permite volver a empezar de nuevo el ensayo de la martingala, rectificando el error, en que con mayor o menor exactitud se hace fincar la causa generadora del fracaso de la combinación, que con todo llevó sin embargo a la codiciada meta.

Porque no hay que olvidar que Madame de Stael debe tener razón cuando asegura que: "Ce qu'il y a de plus difficile a supporter pour un joueur, ce n'est pas d' avoir perdu, mais de cesser de jouer".

Lo que nos recuerda una confidencia de Anto-

nino Lamberti; nos decía una noche el inspirado poeta y buen amigo, que era mucho más intensa la emoción que sentía cuando perdía que cuando ganaba al juego, y que lo único que en ello había que deplorar, era que esa emoción no podía sentirse mucho tiempo, pues el dinero se acababa.

Pero, de todas maneras, ellos, los sistemistas creen y en tal errónea creencia hay quienes los acompaña embobados, que esos trabajos de observación, imaginación, paciencia y cálculo mezclados convenientemente y dignos de mejor causa, constituyen un encomiable ejercicio mental. No pensamos así: todo lo contrario. Estamos de perfecto acuerdo con Boiste, que nos dice en su breve y expresiva manera: "el autor de un sistema de juego es un cautivo, que pretende alumbrar el mundo con la luz de su calabozo".

Y cuyo tal vez más genuino representante fué el sombrio y antipático Destoiewsky con su amarga y desconsoladora prosa, que pasó su vida en los garitos de todas las cataduras, diseminados en la Europa, ensayando sus sistemas y su serenidad con los que aseguraba ingenuamente no puede perderse nunca, y no obstante cuya afirmación, resulta perdió en el juego, a que se entregaba en cuerpo y alma, todo, todo, hasta el honor, si es que alguna vez lo tuvo, de lo que no sin buenas razones puede dudarse.

En la glorificación de lo feo maestro eximio, y con cuya exposición sus negras ideas tanto mal han hecho a este nuestro actual mundo descerebrisado, que oscila entre la afeminada perversidad, lo que es contra natura y la supertición e incredulidad moral, dándole tanta y tan inmerecida boga. Tal vez porque lo ha tomado como una víctima de un régimen que no sin justicia lo sometió a una forzosa estada en la Siberia. Dostoiewsky no fué tal víctima del zarismo sino solo de sus inmoderadas pasiones y más que todo el fiel trasunto de la timba esquilmadora y agostadora en que vivió con enfermiza intensidad, como nos lo demuestran René Folap Miller y Federico Eckstein en su reciente libro "Destoiewsky a la roulette".

¿Qué puede valer, donde puede ir, una humanidad que prefiere a Destoieswky, sombra y dolor exagerado en que se deleita, a la lectura de ese otro ruso Turgueneff por ejemplo, que es la luz y la esperanza, en bella humana y perfecta concreción y que debe agregarse es el único novelista ruso perfecto a quien Renán pudo bien en una oración fúnebre comparar con los clásicos?

Y si se encuentra esparcimiento en ese mundo de dolor y de castigo, por excepcional excepción injusto, ¿por qué entonces no leer a Crabbe, "el poeta inglés de las cárceles y de los hospicios, que aplicó el estilo de Pope a la pintura enérgi-

ca de las costumbres de los criminales y de los desgraciados, hecha con entrañas de amor y no con la antipática y desalmada observación patológica que hoy priva" como nos lo dice preciosamente don Marcelino Menéndez y Pelayo?

Inútil continuar disertando, el juego seguirá siendo como ha sido y es ahora, un aparente medio fácil como realmente difícil, inseguro y tenebroso, de realizar los deseos de mejoramiento que a cada cual obsesionan y persiguen sin descanso en esta vida.

Y como el deseo es la hidropesía del alma, se elige como mejor ruta de realización, impelido con dominante fuerza, por la sordidez, la estolidez o la necesidad, ese equivocado camino sin salida, que se hace imprescindible alumbrar a día, y a lo que contribuyen con eficacia obras como la que venimos analizando; análisis al que felizmente para el lector debemos poner término por causa de sobreviniente y oportuno grafospasmo explicable, y, ya que en definitiva todo seguirá lo mismo, pues como con exactitud lo dice el ya citado Juan Francisco Regnard:

... Quiconque aime aimera
Et quiconque a joué toujours joue et jouera.

LA FAMILIA

Dr. JUAN CARLOS REBORA

> On a pu détroner le patriarche, on a pu réduire bien au delá du juste l'autorité paternelle, mais on ne détruira jamais la famille.
>
> **Lamartine.**

Al cerrar el libro del profesor Rébora sobre la familia, que ha absorbido excluyentemente nuestra atención durante muchos días, y querer precisar impresiones, concretar conclusiones y organizar las notas tomadas, para exteriorizar nuestra opinión, nos ha asaltado de improviso desde recóndito escondrijo de la memoria, sorprendiéndonos, el pensamiento de aquel Virgilio cristiano, más grande que Virgilio, y que Racine si volviera al mundo adoraría de rodillas, según la bella expresión de Barbey D'Aurevilly, de Lamartine en fin que nos hemos apresurado a hacer servir de epígrafe a este modesto cuanto grato trabajo, que ha de ocuparse del muy meritorio y sabiamente ejecutado, con dominio absoluto de la materia, por el doctor Juan Carlos Rébora. Autor que tanto nos ha enseñado con su obra, en la que si hay mucho

de de la nativa inteligencia fácil y oportuna, hay mucho más de la idea propia y erudición sobrada y una poco común justeza en el juicio omitido.

Exclamemos con Vauvenargues: "Ce n'est pas un grand avantage d'avoir l'esprit vif si on ne l'a juste. La perfection d'une pendule n'est pas d'aller vite mais d' etre réglée".

La magnitud de la tarea que sin título hábil emprendemos, nos arredra, pero persistimos en abordarla y la abordamos, porque así permanecemos más tiempo en contacto estrecho con el bello espíritu de Rébora, empeñado eficazmente en la buena obra de defender la familia, de la destrucción a que las corrientes impuras actuales nos llevan necesariamente. Destrucción que nos probaría que no obstante el rol de profetas que la humanidad atribuyó en otras épocas a los vates, el muy ilustre e inspirado que citamos, se equivocó en su rotunda afirmación, como equivocóse en su gestión política, por lo menos en sus consecuencias inmediatas, que de las mediatas, mucho habría que decir en contrario, pero nos iríamos demasiado lejos, fuera en absoluto del límite necesario a rápidos trabajos de este orden, en los que por eso habiendo tanto que decir, debe sin embargo callarse más aún, pues de lo contrario resultaría un otro libro, a lo mejor inferior; en el caso claro que habría de tenerse por descontada tal inferioridad.

Decíamos que la tarea que nos hemos impuesto, aunque árdua, será grata, porque grato es efectivamente para el crítico no atrabiliario por naturaleza, el poder con sinceridad elogiar una obra, no sólo con justicia sino con entusiasmo, tanto por el placer que causa toda alta expresión de la inteligencia humana honestamente encaminada al bien luchando con el mal, como por el que se experimenta siguiendo al autor en su elevado y desinteresado pensamiento, fecundamente sugeridor de ideas diáfanas y sanas y escuela además eficientísima, de cómo se puede y debe trabajar para hacer obra grande y duradera, porque hay allí en ella además de la vitalidad del arte creadora, un método encomiable y el método lo es todo en arte como en ciencia, que en definitiva son algo así como dos ríos majestuosos, que teniendo cauces diferentes, tienen común origen y corren hacia una misma invisible y quizás inalcanzable desembocadura.

Aunque dentro de la calificación de ciencias éticas, por la calidad de los fenómenos que estudian las obras de derecho, su interés se reduce al caso controvertido y carecen en general de atractivos para quienes no estén obligados a su estudio, y quedan así relegadas, en su mayor parte, a los bufetes de abogado, despacho de jueces y bibliotecas, sin otro examen que el que la necesidad de la consulta impone al profesional, ante

el conflicto planteado por el cliente al través de un interés que lo perturba o la del juez que debe desenmarañar el ovillo.

Escapará a esta dura e ingrata regla, con seguridad, la obra que el doctor Juan Carlos Rébora acaba de publicar y en la que hace un estudio completísimo, desde todas sus faces, de la familia realizada bajo el cálido soplo de altruísmo que atraviesa hoy la ciencia contemporánea, y por lo que interesará no sólo al jurista, sí que también a la psicología y a la sociología, anchos campos abiertos a las especulaciones amplias, en las que la fantasía no está siempre absolutamente desterrada y la conjetura juega papel de relativa importancia, y no sería tal vez aventurado afirmar que llegará también a interesar a la psicopatología.

Bacón nos dice: "La historia hace al hombre más prudente, la poesía más espiritual, las matemáticas más penetrante, la filosofía natural más profundo, la moral más serio y más arreglado, la retórica y la dialéctica más contencioso y más fuerte en la disputa: en una palabra, la lectura se trasforma en costumbres".

Escrita la obra de Rébora en un estilo que su misma sencillez hace elegante, fácil y grato, exterioriza una austera disciplina y habitual castigar el pensamiento, que la hace abordable para todos y como gira sobre un punto de interés general,

será necesariamente en adelante el completo tratado de lo que se llama derecho de familia, que en sus múltiples aspectos abarca todos los tópicos de relación en la sociedad, cada vez más complicada y más compleja no sólo por las cambiantes de orientaciones, sí que por la amalgama de elementos heterogéneos como son los que vienen de abajo y se encaraman y entroncan en las familias de planos superiores, lo que si es a las veces favorable a una renovación de sangres empobrecidas y conveniente por eso, va en cambio bajando el nivel moral de la educación y las costumbres, porque será una vulgaridad, pero es una verdad de a puño, que lo que se mama no se olvida.

Recordamos sin quererlo a Saint-Evremond cuando nos dice: "La politesse est un mélange de discrétion, de civilité, de complaissance et de circunspection, accompagnée d'un air agréable répandu sur tout ce qu'on dit et ce qu'on fait".

Y en el continuar elevándonos, cómo olvidar a Julio Simon, cuando en su inmensa hombría de bien y su sabiduría nos dice: "es necesario reformar al hombre por la educación, y a la educación por la familia".

Pensamiento bello que completaremos añadiendo a aquel de Saint-Evremond que acabamos de citar trunco: "Soit que les femmes soient naturellement plus polies, ou que pour leur plaire, l'es-

prit s'éleve et s'embellisse, c'est principallement auprés d'elles qu'on aprend la politesse".

La obra de Rébora llena un vacío, viene a buen tiempo, porque como él mismo nos lo dice: "la familia parece atravesar por una intensa crisis: mientras la fábrica arranca a la mujer de sus tranquilos menesteres de hogar y destruye la cohesión del pequeño grupo obrero, la madre que vive con holganza maniobra para desentenderse de las cargas que le están impuestas por la naturaleza... Al mismo tiempo, el hogar como centro de afecciones, suele soportar... la coerción de fuerzas que tienden a dislocarlo bajo el imperio de necesidades individuales de trabajo, y suele acusar la repercusión de las sacudidas que le imprimen los nervios desatados en la ansiedad de sensaciones".

Estas palabras en boca de un jurista tan distinguido, de un pensador tan profundo y principalmente de un profesor, adquieren sonoridad de clarinadas de alarma que sólo los sordos no oirán. Podría a esto todavía agregarse una ligera mención de los factores aun más disolventes, en nuestra sociedad, del hogar como centro de afecciones. Entre nosotros no es sólo la fábrica, la que arrastra a la madre del presente, es el empleo en escritorio, oficina o tienda, el que destruye la madre del porvenir.

Añadamos a eso la desmedida ambición al lu-

jo, enfermedad nacional espantadoramente generalizada "en esta tierra prometida de la fachada y el doublé" al duro pero exacto decir de Groussac, y todavía adicionémosle el ejemplo desmoralizador de los padres, hermanos y maridos en perpetua holganza o en cómodo y tranquilo trabajo de escasa remuneración, mientras que las hijas, hermanas o esposas, tienen que aportar a la casa, a costa de quién sabe cuántos sacrificios morales y materiales, el pan de cada día. Otras veces la finalidad cambia y estos sacrificios se hacen solo para obtener los medios de componerse y ataviarse en forma discordante con el medio en que se vive y aun con la misma función que se desempeña, pretendiendo aparentar riquezas que no llegan ni a ser un mal disfraz de la miseria, falto de arte, es decir, sin la observancia de las reglas que la contienen y sin el gusto que lo dirija, lo que hace del lujo una cosa sin nombre y un lastimoso efecto de la vanidad que las lleva a vivir en peligroso y resbaladizo plano inclinado.

Fenómeno éste que observamos aquí con una muy profunda pena, pero que no es exclusivamente peculiar a nuestro ambiente ya que Remy de Gourmont lo ha tiempo atrás observado y bellamente sintetizado al decirnos: "El trabajo de la mujer es la ociosidad del hombre. En otros términos: cuando un sexo trabaja, el otro reposa. Y todavía: a mujer trabajadora, marido parásito".

Nuestro libre albedrío, debe estar bajo el control severo de una conciencia exigente y rígida y el mundo actual la tiene adormecida, despreciada o falseada por las pasiones o los vicios que la dominan seductoramente.

Coleridge tiene razón cuando nos dice: La necesidad de un gobierno exterior para el hombre, está en razón inversa a su propio gobierno. Donde éste es más completo, aquél es menos necesario: de ahí que a mayor virtud, mayor libertad".

Esa semilla de desmoralización que engendra el cáncer que nos corroe se aumenta considerablemente por el tiránico imperio de la moda —la diosa de las apariencias— y por la inundación de la literatura malsana, pornográfica o no, pero enferma sí, cuanto imbécil, que corrompe tanto como las malas compañías, y estraga el gusto haciendo de rigor el repetir:

> Contre un public ignare on pousse des cris vains
> il faut des sots lecteurs a des sots écrivains.

No es aquí lugar aparente para dilucidar quien ha engendrado a quien, por más que la demostración difícil no sea, pero sí lo es para repetir con Beaumarchais: "tout ce qui ne vaut pas la peine d'être dit, on le chante", y con una tal vez muchísimo mayor propiedad todavía decir con Félix Pyat: "A present, tout ce que ne vaut pas la peine d'être lu, on l'illustre; ce n'est plus l'esprit qui

vivifie la lettre, c'est l'image; l'image est aux auteurs vivants ce que le fard es aux vieilles femmes''.

Todo este mal ejemplo, para colmo, todavía se combina con la desmoralización que nos trae viviente de la gran república del Norte, el grotesco arte del cinematógrafo y que como es natural dado lo dicho, encuentra tierra bien fecunda y preparada en las inexperientes cabecitas locas de la juventud, y llegaremos a convenir sin mayor esfuerzo ni discrepancia fundamental, en que la crisis es más grave y profunda de lo que representa, y que ya tal vez no es el momento por tarde, de combatirla. Entendemos combatirla en el sentido de oponernos absolutamente a ella.

Cuando la inundación es tan grande, que los diques no han bastado a contenerla, obra de prudentes es hacer canales y encauzarla para que ocasione el menor mal posible.

La obra de Rébora viene en parte a llenar una necesidad semejante a la de esos diques y de esos canales adicionales, pues resiste y cede al mismo tiempo a la ola avasalladora de las pasiones en auge y sin freno; se mantiene en el clasicismo, sin que por eso deje a las veces de aventurarse en las teorías modernas, con elevado criterio de innovación y comprensión humana de las necesidades actuales, y por lo que algunas —las menos malas— acepta y preconiza. Procura así servir de lazo de

unión entre los extremismos que dominan al mundo, haciendo peligrosísima cualquier reforma, porque fatal y necesariamente en la lucha entre la concepción sectaria y la dogmática, las probabilidades del triunfo son de aquella, que arrastrará a la nada, es decir al caos, todo lo bueno que ésta tiene, confundido con lo malo, e impondrá, con todos sus inconvenientes, soluciones momentáneas imperfectas, aparentemente justas en teoría pero falsas y contradictorias con relación a los principios básicos que rigen la vida constructiva, en su forma social o individual.

Es al servicio de este tan bello ideal, único verdadero, que Rébora pone el freno moderador de su amplia y tranquila visión y de su situación social, bien percatado que la indulgencia para con el vicio es una gran conspiración contra la virtud que no es en absoluto cierto, anide solo al igual que los cuervos en las ruinas, como con tanta gracia desprovista de verdad, hace sostener Anatole France a su célebre Abate Coignard, defendiendo a Catalina la encajera.

Los destructivos a quienes es necesario combatir en su manía reformadora y con los que suele transar Rébora, olvidan que el mundo no es ni puede ser solo un taller de trabajo, sino que también es y debe seguir siendo un laboratorio de moral, una escuela de abnegación y sacrificio.

Porque, como bien lo dijo el doctor Ch. Fies-

singer: "Destruir es la sola actividad accesible a los mediocres".

Este eclecticismo que acusa la obra de Rébora, entre el circunspecto pasado y el presente atolondrado y concupiscente que nos toca vivir, es tal vez el único defecto que esta su bella obra tiene para nosotros, viejos retardatarios, seguramente, en el despectivo pensar de los que a base de nivelaciones imposibles, utópicas aunque descendentes, reducen los más grandes ideales de la vida a la mayor retribución para el cargo bien o mal desempeñado, más mal que bien siempre y como característica entristecedora y la que hay que adquirir a toda costa y a costa de todo. Porque, desgraciados, creen en la esterilidad del exacto cumplimiento del deber, cuando no obtienen o no ven la compensación inmediata, siempre hallada mezquina.

Defecto, ese eclecticismo apuntado que, comprendemos, también lo será, mas por razón inversa, para toda la pléyade de reformadores y demoledores de pacotilla a la caza innoble de sinecuras, genuino producto de esta época de descomposición por la que la humanidad pasa y que, de perdurar, dará con ella en la abyección y villanía, a donde nos llevan mentalidades inferiores pero garruladoras, que el malhadado sufragio universal levanta pero no eleva.

Confirma lo dicho la acción deletérea exterio-

rizada donde quiera que llega esa resaca en su marcha desatentada a la rebatiña de lo único que la deslumbra: el vellocino de oro.

Pese a los programas fementidos, escritos en más o menos rojas oriflamas y repetido como monótono "leit-motiv" de contristante melopea, coreada por la ignorancia, que comienza en el analfabeto hasta llegar al erudito a la violeta, pasando en sus distintas gamas por el alfabeto, que no obstante conocer la mecánica de la lectura, sigue siendo analfabeto porque en sus efectos es el mismo, no, decimos mal, es aun más peligroso e infeliz, porque su cerebro se convirtió en una verdadera olla de grillos, fuente inagotable de infelicidad propia que carga en la cuenta de los demás que él cree felices.

Sin parar mientes en lo exactísimo del dicho de Thiers cuando ocupándose de la envidia, en su célebre "Historia del Consulado y del Imperio", nos enseña: "Se envidia, se odia, se persigue creyendo feliz al adversario que se detesta; mientras que todos, la cabeza gacha bajo el fardo de la vida, marchamos en medio de los mismos dolores hacia males casi iguales. Los hombres se envidiarían menos, si supieran cuanto, bajo apariencias distintas, sus fortunas son frecuentemente iguales, y en vez de dividirse bajo la mano del destino, se unirían al contrario para sostener en común el fatigante peso".

No desconocemos, y casi decirlo nos parece una redundancia, que habrá quiénes encuentren en esa transacción entre dos épocas, el justo y mayor valor del libro del distinguido profesor, justificando el su así pensar en la escolástica medioeval sentencia: "In medio stat virtus", que expresa en conceptuosa forma la doctrina aristotélica.

Pero, eso sí, olvidando, que en el perenne colocarse en el justo medio, hay un continuo ceder a los insaciables que piden todo porque saben a ciencia cierta algo conseguirán excitando y explotando la piedad, pese al "Ne quid nimis" del Templo de Delfos y que encontramos también en "Andria" de Terencio, traducimos la frase, sin querer por ello ofender ni dudar de la cultura del nuestro problemático lector, así: "En nada demasiado".

Y vamos entre tanto arrastrados en el torbellino de la reforma a todo trance, a lo que sólo pone débil dique la haraganería y procacidad de los reformadores legales, es decir, de los legisladores, cuya característica es deformar cuando reforman, articulando utópicas concepciones de teorías enfermizas. Nunca con tanta verdad puede decirse hoy lo que ayer decía Voltaire:

Voulant réformer tout, nous avons tout perdu.

Y ya que a Voltaire hemos citado, citemos tam-

bién a aquel célebre poeta, a los quince años, a François de Neufchateau, su discípulo y secretario por corto tiempo y de quien se ha podido decir que su conversación era un libro y su vida un ejemplo, recordémoslo cuando nos dice:

C'est avoir a la fois, le coeur et l'esprit faux
De vouloir réformer nos moeurs et nos défauts,
Sans avoir réformé les votres.

Para insistir todavía en la conveniencia de la parsimonia en la reforma, y aun de lo mejor que es no reformar sino aquello demostrado a la evidencia rematadamente malo, como el Parlamento por ejemplo, repitamos con de Maistre: "Un pueblo cuenta más muertos que vivos"; pensamiento que parafrasea explicando y ampliando el concepto que aclara Hauriou, que en su "Ciencia social tradicional" nos dice: "la generación vivien-te no es más que un momento presente entre un muy largo pasado y un muy largo porvenir". Y finalmente, recordemos a Adolfo Comte, que en su célebre "Catecismo positivista" nos dice en su siempre bella manera: "la verdadera sociabilidad consiste más en la continuación sucesiva, que en la solidaridad actual; los vivos son siempre y de más en más, gobernados por los muertos".

Ocupándose Rébora del movimiento iniciado por una pléyade de escritores franceses que querían la mejora del matrimonio casi suprimiéndolo,

y entre los que se encontraban talentos como el de Paul Adam, Pierre Louys, Maurice Maeterlinck, Paul y Víctor Margueritte, Octave Mirbeau, Marcel Prevost, Octave Uzanne, Henry Bataille y varios otros más, nos dice:

"Los paladines franceses de la reforma matrimonial no preconizaban, en todo caso, la unión libre, y mucho menos la simplificación en las formas del matrimonio, como un término equivalente al de negación de la realidad de la familia. Iban contra el absurdo del vínculo puramente formal y entendían aumentar las condiciones favorables a la subsistencia de sentimientos nobles. Reivindicaban para todo hijo el derecho a la ternura de sus padres. Afirmaban pues la realidad del amor y de la abnegación, cuyos fueros defendían. La obra que se proponían encerraba, sin duda, un fondo de belleza que era también de verdad y de justicia".

No pensamos que ahí, en esa obra, hubiera ni belleza, ni verdad, ni justicia, pues ella no tendía a mejorar el hombre sino sólo a facilitarle el empeorarse simulando ternuras insentidas; y sobre todo creemos estar nosotros en lo cierto, si esa obra emprendida con un empuje digno de mejor causa, se la considera a la luz de cómo fué interpretada por los lectores, y más aún constatando las ramificaciones sectarias derivadas de aquel talentoso ir impetuosamente contra toda va-

lla, tal vez y nada más que por haber tomado al pie de la letra la declamatoria, como todas las suyas, frase de Mirabeau: "trop de prejugés garrottent encore les mortels".

Y a ellos, a esos talentosos, imitaron deformando, como era de rúbrica, presurosos y entusiasmados, los que sólo son capaces de topar, que son legión, y que en las democracias votan, y llevan a sus congéneres al parlamento, y la obra está ahí, no necesita ni examen detenido ni comentario alguno, es execrable.

El derecho a la ternura de los padres que la pléyade aquélla quería reivindicar, no lo impide el formalismo del matrimonio, que además es una escuela en que ella se desarrolla para con el hijo y escuela también estoica de abnegación, en la que se llega a conocer el austero dulzor del sacrificio, cuya creciente incapacidad en el practicarlo por los cónyuges, es lo que hace el clamor del egoísmo, por la supresión como remedio contra un mal real pero cuya curación habría que buscar en procedimientos distintos.

Por otra parte no olvidemos que Quintiliano se quejaba de la adoración por los hijos, que puede llegar a ser uno de los más funestos inconvenientes de su educación.

Después y sobre todo acordémosnos del cómo Emilio Augier ha pintado la ternura francesa y tomemos, un tanto con beneficio de inventario, la

pretendida reivindicación en su causa determinante, oigámosle al colaborador de Musset y de Sandeau:

> La source de tendresse est-elle en nos entrailles
> Comme les grandes eaux des jardins de Versailles
> Pour jouer seulement dans les jours d'apparat.

Pero en fin, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que: en el matrimonio la humanidad actual busca el placer y nada más, como en la libertad la licencia.

Olvidando, parte por ignorancia, parte por conveniencia, que en uno como en la otra hay pesados deberes y obligaciones correlativas de observancia fatigosa y monótona, pero que es imprescindible cumplir con ello si no se quiere marchar al caos, donde marchamos desgraciadamente, impelidos por los perniciosos desafueros de la anarquía que blasona de libertad y con el continuo y fácil divorcio que nos lleva a una poligamia nuevo estilo, es decir, sucesiva y en todo lo que las víctimas propiciatorias son los hijos, pretexto precisamente que se toma como salvadora tapadera.

Procedimiento idéntico al que usan todos los pillastres para excusar responsabilidades o implorar piedad por el desaguisado cometido.

Socorrido expediente de rigurosa moda que va en "crescendo" y que hay que tratar de contener de no alentar y propagar por esos Mitrídates del

arte, acostumbrados ya a alimentarse del pensamiento morboso, difundiendo en el ambiente que respiran, el veneno que llevan concentrado en ellos mismos, contaminándolo todo, a trueque de unos dineros, que resultan así mal habidos.

Por desgracia hoy debemos contestar afirmativamente y sin reato las sucesivas preguntas que ha tiempo se formulaba a sí mismo Silvestre de Sacy en la siguiente forma: ¿"El espíritu de negocio que gana a diario terreno, terminará por todo absorver...? Mientras habla de literatura a los jóvenes, un instinto secreto, una voz interior les grita: dejad los libros y haced fortuna. Esta Francia que durante siglos, no ha tenido más gran pasión después de la guerra que la filosofía y las letras, ¿estará destinada a no ser más que un vasto taller y una inmensa casa de comercio? ¿Y nosotros con nuestro obstinado gusto por las letras no hemos quedado ya bien atrás?"

Pero lo que Silvestre de Sacy no pudo imaginar, es lo que se está produciendo, el innoble comercio que con el libro se hace y que lo ha convertido en una mercadería cualquiera que darle salida a toda costa es necesario, y para lo que se apela a la formas más variadas y aun bajas del aviso deslumbrante en su ilustración o en su contexto.

Un bello ejemplo de la impudicia a que se llega

por atraer lectores y compradores, nos parece lo dió el "Australian Morning Advertiser", anunciando la publicación de una novela en folletín, en la forma siguiente:

"Esas escenas extrañas, traducidas del español, han ejercido hasta aquí una influencia verdaderamente funesta. Así las reproducimos no sin legítimos escrúpulos. La lealtad nos obliga a prevenir nuestros lectores. Así los que tengan la imaginación inflamable o sean accesibles a las emociones fuertes, arrojen lejos de ellos estas terribles relaciones. Que las huyan, las eviten a cualquier precio. Este drama espantoso comunica dolorosos escalofríos a los más apáticos, agita el sueño de los espíritus los más fríos, hace derramar torrentes de lágrimas a los escépticos que no han jamás sentido la apariencia de un enternecimiento.

En fin, y este es el punto más grave, sobre diez mil lectores de esta fatal novela, cuatrocientos veintidos se han enloquecido, novecientos setenta y siete se han convertido en monomaniáticos, ochocientos noventa y cuatro se han suicidado y mil trescientos quince han desaparecido. Al advertirlo a nuestros abonados, creemos llenar un deber de honor. Por otra parte, preparamos una edición especial con este folletín para todos los suscriptores que nos lo pidan".

Producción anunciada en esa forma u otra se

mejante debe seguir y sigue el flujo y reflujo de la moda y ello es tanto más deplorable, cuanto que nosotros podemos exclamar con más razón que Boileau:

Le mérite et l'esprit ne son plus a la mode

Y todavía y también y aun generalizando, como es lógico, respecto al mundo entero, podríamos asimismo a mucho mayor justo título y razón repetir con el inmortal y adorable La Fontaine, que pasados sus cincuenta años inspiraba pasiones:

"L'effronterie en France, est un vice a la mode
Rien n'est plus nécéssaire, et rien plus n'est commode".

En ese sucesivo ir y venir al Registro Civil a consagrar la unión, y al Juez en lo Civil en procura de la anulación del vínculo contraído, para volver de nuevo a comenzar, es de los hijos de los que se olvida precisamente, es la abnegación la que se repudïa por amarga, y lo que se es incapaz de practicar en aras de una ternura que no se es apto para sentir sino bajo una excitación sexual, natural consecuencia del amor puramente humano que es una efervescencia pasajera contra la que muy seriamente se complota el hábito, monstruo devorador, pero contra la que no conspira ni ha conspirado nunca el matrimonio ni su indisolubilidad, sino al contrario, da más bien fuerza para practicar el aforismo de Cicerón:

"Appetitus rationi oboediant", que nos atreveríamos a traducir en un: "los deseos deben obedecer a la razón", recomendable pero impracticable apotegma, para quienes sin conocer practican el consejo que encierran los dos versos con que el libertino de Saint-Evremond termina su Elegía a Ninon de Lenclos:

> Etre inconstante aussi longtemps qu'on peut;
> car un temps vient que ne l'est pas qui veut.

Epicúreo y pesimista encantador consejo a seguir al pie de la letra, sobre todo por gentes danzarinas, que buscando el placer han convertido en un inmenso "cabaret" al mundo, que va acordando el paso al raro ritmo; condensando la aspiración a vivir y gozar en lo que Plinio llamaba "vivendi immensa cupido", y Hamilton "the enjoyment of existence", en detrimento de la amistad que debe epilogar el matrimonio, dándole consistencia y estabilidad reemplazando a la pasión que es siempre un esperanza engañada.

Nada mejor condenación de tal concepto, regla de vida desarreglada y chabacana, que el bello pensamiento de Latena: "Satisfacer sus pasiones y sus caprichos al precio de su fortuna, es locura; satisfacerlos a costa de su familia, es improbidad".

La célebre comedianta y tan célebre cantatriz también, dualidad rara, que se llamó Sofía Arnould, nacida en 1714 en la rue de Béthisy

en el antiguo hotel de Chatillon y precisamente en la misma habitación en que había sido asesinado el almirante Coligny el 24 de agosto de 1572, y que tanta muestra de su ingenio nos ha dejado, decía que el divorcio era el sacramento del adulterio.

Philarète Chasles asegura con toda la razón del mundo, que: "Ce sont nos passions, bien plus que nos pensées que font notre destin".

Pensamiento que podríamos completar o ampliar con otro de Fontenelle: "Ce sont les passions qui font et défont tout en ce monde".

Lo que nos hace pensar así de paso en el naturalmente amanerado Marivaux, cuando con su habitual dulzura nos dice:

> A quoi bon faire des livres pour instruire les hommes? les passion n'ont jamais lu.

No quiere decir esto, que seamos contrarios ni a la lectura ni tampoco al divorcio absoluto, es decir, con disolución del vínculo, no, lo creemos un corolario indispensable de la zarandeada institución del matrimonio, "error común que una vieja costumbre ha hecho legítimo", para valernos de la frase de la célebre Madame de Motteville, sobrina del elegante poeta el Obispo Bertaut, elogiado por Boileau.

Como es sabido, la Iglesia misma, la mayor enemiga en la actualidad del divorcio, lo permitía

en época remota, reaccionando contra tal franquicia allá en el siglo IX y por razones que podríamos llamar puramente especulativas que mejor es no analizar por indefendibles y porque sería también salirnos una vez más de la cuestión.

Lo que no pensamos es que el divorcio absoluto sea una panacea social; apenas si lo consideramos heroico y relativo remedio; pero que como tal debe de usarse con parsimonia exagerada y como último recurso para salvar situaciones sin salida y no con precipitación y como precautoria providencia ante la primera dificultad que surja de la vida en común y malgrado su nimiedad que el hastío comienza y agrava.

Georges Fonsegrive, en su libro: "Mariage et union libre", nos dice atinadamente: "reducir el matrimonio al capricho de los sentidos y proclamar la legitimidad de la unión libre, es destruir la familia, es autorizar los más graves desórdenes morales, es reconducir la humanidad a la promiscuidad bárbara, es retrogradar hacia la animalidad".

Pero tal vez la clave estaría en no permitir el nuevo matrimonio de divorciados con hijos sino en ciertas y determinadas severas condiciones, y siempre después de pasado un tiempo prudencial, que podría ser como mínimum de un año y con gradaciones hasta un máximo a aplicar según fueran las causas determinantes de la sepa-

ración y sobre todo con escala diferencial para el cónyuge culpable del divorcio que no podría decretarse nunca por mutuo acuerdo.

Habría además, que limitar el número de veces que pudiera volverse a casar quien se divorciara, porque en verdad se nos ocurre que a quien se ha divorciado, por ejemplo, tres veces, no debía permitírsele casarse por cuarta vez, porque casi podría afirmarse que se trata de un inadaptable a la vida matrimonial.

Con esto evitaríamos en parte el divorcio, el que se impetra y consigue, con el fin exclusivo de casarse inmediatamente con otra persona determinada y ya elegida de antemano y con quien se contrae el compromiso de hacerlo una vez que el divorcio se obtenga.

Esto, que es rigurosamente exacto, acontece en el presente, es más que una inmoralidad, una indecencia, que se acepta sin embargo como un correcto procedimiento, tanto los valores morales han sido trastocados por el socialismo, que se infiltra perniciosamente de abajo para arriba, adulando, acariciando el mal instinto que hay en cada uno, cultivándolo intensamente, acicateando el más santo y venerable horror al sacrificio personal, ya sea la familia o la patria quien lo demande, y llegando así a un concubinato legal, antesala de la prostitución legalizada también, si es que no queremos con más verdad aun cuando

con mayor crudeza llamar a ese concubinato la prostitución misma.

Volvemos así a la forma primitiva del matrimonio en todos los pueblos, volvemos así a las épocas que parecían pasadas definitivamente y sin retorno, de las ideas morales rudimentarias. Repitamos con el Eclesiastés una hoy ya casi vulgaridad: "nada hay nuevo bajo el sol" y abstengámonos en lo posible de reformas deformantes. o que tan solo importan desandar lo tan penosamente andado.

Las reformas realizadas bajo el imperio del cinismo que domina en absoluto hoy al mundo, de abajo arriba y de arriba para abajo, no pueden ser sino pésimas, porque como bien Lamartine lo dice: "el cinismo es el ideal al revés; es la parodia de la belleza física y moral; es el crimen de la inteligencia; es el embrutecimiento de la imaginación".

Como una demostración más, evidente y palpable, impresionante, del trastrueque de valores morales de que la humanidad está gravemente enferma, citaremos el inverosímil caso reciente de una resolución de una Cámara de Apelaciones de la Capital Federal, que manda tomar una información sumaria para poder probar el concubinato en que vivió la mujer que eso pide.

El doctor Rébora, trabajando sobre el hecho social "tan directamente como la naturaleza de

la labor lo consintiera''— son sus palabras— ha mirado con la serenidad del psicólogo, libre de prejuicios, el problema cada vez más complejo de la familia. ''Son en efecto —dice— los hechos que actualmente se producen dentro del grupo familiar los que requieren ser estudiados y dirigidos, no para hacerlos servir de catapulta contra un sistema político y económico que se desee pulverizar —no es esa la misión del maestro—sino para arbitrar soluciones de justicia, que, como tales, unas veces atañen a los intereses y otras a la sensibilidad''.

Nos muestra Rébora la transformación operada en Europa en los últimos años y el progreso que él cree representa para el orden y el interés del Estado, la no diferenciación de los hijos, es decir: ''la filiación de hecho'', que es, pensamos nosotros, el más formidable golpe que puede asestarse a la institución de la familia, pues legaliza en una de sus manifestaciones más sentimentales y eficientes, la pluralidad de familias, por la que llegaremos en su multiplicación al aniquilamiento, lo que no necesita, se nos ocurre, demostración comprobatoria, basta y sobra la simple enunciación.

El catalán ilustre Pedro Felipe Monlau en un sintético pensamiento nos dice: ''Sin la familia no habría ni libertad ni propiedad''.

Las cosas, pensamos al respecto, hay que de-

jarlas como están, no sólo porque en el continuo aumentar del bien o mal divorciarse las filiaciones llegaran a perder importancia sentimental, tanto más cuanto la tendencia de la mayoría es a frustrarse en el abolengo y la siempre en aumento rapacidad fiscal va dejando poco a los herederos de los que mueren adinerados y sobre todo para quien lleva dentro de sí el genio o solo el talento o la inteligencia y la voluntad, le pesa poco, la filiación más o menos bastarda.

Como no pensar en el caso del genial Quinquela Martín, que hace alarde de ser expósito. ¿Acaso eso va a restarle valor a su colosal obra? ¿Acaso le ha impedido llegar a la celebridad a que ha llegado ya?

¿Quién se acuerda, para restarles mérito o respeto de que Bocacio, Leonardo de Vinci, Erasmo, Don Juan de Austria, César de Vendome, D'Alembert, Chamfort, el Mariscal de Saxe, Hégésippe Moreau, El Aretino, César Borgia y tanto otro que a la memoria escapa, fueron bastardos?

Y esa clara visión que nos encanta como característica encomiable de la obra del profesor Rébora, la encontramos un tanto velada, cuando nos quiere convencer de que el Código Bolseviki no entraña la tendencia de la desintegración de la familia, porque ha organizado severamente el registro de estado civil de las personas y se ins-

tituye el matrimonio con derecho al divorcio a voluntad. Olvidando que el estado civil tal como allí está organizado no representa sino un registro de identidad material, si es que así puede decirse y el matrimonio con divorcio a voluntad es el amor libre legalizado por pequeña y transitoria formalidad sin importancia, extirpadora solo de las complicaciones que surgen de las rupturas de ligazones nacidas fuera de la ley y que fuera de ella también terminan, no tan excepcionalmente en forma trágica.

La tendencia de la nueva y desgraciada organización rusa, con las disposiciones de la crianza y cuidados de los hijos por el Estado, lleva fatalmente a la disolución del hogar, suprimiendo hasta la elaboración en él de los alimentos, que también pasa a ser una función de Estado, aproximándose, copiando vilmente y sin talento, nada más, a la organización de los selenitas que creó la vigorosa imaginación de Wells en "Los primeros hombres de la luna", que como tanta otra ficción o descabellada teoría extrema, ha sido tomada en serio por esa legión de analfabetos que saben leer a que ya nos hemos referido y que explica la referencia esa, la aparente contradicción resultante.

El régimen ruso perecerá porque todo aquello que tienda a emanciparnos de una regla **exterior** sin agregar a nuestro poder otros medios de go-

bierno interior es malo y peligroso y lleva en sí mismo el germen mortífero. El final de la desatentada aventura lo vemos en el dístico de Collin d'Harleville:

Il faut que les méchants, dupes de leurs manèges
Se trouvent a la fin pris dans leur propes pièges.

Por otra parte, se busca hacer olvidar que el hombre debe marchar individualmente a la conquista de su personalidad y que su desenvolvimiento sea su propia obra, para evitar el hombre "standard" que se quiere imponer a la humanidad.

Claro que esto no implica decir que no compartamos con Rébora el pensamiento de verdadero estadista, que expone sobre esto de la filiación, al estudiarlo bajo el punto de vista de la política emigratoria, tan importante en un país de inmigración como es el nuestro.

A este respecto pensamos, aun cuando ello importe dar un paso atrás, es necesario delimitar más neta y eficientemente la calidad y derechos de nativos y de extranjeros, suprimiendo la nacionalidad de adopción y vedándoles el acceso a la función pública electiva o no, restringiendo su entrada al país, aun cuando sí dándoles a los que se establezcan facilidades para la constitución del hogar, que asegure a los hijos nacidos aquí el nombre y el patrimonio, malgrado cualquier vinculación anterior extraterritorial, defendiendo así al hijo y a la mujer argentina.

Como compartimos también con el ilustre tratadista, las claras y exactas conclusiones a que arriba en su desfavorable opinión al descabellado por ilógico y mal concebido proyecto sobre capacidad de la mujer, de la que Hipólito Taine con toda su a justo título indiscutida autoridad, ha dicho: "Dar a una mujer raciocinio, ideas, talento, es poner un puñal en manos de un niño".

Adicionaremos todavía al pensamiento de Taine aun a trueque de abusar del lector, el de Proudhon cuando nos dice: "La humanidad no debe a las mujeres ninguna idea moral, política, filosófica".

Y concluyamos con la opinión de un civilista de fama mundial bien adquirida, Toullier que nos dice: "la sociedad conyugal no podría subsistir si uno de los esposos no estuviera subordinado al otro".

Aun cuando aceptáramos como bueno el principio que sustenta, lo indudable es que al proyectar no se han armonizado debidamente las disposiciones nuevas con las que quedan en vigor del Código Civil, lo que traerá una serie de conflictos; ante perspectiva tal, no puede dejarse de afirmar que habrá una verdadera temeridad en sancionar así mal proyectada una ley, que aun bien concebida, ataca a una importante parte de la sociedad al atentar contra la estabilidad de la

familia adinerada, con repercusión también sobre la familia agricultora, cuyo crédito dañará, sin por eso aumentar la felicidad de la mujer que es lo contrario del feminismo según el ya citado doctor Fiessinger.

Ocupándose de esta última familia nos dice con exacta precisión Rébora:

"La cooperación en el trabajo, propia de la economía familiar cerrada, se observa principalmente, dentro de estructuras sociales del tipo de la nuestra, en las familias de agricultores, cuya prosperidad parece ser el resultado seguro de esa cooperación. Dentro de ella renace en cierto modo el viejo tipo del hogar que nos presenta la figura del padre como un eje en torno del cual deben girar las otras, secundarias. Hay allí un aprovechamiento de medios y de aptitudes, favorables a la producción y propicios al orden en el consumo, que se traduce en mayor bienestar para todos, presentándonos la familia bajo una forma económica que nos permite observar, como esencia de la cooperación establecida en ella la manifestación sucesiva de funciones de amparo y funciones de gobierno de las personas".

Tal vez todavía pudiéramos también objetar a la obra eximia de Rébora, el que haya pasado algo someramente sobre los orígenes de la familia de nuestra patria, es decir, su organización colonial, lo que no sería difícil fuera debido a

que no ha querido repetir la publicación de José María Ots "El derecho de familia y el derecho de sucesión en nuestra legislación de Indias", aparecido últimamente en España y tan completo en ese punto. Obra ésta que ha estado en manos del autor, nos lo dice no sólo su indice bibliográfico, que viene a ser algo así como el sello de honradez de toda producción científica, sino también las repetidas referencias que a ella hace en el curso de su obra y aun alguna atinada refutación.

En esa completa bibliografía no vemos citada ni la obra de Lucas Ayarragaray "La anarquía argentina y el caudillismo" que tantas cosas nos dice sobre la familia colonial; ni a Roberto Levillier, cuya obra "Les origines argentines" también hubiera podido, a no dudarlo, ser de utilidad a tal respecto.

En este orden de ideas podríamos aún señalar como faltando a ese completo índice bibliográfico de las obras citadas: "La science sociale traditionnelle" de Hauriou; "Le cathécisme positiviste" de A. Comte; "La educación en sus relaciones con la familia, la patria y la iglesia", de P. R. Ruix Amado, Barcelona, 1923; J. Renault, "La collaboration de l'école et de la familie dans l'education morale", París, 1912; "La cooperation de la famille et de l'école" de V. Bouillot, París, 1912; "L'education par la famille et par

l'école de Mme. Ponson, París, 1910; "L'esprit familial dans la maison, dans la cité et dans l'Etat", de H. Delassus, París, 1911; "De la famille — Les dix commandaments", de Emile Faguet, París, 1910; "La mujer española y americana (su esclavitud, sus luchas y sus dolores)", de E. Rodríguez Solís, Madrid, 1898; "La famille, l'Eglise et l' Etat dans l'education" de l'Abbé Duballet, París 1910; "Pages de méthode. La monographie de familie a partir de la fonction familiale, dans l'histoire et dans la science sociale", de P. Campault, París, 1911; "De la simple famille paternelle en droit romain", P. Moriaud, París, 1910; "Les droits de l' enfant" del Dr. P. Godin, París 1912; "Des effets de l'adoption", de J. Andrieu, París 1910; "Les enfants. Questions du temps presents", de J. A. Collet, París, 1911; Les enfants dans le divorce et le separation de corps de L. Courrége, París, 1910; "Traité générale de la séparation de biens contractuelle et judiciaire" de A. Vanisterbeck, Bruselas, 1910; "La reforme du régime de la comunité légal et les enseignements de la pratique" de Julien Bonnecasse, París, 1911; "Les trois formes de l'unión sexuelle — Mariage, Collage, Chienerie. Ce qu'on pensait autrefois. Se qu'on pense aujourd'hui. Enquete des contemporains" de J. Grand-Carteret, París, 1911; "Polémiques de la presse sur l'institution du divorce...", de

H. Hayen, París, 1908; "Etude critique sur la tutelle des mineurs en droit comparé", de R. de la Grassérie, París, 1912; "L'activité économique de la femme mariée et ses consequences juridiques", de P. Guyot, París, 1910; "La communauté des biens conjugale. Origine et evolution du régime legal" de G. Aubery, París, 1910; "La convention de La Haye relative au mariage, ses effets...", 2 volúmenes, París, 1909|1911; "O casamento no Brasil (Anulaçâo e divorcio no direito internacional privado)", de Rodrigo Ottavio de Langgard Menezes, 1910; "De la prueve et des reprises sous les divers régimes matrimoniaux", de M. Rey, París, 1910; "Des produits du travail dans le mariage. Etude pratique sur le libre salaire de la femme mariée", de P. Colin y L. Legrand, París, 1910; "De la prostitución des enfants. Etude juridique et sociale", de Eugene Prévost, París, 1909; "Evolution du droit de famille vers l'individualiste" de Rouquet, París, 1909; "De la famille", de Amédée de Morgeríe, 2 volúmenes, París, 1906; "La famille dans le Code Civil (1814|1904)", de Louis Coirard, París, 1907; "La femme dans la famille" de Paul Lapie, París, 1908; "Pour la vie familiale. Conferences", par Emile Boutroux, Cheyson, Compayré, Lichtemberger, Passy, Wagner, etc., París, 1909; "Le divorce et la separation de corps en France et a l'étranger et des étrangers en Fran-

ce'' de Laurent Bailly, París, 1910; ''Le divorce por consentement mutuel, sa necessité, sa moralité'' de H. Coulon, París, 1903; ''La convention de La Haye relative au divorce et a la séparation de corps'', París, 1909; ''Essai de statistique morale. I. Le suicide. II. Le divorce et la séparation de corps'' de Camille Jacquard, París, 1909; ''Le mariage et le divorce de demain'', de H. Coulon y René de Chavargnes, París, 1908; ''Sépares et divorcés, de J. d'Avesues, París, 1908; ''Apercu de l'evolution juridique du mariage'', de Ch. A. E. Socquart, París, 1907; ''Cours de doctorat sur l'histoire du droit matrimonial francais...'', de Charles Lefevre, 1908; ''Droits de la femme mariée sur les produits de son travail'', de Ch. Defrénois, París, 1908; ''L'évolution du mariage'', de Paul Abram, París, 1908; ''La femme mariée anglaise en Anglaterre et en France. Etude de droit comparé et de droit international'', de André Chéron, París, 1906; ''La propieté littéraire et artistique et les régimes matrimoniaux'' de Maurice Palmade, París, 1909; ''Le régime matrimonial legal et ses variations chez les principaux peuples du monde'', de Henri Pascaud, París, 1907; ''L'unión libre. D'ou venons-nous? Ou allons-nous?'' de Pierre Avigdor, París, 1909; ''Vers l'union libre'', de Alfred Naquet, París, 1908; ''La mujer'', por Ricardo de Fuentes y Castilla, Madrid, 1893; ''El problema

jurídico de la mujer. Notas de vulgarización" por Rafael María de Labra, Madrid, 1908.

En verdad que podríamos haber prescindido de este apéndice bibliográfico, como podríamos haberlo aumentado aún, no hemos hecho esto por no fatigar más al lector que se atreva a hincarnos el diente, y no lo hemos suprimido por pensar que en estos momentos en que se prepara el atentado incalificable de reformar el Código Civil, bueno es que se tengan a la mano las más copiosas bibliografías y adicionando éstos pocos títulos que damos al enorme número que Rébora cita, se tendrá ella formada en parte.

Y sobre todo que se tenga presente el pensamiento de Alberdi: "La claridad de una ley es su primer requisito para ser conocida y realizada, pues no se practica bien lo que se comprende mal". Con todo que desearíamos llevar al convencimiento de todos los reformadores, más o menos en embrión, la siguiente verdad: las leyes claras van siendo hechos pretéritos, para encontrarlas hay que ir a buscarlas en la historia.

Estas pequeñas discrepancias con las ideas del autor, no pueden ni deben impedirnos hacer constar en voz tan alta como sincera, que se trata de una obra hecha con toda conciencia y dedicación evidente y en la que no se ha escatimado el estudio a fondo y el trabajo, el duro trabajo, que nuestra actual humanidad tanto teme y que por

eso son factores tan a menudo descuidados en nuestra producción literaria en la que si bien se hace alarde de revolucionarios, es sólo a base de gritería insustancial y destemplada, convencidos que para los aturdidos de que nuestro mundo modernísimo está repleto, más vale ser conocido en mal, que ser desconocido.

Compadezcamos una vez más a los que temen al trabajo y a los malvados que lo recomiendan y lo reglamentan para practicarlo por gotas, pues cada vez más nos compenetramos por la propia experiencia de la verdad que encierra el bello pensamiento de Pedro Corneille cuando nos dice: "Más avanzo en la carrera de la vida, más encuentro necesario el trabajo. Se hace él, a la larga, el placer más grande y reemplaza todas las ilusiones perdidas".

Pero retomemos el hilo de la disquisición para dejar ya el libro de Rébora a quien recordaremos:

"El sol es el sol, aunque los astrónomos nos enseñen sus manchas; su luz no es menos intensa, ciertamente, porque nos hayan revelado la clase de cuerpos que allí arden en perpetua combustión" dice Scipio Sighele, tratando de justificar algunas de sus críticas a maestros.

DE OTRA EPOCA

SEGUNDA SERIE

CONCEPCION SONEYRA

> Le style a un sexe, et l'on reconnaitrait les femmes a una phrase.
>
> **Marivaux.**

La nueva obra, que bajo carátula exquisitamente ilustrada por E. V. Moreno, ha dado a la publicidad la señora Concepción Soneyra, viene a enriquecer nuestra literatura histórica y cimentar definitivamente su fama, siendo digna de todos los elogios con que recibimos su anterior y primera producción, de la que ésta, que nos va a ocupar, resulta como un segundo tomo, y, aun cuando independiente en cuanto a los motivos de que trata, forma con aquella una obra homogénea, en la que no se sabe qué admirar más, si la acertada elección del tema, la maestría con que trata los asuntos de carácter histórico poetizándolos, o

el estilo fulgurante y hermoso que da razón al aforismo de ese delicado poeta que se llamó Marivaux, estilo que, hacerlo notar es necesario, no es siempre igual, mayor elogio y no crítica, pues Boileau tiene razón cuando, dando una regla, dice:

Un style trop égal est toujours uniforme
En vain brille á nos yeux, il faut qu'il nous endorme

Porque si el formarse un estilo propio es la meta a que todo literato aspira y constituye un mérito precioso el alcanzarla, tantas son las dificultades, la señora Soneyra ha conseguido tal triunfo, amplio y completo, en su primera obra, que esta segunda serie confirma definitiva e indiscutiblemente, al arrancarnos del frívolo charlatanismo a que la nube de literatos aturdidos de este mal comenzar del siglo nos tiene acostumbrado, en su loca carrera hacia el negocio, que compromete cada día más a la literatura, y que nos hace sentir fuertemente la necesidad de dar las gracias a aquellos que permanecen los más dignos.

Su estilo, el de la señora Soneyra, es personalísimo, tiene una muy peculiar manera de adornar sus pensamientos. Colocada en un casi justo término medio entre la austera sobriedad científica y la galana y exuberante verbosidad literaria, sabe ella al mismo tiempo que deleitar el alma, instruir el espíritu, y la fantasía se explaya en amplios vuelos ante los horizontes que abre a la imagina-

ción la mágica palabra evocadora de esta hilvanadora de bellezas, cuyos pensamientos, como su corazón, se reflejan en el nítido espejo de su estilo, poetizando la realidad, sin descuidar el detalle de la acción, al través de la cual nos conduce deslumbrados, con tal delicadeza, que no echamos de menos el vigor, que tan mal sienta a una alma genuinamente femenina, aun cuando describa batallas.

Hay en su a las veces trabajado estilo, del lapidario que minuciosa y cuidadamente pule sus piedras, a fin de darle todo el brillo de que ellas son susceptibles, tendencia que reconocerlo es necesario, nunca predomina en absoluto, manteniéndose más bien constantemente y con naturalidad elegante, en un justo límite que sólo puede demarcar con tal sutil precisión, un coqueto buen gusto innato, anterior a toda sensación y a toda idea de coquetería, existente solo como sentimiento en forma de larva, en un principio y que el ajetreo de la vida no ha impedido su maravilloso y admirable desarrollo. Puede afirmarse rotundamente, que la verdadera distinción es natural, no convencional.

Y si con espíritu de "dómine", quisiéramos ver también el resultado de un cultivo, en tan precioso don, para explicar en esta su segunda faz el fenómeno ancipital, tendríamos que remontarnos al tímido y exquisito Marivaux, cuya influencia ancestral parecería evidente y lo que no debe

extrañar, porque observando notamos que también la han sufrido de este olvidado autor, Alfredo de Vigny, como Musset y Octavio Feuillet, cada uno a su manera, e influencia a que aun cuando inconfesada, mejor aún, ocultada, no han escapado en absoluto tampoco, ni realistas como los Goncourt y Alfonso Daudet, ni mismo naturalistas como Emilio Zola. Influencia que a través de Musset sufre también, se nos ocurre, Edmond Rostand, a quien se le ha reprochado el escribir un francés que es más bien un vasco español. Sí, la influencia de Musset sobre ese meridional extraordinario, se advierte claramente no sólo en sus poesias de juventud, sino que domina mismo al autor dramático.

Pensamos en el majestuoso Chateaubriand, cuando nos dice: "Si el alma se eleva, las palabras caen de lo alto y la expresión noble sigue siempre al pensamiento noble".

Tal vez se note en el estilo de la señora Soneyra, un algo de entrecortado, un como vacío entre un pensamiento y otro, pero esa solución de continuidad es precisamente lo que caracteriza su bella prosa fluida, y da personalidad propia a la autora, como a los temas tratados, que en otras manos resultarían simples páginas documentadas de historia, escuetas, a lo mejor aburridoras, de haberse dejado llevar de la efemeridomanía, que con tanta gracia como exactitud critica Groussac

en Madero y en Varnhagen, o un puro romance sin trascedencia ni color; y esto es precisamente lo que hace un momento nos obligó a recordar al incomparable Boileau y ahora nos lleva naturalmente a repetir con Villemain: "par style j'entends la passion, le naturel, l'ame mise en dehors par le pensée".

Ruskin tiene razón cuando tratando de estilo, nos dice: "es mucho más difícil ser simple que complicado, sacrificar la habilidad y cesar en el esfuerzo en el momento deseado, que continuarlo".

La psicología de los personajes que la señora Soneyra pone en escena y hace mover, adquiere bajo su pluma relieves tales, que aun a los ojos del profano se destacan inconfundibles con contornos como luminosos, hasta entonces no percibidos, y necesariamente sufrimos una rara sugestión, por el modo sencillo de que deriva.

Y es esta una característica que necesario es hacer resaltar, porque es una bella y extraordinaria condición, ya que ella, esa admirable condición, nos evidencia lo distinto que es escribir una palabra a la ventura sin hacer una reflexión, con el percibir en esa misma palabra una admirable sucesión de consecuencias.

El alma caballeresca en Ordóñez; tímida en su sobrino; voluntariosa y dura en Monteagudo; valiente y noble en San Martín; dulce y amorosa hasta el sacrificio en Margarita; todas en fin

se perfilan ante el lector en una forma novedosa y atrayente, tanto que hay que convenir no son ciertamente sus figuras lo que nos da a conocer, sino sus espíritus. Tan es esto así, que golpea fuertemente a las puertas de nuestros recuerdos, la confidencia aquella de ese gran orgulloso que inundó de luz de oro a la literatura: Chateaubriand: "Estamos convencidos que los grandes escritores han puesto su historia en sus obras. No se pinta bien sino su propio corazón, atribuyéndoselo a otro; y la mejor parte del genio se compone de recuerdos".

Al estampar esta formidable afirmación del más formidable aún, Chateaubriand, viene a nuestra memoria el maestro de escuela aquél del lindo cuento "Las gafas de don Marcos", que usaba anteojos para que los chicos de su escuela no pudieran apercibirse de la inmensa bondad que en sus ojos centelleaba y que hubiera formalmente comprometido la disciplina, porque él pensaba que: "Mostrar el corazón, el sentimiento, es anularse. Quien los muestra capitula".

El lindo cuento a que nos hemos referido publicado bajo el seudónimo de María Enriqueta, el cual oculta a la distinguida dama mejicana María Enriqueta Caramillo de Pereyra,revela características esenciales de escritora: la sencillez y la emoción y por las que tiene puntos de contacto íntimo con la señora Soneyra.

Júzguese sinó por el siguiente párrafo de la escritora mejicana:

"Tu amiga miente —me dicen muchos—. Y así lo creo yo también; pero, repito, ¿qué más da que diga verdades o que teja mentiras? Ella habla, ella sonríe, ella entorna los ojos, baja y sube las manos de azucena, queda inmóvil de pronto, con gracia de pájaro que piensa cosas graves; echa hacia atrás la encantadora cabeza, cual si quisiese beber la luz que baja del cielo, y tiene virtud, como Vesta, para recogerla toda y para reflejarla después sobre cuanto la rodea... Esto es bastante. Y por eso digo, que cuando mi amiga viene, la casa se ilumina. A su voz, todas las penas, como legión de lechuzas, huyen a la desbandada... ¿Cuál es el nombre de mi amiga? ¿Quién es ella? Su nombre es muy corto: se llama... la ilusión".

El prologuista del libro de la señora Soneyra, el talentoso crítico Juan Pablo Echagüe, cuyas eficientes actividades literarias parece quiere comenzar a compartirlas con las políticas, y que tan justamente célebre ha hecho su seudónimo Jean Paul, nos dice entre otras cosas bellas y exactas, del libro y de su autora una, que no queremos ni debemos dejar pasar desapercibida, es la siguiente:

"Mientras que todos los métodos históricos se van renovando, conforme al progreso de las ciencias auxiliares, y de acuerdo con la ley psicológica que impone a cada generación la necesidad de

repensar la interpretación del pasado, una manera de evocarlo, siempre atrayente y siempre verídica, queda inconmovible: aquella que desentendiéndose de la rigidez de los sistemas, se aplica tan solo a animar la narración de los hechos por los procedimientos propios del relato, es decir, por el comentario, la lógica y hasta cierto punto la fantasía, que apoyada en los hechos mismos, puede ir sugiriéndole al relatante a lo largo de su exposición. Yo no sé si los historiógrafos ceñudos encontrarían que esto no es ciencia. A mi me basta comprobar que es arte".

*
* *

Je veux que le coeur parle et que nos sentiments
Ne se masquent jamais sous de vains compliments
Moliére.

No paran por cierto los méritos de la obra de la señora Soneyra en la forma agradable con que nos instruye sobre la historia; su libro aporta un considerable número de documentos que la autora ha tenido el buen tino de seleccionar entre aquellos que puede decirse son inhallables, dado lo raro de las publicaciones en las que en su momento aparecieron.

Si en la mayoría de los casos no formaran como forman, parte integrante del capítulo en el cual figuran, tal vez creeríamos que hubiera sido

preferible el publicarlos al final de la obra en un nutrido apéndice, mas pensamos también, que esto le hubiera dado un carácter más de obra de ciencia, lo que con sobrada razón parece no ha querido la autora.

Sin embargo de respetar ese buen acuerdo, debió, sí, hacerse un índice especial con la lista de esos documentos transcriptos, lo que hubiera hecho de mucha más utilidad práctica el libro al facilitar la búsqueda a los que los necesitaran, además de servir de anunciador de que allí se encuentran aquellos que limitan sus lecturas a índices y prefacios, que son legión en continuado aumento y que explican o defienden su procedimiento ante la imposibilidad material de seguir la enorme producción que crece y crece sin tasa ni medida y que raro es no haya sido ya materia impositiva por el impúdicamente voraz gobierno de la democracia.

También hubiera podido acompañarse un índice de personas nombradas, pues militan las mismas razones, pero esperamos que esto se haga en una segunda edición o, mejor, en una tercera serie en que podría comprenderse también a las dos anteriores y completar así una muy buena obra de cultura y verdad.

Lo que sí podemos afirmar es que los documentos han sido transcriptos con una prolijidad no igualada por algunas obras cuyo carácter científi-

co parece debiera importar mayor exactitud. La señora Soneyra ha debido consagrar largas horas a las investigaciones, pues ha ido a buscar los documentos que transcribe a las publicaciones originales, algunas tan raras como la "Gaceta Ministerial", de Lima, que no se encuentra ni aún en nuestra Biblioteca Nacional, deficiencia que debía tratar de subsanarse, costara lo que costare, pues es un elemento indispensable de trabajo para cualquier investigador de la emancipación americana, sobre la que tanto queda aun por saber y por decir.

Pero, y creemos haber ya hecho antes de ahora la misma observación, donde más potentemente aparecen los rasgos característicos y sobresalientes de la autora, es en los momentos en que la trama se desenvuelve a base de sentimiento, emoción que intelectualiza a maravilla, y que da razón cumplida a la rotunda afirmación de Taine: "Ce n'est pas avec une idée qu'on souléve les hommes, c'est avec un sentiment".

Mujer al fin, pero mujer de gran talento y exquisita sensibilidad, sabe percibir y describir en sus más delicados y tenues detalles psicológicos, las pasiones que mueven y aun gobiernan a sus héroes y poner con rara justeza en sus frases el reflejo emotivo que los anima y lo que con frecuencia la releva de la necesidad u obligación de recurrir al razonamiento y menos aún a la prueba achatante.

Tenemos evidente y palpable demostración de ello en el idilio entre Ordóñez y Margarita, en la lucha de pasiones en Monteagudo, en la angustia del diálogo entre Margarita y su padre al ir a pedir el indulto de los reos, y en mil otras partes, que lo breve de esta noticia no nos permite señalar al detalle.

En cuanto a la verdad histórica que campea en todo el libro, le da el carácter de obra didáctica y es tanto más de elogiar tal pulcritud y respeto por ella, cuanto que es a menudo olvidada por los que escriben literariamente, lo que se pone de manifiesto al aceptar datos de otros autores pero con prudente reserva, cuando no ha podido hacer la comprobación personal de lo afirmado.

Ello se manifiesta al tratar el asesinato de Monteagudo descripto por J. R. Muñoz, autor al que mucho sigue la señora Soneyra, y con quien se ha encontrado en el camino de la apología de aquél. Apología que no criticamos, porque a los grandes hombres, a los que prestaron grandes servicios a la patria, no debe de írsele a escudriñar sus defectos para exhibirlos agrandándolos con fruición malsana, sino que por el contrario, debemos respetar la discreta penumbra que alrededor de esos defectos produce la luz deslumbrante que irradian las virtudes que tuvieron y su empuje en la acción noble y candente.

Porque para juzgar su acción no debemos per-

der de vista que obraron persiguiendo un ideal desinteresado, haciéndose así a justo título acreedores a la admiración y al respeto de la posteridad, es decir, de los que aprovechando esos sacrificios gozan de patria y libertades. Por esto, nos explicamos bien a Echeverría, que cantando a Tucumán, patria de Monteagudo, ha de este patriota inspiradamente y con justicia dicho:

> Y allí vino a la vida Monteagudo
> el de gran corazón e ingenio agudo,
> del porvenir apóstol elocuente
> que entre las pompas del marcial estruendo
> fué desde el Plata hasta el Rimac vertiendo
> la fe viva y la lumbre de su mente.

Por otra parte, acusa nuestra autora, una encomiable meticulosidad, y así vemos desde los exactos y más pequeños detalles de la venta de los esclavos de los jesuitas cuando su expulsión, en la que fija hasta el precio que se pagó por ellos, silenciando sí, con pudor de mujer y de creyente, que admiramos, y que tanto se echa hoy de menos, silenciando, decíamos, el hecho extraño, vituperable o jocoso, según sea el criterio con que se considere del que fuera el Deán Funes, el oblícuo Deán, según la feliz expresión del talentoso Abel Chanetón, quien comprara dos negritas esclavas de doce y catorce años respectivamente y por las que pagó más de seiscientos pesos, precio exorbitante si se tiene en cuenta que los mejores esclavos,

hombres fuertes para el trabajo, no alcanzaran en esa misma venta a ciento cincuenta pesos cada uno.

Aprovechamos la oportunidad de agradecer a nuestro amigo A. Cabrera Domínguez, la interesante revista que ha pasado respecto al precio de los esclavos al través de los tiempos coloniales aun cuando nosotros sólo nos hemos referido a un único remate, para sonreir amablemente, sin pretender zaherir al Deán, pues si tal hubiere sido nuestra intención, mucho que hemos silenciado podríamos haberlo dicho en su detrimento.

Pensamos sin quererlo y para no continuar sobre este tópico, en Pascal, cuando nos dice: "El demonio está en la lengua del maledicente y en la oreja del que escucha". Pensamiento al cual podríamos adicionarle aquel de Addison: "No hay nadie, por pobre de imaginación que fuera, que no sea capaz de hacer una pequeña historieta para envilecer a su enemigo".

La autora hace gala de esa misma encomiable meticulosidad constatada, cuando se ocupa del número de mulas adquiridas por San Martín para el ejército de los Andes, de lo que tal vez nos ocupemos algún día, pues tenemos entre nuestros manuscritos algunos referentes a esta negociación, que son absolutamente inéditos.

Esta nunca bastante elogiada meticulosidad, impide de consuno con su buen gusto innato, que su sentimiento degenere en sentimentalidad, que

su compasión llegue a la necedad, fenómeno mundial a cuya sombra se pretenden supremacias, que los imbéciles del rebaño acuerdan.

*
* *

Les beaux temps de la critique ont disparu avec la diffusion de l'esprit critique
Antoine Albalat.

Y como no todo son flores en esto de publicar, o por lo menos no son flores sin espinas, "les fleurs sont rares sur le sentiers que menent a la science", ha dicho Jouffroy, permítasenos abandonar el incensario por un momento para ceñirnos a la regla que rige la crítica maligna que blasona de imparcial, a trueque de que se nos recuerde, que ella es el poder de la impotencia, que se venga de no tener hijos castigando a los de los demás.

La crítica, practíquese como se practicare, no puede considerársela por su naturaleza misma infecunda y estéril, o como una vana agitación de ideas, no, lo que no ha impedido el bautizar de un libro nuestro que es lo contrario de esta afirmación, la excepción de la regla si se quiere, o el simple, natural y lógico contradecirse, que es la vida y de lo que Voltaire aconseja no avergonzarse.

Y así con arreglo a sus antipáticos cánones

apuntar, que el destino del sello real de la Audiencia de Lima que quedó o debió quedar en el archivo de Santo Tomás, y que se suponía fué hecho desaparecer por alguien en 1821, sin saberse dónde fué a parar, como lo afirma la señora Soneyra, tomando, se nos ocurre, los datos que da, probablemente, de Manuel Mendiburu, que atribuye esa desaparición a un español, es, sin embargo, un misterio aclarado, pues el doctor Mariano Amézaga, publicó, rectificando a aquél, en la página 452 del tomo primero de la "Revista Peruana", que fundara en 1879, en Lima, don Mariano Felipe Paz Soldán, un documento firmado por don Andrés Ochoa de Amézaga, en el que informa a Monteagudo precisamente, que el sello de la Audiencia que él como ministro reclamaba, había sido entregado al virrey La Serna al salir éste de Lima.

De todas maneras, lo apuntado no quita que esta segunda serie de "De otra época", sea un libro de esos de los que necesitaríamos muchos, muchísimos, pues él llena más que cumplida eximiamente el viejo y manoseado apotegma de instruir deleitando y sobre todo enseñándonos a amar y respetar a los hombres que con mayor o menor número de defectos, dedicaron su vida a la ardua empresa de darnos una patria que no merecemos, pereciendo muchos de ellos en la demanda y sacrificando todos tranquilidad, bienes de fortuna y aun reputación, que babosean con deleite los eu-

nucos del patriotismo, vale decir, los socialistas y todos los otros "istas" más avanzados aún en el campo de la ingratitud, la molicie y el desorden, so color de libertad, olvidando que como bien lo dice el antiguo sansimonista Michel Chevalier: "la libertad no está hecha sino para los pueblos en los que la inmensa mayoría es honesta, enérgica en el trabajo y previsora", virtudes de que cada vez nos alejamos más y más, al son de las doctrinas disolventes que el economista citado profesara en "El Globo" y abandonó después convencido de su esterilidad e inconveniencia.

Concepción Soneyra, la gentil escritora, bien merece, no sólo el modesto aplauso que sin reticencia alguna le tributamos, sino también uno de los premios que el Gobierno Nacional o Municipalidad de la Capital otorgan por medio de jurados a las mejores obras que en el año se publican.

Y así pensamos que merece el premio porque al cerrar su libro y al recapitular y glosar lo que su lectura nos ha hecho sentir, conocer y precisar, hemos adquirido la certidumbre de haber leído un gran libro, aparte de lo que su lectura ha dejado de amable y de sedante en el alma fatigada de un viejo lector tras un largo e ininterrumpido batallar, que, ya en su ocaso, ve disiparse la brillante nube que en otra hora sedujera sus miradas y alentara actividades, miradas que hoy ya se fijan confiadas en la "madre tierra, la

gran indiferente y, a la vez, la gran consoladora'', al decir soberbio de ese mago del estilo que se llama Ricardo León.

Y para terminar una noticia de un libro como ''De otra época'', de Concepción Soneyra, nada más a propósito nos parece que repetir con Vauvenargues: ''Lorsque notre ame est pleine de sentiments, nos discours son pleins d'interet''.

EL DERECHO FEDERAL ARGENTINO NACIONAL Y PROVINCIAL

Dr. ARTURO M. BAS

Un livre que renferme des vérités utiles, ne périt pas.

Dumarsais.

Un intelectual de grande y ya indiscutida valía, fundador hace veinte años, de la cátedra de derecho público en la Universidad Nacional de Córdoba, el doctor Arturo M. Bas, ha entregado a la circulación, por intermedio del conocido y laborioso editor metropolitano don Valerio Abeledo, una obra en dos tomos muy bien presentados, que lleva el título mismo de que nosotros acabamos de servirnos para encabezar estas demoradas líneas de acuse de recibo al autor del bello y bien concluído trabajo como fondo y como forma, que hemos debido leer completo y con suma atención, no solamente hojearlo a la disparada y para salir del paso, que suele ser aquí la característica saliente de la crítica, explicación suficiente de nues-

tro retardo en opinar sobre el valor de la obra, lo que no significa creamos haber pasado la oportunidad de hacerlo, ni tampoco que lo por decir esté a la altura de lo merecido por ella.

Mucho nos ha hecho pensar esta interesante lectura y eso ya es una pauta inequívoca para juzgar de la bondad de un libro. Sí, hemos meditado también mucho sobre una serie de problemas que plantea y resuelve y nos ha obligado a consultar otros textos de derecho constitucional, tanto para llegar a poder hacer a conciencia un juicio definitivo de la obra en sí misma dentro de lo humano, como para reafirmarnos o variar los conceptos en que no coincidíamos con los enunciados y sostenidos en su libro por el doctor Bas, y que nosotros cultivábamos como verdades mayores, no obstante que siempre y en todo momento, aun en los de más firme convicción, tenemos bien presente al gran Claudio Bernard, cuando nos dice: "Es necesario guardar su libertad de espíritu y creer que en la naturaleza lo absurdo según nuestra opinión, no es siempre imposible".

Nuestro juicio con respecto a este libro del doctor Arturo M. Bas, no puede ser mejor, como coordinación de antecedentes de carácter institucional, como análisis y como exposición, y nada podría mejor sintetizar nuestra manera de ver, que repetir a su respecto el bello pensamiento que nos ha servido de epígrafe, del "Lafontaine de los

filósofos'', como espiritualmente apodaba D'Alembert, al olvidado Dumarsais, y de quien además, decía al juzgar su aún célebre ''Tratado de los tropos'', ''todo merecía ser leído, hasta la errata''.

Lo mismo podríamos nosotros decir de la obra del doctor Bas, en la que se ha perfectamente sintetizado la doctrina de mil cuatrocientos treinta y dos fallos de nuestra Corte Suprema de Justicia Nacional, relativos a la materia estudiada bien a fondo por cierto, no solo a la luz intensa del propio pensamiento del autor del libro, sino compulsando con provecho las diversas opiniones de otros tratadistas de tendencias variadas, como asimismo desentrañando el espíritu de las decisiones parlamentarias aplicables al caso, lo que equivale a haber seguido la evolución de las tendencias interpretativas de nuestro derecho público.

La enunciación que someramente dejamos consignada en lo que llevamos dicho, basta y sobra para dar una idea de la extensión de la labor emprendida y terminada; así como el estudio que de la obra hemos realizado, nos autoriza para poder afirmar, dentro de nuestra modesta capacidad, como anticipado inconcuso postulado, que: se ha conseguido, hoy por hoy, agotar el tema, maravillosamente tratado siempre, sea cual fuere la solución adoptada.

Afirmación que sin reato extendemos aún a las varias conclusiones en que no coincidimos con el

ex legislador nacional y distinguido profesor, autor del buen libro, de impecable método didáctico, que se lee, no ya sin fatiga, sino con verdadero placer por ser constantemente clara y precisa su expresión, que se hace aun todavía mucho más eficaz y convincente, porque ni incurre en demostraciones excesivas, ni se extravía en más o menos justificadas digresiones, que conspiran siempre contra la claridad.

Dos virtudes que admiramos, por lo mismo tal vez son los defectos capitales de nuestra mala prosa, que ahorrar debiéramos, pero por el contrario prodigamos, sin razón plausible y solo pensando que hay también aficionados a lo que no se entiende, prueba evidente, la legión de admiradores, por ejemplo, de Paul Valery, el flamante académico francés, reemplazante de Anatole France en la docta corporación. Precisamente de Anatole France, que siempre irónico, decía: "on est inquiet de ce qu'on ne comprend pas".

Cuenta Bertall, el célebre dibujante francés y uno de los mejores ilustradores de la "Comedia humana", que un día consultó a Balzac sobre un pasaje de una de sus novelas que él no entendía bien.

Balzac tomó el libro, leyó el pasaje indicado, se rió y dijo a Bertall, efectivamente es un galimatías, pero ha sido expresamente así querido.

¿Cómo querido?, preguntó Bertall.

Sí, perfectamente querido. Usted comprenderá bien que si el público no es detenido de tiempo en tiempo por alguna frase bien enredada o alguna palabra difícil, se creería tan astuto como el autor que lee. Todo lo que es claro le parece demasiado fácil. Se figura el ingenuo que él haría lo mismo. Ignora ese endiablado público, que lo más difícil es ser simple. Es por eso que espolvoreo algunas veces mis novelas de una pequeña parte de obscuridad, a fin de que el buen lector se agarre la cabeza con las dos manos y exclame: "No comprendo nada absolutamente. Esto me sobrepasa, pero de todas maneras este Balzac es tremendo".

La anécdota es graciosa y la observación de Balzac bien exacta por cierto. Pero, punto a la digresión.

El libro del doctor Arturo M. Bas, es, al través de su diáfana claridad, la resultante de una larga labor, pacienzuda cuanto inteligente, por lo que beneficiará por igual y en alto grado, a universitarios y a legisladores, como a todo estudioso de estos, cada día más complicados, problemas de las relaciones de los Estados particulares con el Estado central o general, de quien se desconfía siempre y sistemáticamente, viéndolo en todo momento y por cualquier actitud en tren de absorción de la preciada propia personalidad, por insignificante que sea.

Esto, que se acrecienta, ahonda y generaliza con el más intenso y mejor explotar del suelo y sus riquezas, se complica aun más con la voracidad general que domina a unos y a otros que sufren la influencia del ambiente ultra metalizado en el que la humanidad vive, queriendo reducir a medio circulante todo, absolutamente todo, dignidad y dignidades, en busca de una inconmensurable felicidad, olvidando que Fontenelle tiene razón cuando en su apodíctica manera nos dice: "Un gran obstacle au bonheur, c'est de s'attendre à un trop grand bonheur". La grande obra a realizar sería llegar a que la humanidad haciendo una conversión hacia otro ideal, adoptara de corazón como divisa el dicho de San Pablo: "he aprendido a estar contento en el estado en que me encuentre".

Decíamos que la obra del doctor Bas nos denuncia una labor paciente, no sólo porque esa es la impresión que el libro deja, es decir, que no hay allí, la malsana y tan en boga improvisación, sino también porque desde hace veinte años, su autor se incorporó como profesor a la Universidad Nacional de Córdoba, como ya hemos dicho, y allí desde entonces sin tregua ha dedicádose a reunir y seleccionar elementos ampliatorios de la materia, respecto de la cual poco existía en aquella época a disposición de los estudiantes, si prescindiéramos de algunas bellas páginas de Alberdi, semi-

perdidas allá en el tomo V de sus "Obras completas", cada vez menos leídas.

La labor del doctor Bas ha sido real y efectivamente constructiva, lo que lo movió a publicar en 1909 las conferencias que en su cátedra había dado, más o menos hasta entonces, y en las que ya se nos reveló como un pensador de fuste y un serio investigador. Mallarmé, ese otro maestro de la obscuridad, tiene razón, repitamos con él: "tout au monde existe pour aboutir a un livre".

Como ahora el mismo doctor Bas nos lo dice al dar a la estampa estos sus dos bien presentados tomos: "De entonces aquí, nuevos e interesantes temas vinculados al deslinde de poderes entre la Nación y las provincias, han reclamado mi examen y atraído intensamente mi preocupación; habiendo también podido aquilatar, en el crisol de la vida pública y en la realidad de los hechos, las conclusiones surgidas de la lectura de los textos o de las simples investigaciones de gabinete".

Agregando inmediatamente después: "A recoger toda esa enseñanza, que permite presentar ya con claridad la fisonomía del derecho público argentino, realizado por sus órganos constitucionales, nación y provincias, tiende la publicación de esta obra".

Y como esas investigaciones tan felizmente realizada, han sido cumplidas a conciencia, y con absoluta buena fe, libre de las autosugestiones

tendenciosas, que dominan la producción moderna, y que tanto mal hacen a todas las concepciones jurídicas como filosóficas, históricas como imaginativas del actual momento, puede afirmarse que nos encontramos ante un gran libro, que honra a la literatura jurídica argentina, como valiosa contribución al conocimiento de la índole y mecanismo de nuestras instituciones en relación con el régimen federal adoptado por nuestros sabios y previsores constituyentes. Previsores y sabios constituyentes que no obraron como viles imitadores del federalismo norteamericano, sino más bien como inspirados por una concepción en parte teórica, maravillosamente amalgamada con realidades tangibles, adaptadas a las circunstancias de esa hora incierta y azarosa de pasiones impetuosas, preñada de dificultades, que orillaron sabiamente, ampliando casi podría decirse, el tratado cuadrilátero, aun cuando suavizándolo, ante la imposibilidad de reducir al caudillismo en auge a la obediencia de un poder omnímodo y central. Caudillos que, por otra parte, representaban la nacionalidad, y a los que era indispensable dejarles una amplia independencia en la acción del comando, de lo que ellos consideraban un feudo propio, pues, como nos lo dice el malogrado y talentoso Carlos Rodríguez Larreta: "La ciudad-fortaleza, la ciudad-cuartel aislada, cuya zona de dominio no se toca con la zona de dominio de la ciudad más próxima, sepa-

rada por el desierto y el salvaje, ese es el origen más remoto de la federación argentina".

Aquellos convencionales, que al aumentar los años de separación entre su actuar y nuestro investigar se agrandan desmesuradamente, debieron, al así proceder, repetirse con el más grande de los poetas líricos persas, el sufí Hafiz, llamado por unos, el "Sol de la religión" y la "Voz mística", y por otros, "Voz del otro mundo" o "Interprete de los secretos", que en verdad, sabiamente decía: "No triunfarás de las pasiones con la elocuencia, porque la pasión es más elocuente que la palabra".

El mayor mérito que damos a aquella magna obra de esos grandes hombres, no honrados ni venerados, ni siquiera comprendidos en toda la extensión que su patriótica y clarividente labor merece, estuvo en darle al ansiado federalismo, toda la parte de relumbrón que era lo que interesaba conservar para sí íntegramente a cada uno de los caudillos actuantes. Ello importaba dejarles el gobierno fuerte en sus manos, y retacearlo en lo demás que no les interesaba de inmediato, porque no veían lo mediato, porque no lo comprendían ni avaloraban como es lógico, en su importancia integral accionando sobre el futuro, pues no afectaba la facultad de mandar y mandoblear, a que circunscribían la rudimentaria concepción de autonomía. Construcción jurídica que andando el

tiempo ha venido a darnos este feliz federalismo atemperado de que disfrutamos, y el que si algún defecto tiene es no serlo más. Sí, es lástima, que la justicia y la educación por ejemplo, no fueran una única y exclusiva en toda la República: la nacional.

El país no retiraría de esto, sino reales y positivas ventajas, así como no produciría sino beneficios la nacionalización del petróleo y todo lo que importe centralizar las minas en general, pese a la respetable opinión en contrario del autor que estudiamos, al que no rebatimos en detalle, porque permanecemos bajo la impresión angustiosa que perdura, en que nos ha dejado el latoso y fatigante debate de la Cámara de Diputados, hace pocos días felizmente terminado.

Ese contemplar de pequeñas pero avasalladoras y magnificadas ambiciones, a que los convencionales estaban permanentemente sometidos, y que se traducían sin variante apreciable en la exigencia premurosa y unánime de la conservación de la mayor suma de poder que cada caudillo impetraba soberbio para sí dentro de su territorio provincial que consideraba una prolongación de su persona, hizo que felizmente triunfara en esa inmortal convención, la tendencia a establecer un poder ejecutivo fuerte.

Este ideal soñado por aquellos, que había de resultar un áncora de salvación sobre la otra tendencia a una legislatura con amplitud de

facultades, que hubiera sido entonces el más grande de los desastres, pues ella con sus características pasionales, habría llegado a impedir de consuno involuntario con Buenos Aires, la organización nacional definitiva que esta resistía, sin otra razón que la de obtener un predominio que se buscaba a toda costa ejercer para entrar, a formar parte de la Confederación. Todo lo que puede afirmarse sin ambajes ni temores de falso juzgar, no obstante lo que en contrario sigue todavía propalándose, bajo la artera capa de una historia partidista.

Desastre aquél a que nos hemos referido, que persistiría aun hoy mismo de haber recibido semejante organización legislativa de aquella época embrionaria, o si ella se implantara en la actualidad como hay ilusos que lo pregonan, sosteniéndolo como un adelanto institucional, en lo que hay craso error, y basta a demostrarlo el doloroso e incontestable, de que tal y como tenemos el parlamento, con poderes relativamente limitados, es una afrenta, un ludibrio, una vergüenza nacional que urge suprimir en forma radical, porque es preferible el mando sin control, al contralor de la canalla y de los encanallados encaramados, que lo ejercen en inconfesable "pro domo sua" particular o partidista, pero olvidándose de las conveniencias de patria.

*
* *

C'est avoir fait le bien, qu'avoir voulu le faire.
Colin d'Harleville.

El doctor Arturo M. Bas, sostiene, y estamos en ello de acuerdo, que es necesario que las cámaras legislativas no se conviertan nunca en jueces de la elección de sus miembros, transfiriendo esa jurisdicción a las Cortes de Justicia respectivas, que ofrecerían aun mucha mayor garantía si siempre fueran nacionales, otra causa coadyuvante para argumentar en pro de una sola y única justicia, a que teniendo en cuenta otras ventajas hemos, hace un momento, referídonos.

Nos parece atinada también la idea que sostiene el doctor Bas, de la elección directa en substitución de los colegios electores — simples y subalternos fantoches — ya que si bien es exacto que en teoría es aquello el "summum" de la garantía de una más acertada elección, es lo dolorosamente cierto que en la práctica se han anulado todas las ventajas que la institución podía brindar, puesto que los electores van al colegio electoral con mandato imperativo de los respectivos partidos que los envían y que ejercen sin contralor moral alguno, puesto que es frecuente llegar a obstruir su constitución.

Todo ese antipatriótico cubileteo que con des-

fachatez se pone en juego, evidencia que el suprimirlos no importa sino llegar a la realidad de las cosas, evitando espectáculos negativos de civismo y aun de cultura; siguiendo el ejemplo que diera California suprimiéndolos; la totalidad de los Estados americanos han adoptado el sistema de elección directa.

Ahora bien, si esto es una verdad inconcusa, verdad también es, y evidente, que por la misma razón del fracaso de aquella bella y utópica teoría, que hace necesaria su supresión, habría que proceder de idéntica manera con la representación de las minorías en las asambleas legislativas, porque ellas, las minorías, no actúan en las legislaturas a que se incorporan, sino como elemento obstruccionista, de tal manera que un gobierno que podía ser bueno, es apenas mediocre por obra y gracia de las tan decantadas minorías, que, formadas de enemigos políticos, no hacen sino encontrar malo todo aquello que el gobierno, que quieren para sí conquistar, propone. Y así naturalmente y por lógica consecuencia, un gobierno mediocre resulta malo y uno malo se convierte en pésimo, con gran contento de esas minorías que de todo hacen menos ejercer el alto y patriótico contralor que la teoría les asigna como rol primordial, dentro del juego regular de las instituciones.

Hay que creer que algo de razón tiene el para-

dojal Oscar Wilde cuando nos dice: "un mapa del mundo que no comprendiera la utopía, no valdría la pena de ser mirado".

Es que por desgracia el patriotismo disminuye por momentos; día a día aumentan esos pobres enfermos morales que lo creen un prejuicio, y los mismos que condenan esta abominable teoría, lo sienten más atemperado, una falsa educación hace un ser anacrónico de un patriota exaltado, y así van las cosas de mal en peor, porque se olvida a la familia que es el comienzo del amor a la patria.

La bancarrota del patriotismo, que es necesario a todo trance detener, exige medidas radicales, como sería una limitación casi prohibitiva en la entrada de la inmigración y su desvío al lejano Sur a la mayor parte de la poca cuya entrada se permitiera. Correlativamente a esa sana y necesaria medida para alejar en absoluto rusos y polacos, debería suprimirse el derecho de nacionalidad acordado al extranjero con ridículos e insignificantes requisitos, en vez de darla automáticamente como alguien pretende por ahí, con inconsciencia de incapaz, porque el ciudadano naturalizado, no deja nunca de ser lo que era antes de su naturalización, y así obra; el patriotismo, si es que lo siente, lo reserva íntegra y cuidadosamente para la patria de que por conveniencia ha renegado, y no espera para exteriorizarlo un

conflicto entre sus dos patrias, sino que en todos sus actos se deja llevar por un sentimiento que no trepidamos en calificar de malquerencia para la de adopción; por más que reconozcamos que el término es duro, estamos plenamente seguros de que es justo y exacto.

Después, este país necesita reducir el mal tan generalizado de la politiquería, al menor número, porque ella aleja y distrae del trabajo y engendra la malsana y desmedida ambición al puesto público bien rentado, al que para saltar con relativa seguridad, no hay mejor ni más adecuado trampolín que el "comité", donde el tiempo se mata a la espera de la más o menos modesta sinecura entre el truco y el monte, cuando no la taba, y entre trago y trago, que se alternan con cuchilladas y tiritos. Todo muy edificante.

Estamos lejos, lo comprendemos, de las ideas básicas del doctor Bas, pero se nos ocurre leyendo las bellas páginas henchidas de encantadoras teorías que desarrolla sobre el gobierno municipal, que las ha escrito para otro país, o ha olvidado en este momento el triste espectáculo que sin excepción ofrece en el nuestro todo el régimen comunal.

Porque es inútil, si no es que quiere hacer ironía, hablarnos de Suiza y de los Estados Unidos y citarnos a Bryce, tratadista de moda, cuando con leyes teóricamente adelantadísimas, la

provincia de Buenos Aires, nos ofrece con su régimen municipal el más bochornoso espectáculo con sus municipalidades acéfalas intervenidas o convertidas en perenne campo de Agramante.

En esta propia Capital Federal, que tanto nos enorgullece, tenemos un ejemplo poco edificante en el resultado obtenido con la ley votada para la elección y constitución del Concejo Deliberante, dando representación proporcional a todos los partidos más o menos orgánicos y numerosos que no hacen sino entorpecer la acción de la Intendencia, y la propia entre sí, cuando no malonear los dineros públicos asignándose dietas que cobraron con efecto retroactivo los señores concejales; única vez que no discreparon votando como un solo hombre, con cínico desparpajo.

Característica que puede aun singularizarse diciendo, que se ha distinguido en el dictar ordenanzas impositivas inconstitucionales, pues nunca se ha visto con tanta frecuencia ni en tanta cantidad declarar contrarios a la Constitución los impuestos creados fuera de la órbita de las atribuciones del Concejo o por ser verdaderas exacciones, que la mayoría de los contribuyentes soportan y todavía, idiotas, van y les dan sus votos.

Podríamos aún recordar lo que pasa en la segunda ciudad de la República, Rosario de Santa Fe, en lo que atañe a su Municipalidad, para con tales ejemplos demostrar que no exageramos al

decir lo que digimos al empezar a tratar de municipalidades, porque tal vez en nada como en esto, la teoría está más lejos de la práctica de la vida, tal como hoy se entiende, tal como se practica y vive.

Hace el doctor Bas un breve y bien concluído estudio comparado de las constituciones nacional y provinciales a propósito de las facultades que ellas confieren al P. E. del veto y del indulto, y allí en esas páginas está perfectamente resumida toda la teoría de cada manera de legislar estas dos necesarias prerrogativas; por lo que a nosotros atañe preferimos en ambos casos las disposiciones de la Constitución Nacional a ese respecto, pues es más armónico con el origen de ellas y menos complicado; la simplicidad en las leyes es su mejor atributo, por las mismas razones que Bartolo nos enseña a simplificar la calificación de los contratos cuando dentro de uno puede considerarse se encierran varios.

Estamos también de acuerdo con el doctor Bas en lo que se refiere a la forma de hacer los nombramientos de los jueces que establece la Constitución Nacional, que es superior al de los otros sistemas con variantes de leguleyos, adoptatados por algunas provincias. "A entendre les reformateurs, il faudrait recommencer le monde", dice Voltaire con precisa verdad, nunca como ahora tan de recordar.

Aceptamos como expresión de un criterio ponderado la condena en absoluto del sistema de los jueces electivos, que tan pésimos resultados ha dado en los Estados Unidos de América del Norte, en los que rige; Bryce nos lo demuestra acabadamente.

Como habría sido aquí un craso error el haber establecido el nombramiento electivo del Intendente Municipal, que se proyectó, proyecto que debe estar por ahí durmiendo en alguna carpeta parlamentaria.

Pero no debemos continuar en este análisis con respecto a toda la buena obra, porque no ha sido ello nuestro propósito, ni entraría estrictamente en la índole del rápido estudio que hacemos.

Nuestros pacientes lectores se habrán bien percatado por lo que dejamos dicho, que se trata de una obra seria y de aliento, escrupulosamente realizada y que pone al alcance de la mano, si no todas las constituciones argentinas en vigencia en el momento actual, en su texto íntegro, sí en su espíritu sintetizado con maestría, por lo que nunca será consultada sin sacar de ella un efectivo y real provecho.

Y esto que es el más cumplido y justo elogio que puede hacerse de esta obra debe todavía aumentársele con la declaración sin alabanza de la justeza y erudición como sagacidad de los comen-

tarios y doctrina expuesta al referirse a cada texto constitucional estudiado, aun a la luz de la jurisprudencia de la Corte Suprema de Justicia Nacional.

Alguien ha criticado al doctor Bas el haber llamado al alto Tribunal de la referencia, Suprema Corte en vez de Corte Suprema como la llamara la Constitución, y si bien el reparo es exacto y justificado, no debe olvidarse que los procuradores generales de la Nación que se han venido sucediendo de tiempo atrás hasta el presente, todos encabezan sus dictámenes llamándola "Suprema Corte". Más todavía, hasta el tomo 109 de los fallos de ese Tribunal, publicación oficial que él mismo hace, se llamaban Fallos de la Suprema Corte, es recién después de ese tomo que se cambió la leyenda por la de Corte Suprema.

Hecha esta salvedad que quita toda importancia al error que se ha apuntado, continuemos nuestra disquisición a la que urge ya poner punto.

Al terminar de coordinar estos apuntes tomados en el curso de la lectura o mejor dicho, del estudio de la obra del doctor Arturo M. Bas, hacemos una dolorosa observación de carácter general, y es la siguiente: nos sobran constituciones bastante bien trajeadas con arreglo a la última moda, vale decir, con las nuevas teorías democráticas avanzadas, que no son siempre las mejores;

pero nos falta en absoluto el pueblo capaz de gozar con ecuánime discernimiento de las ventajas que las mismas acuerdan, porque ello requiere una serie de deberes implícitos, para cuyo cumplimiento no se está bien preparado, ni se es capaz de prepararse, porque implica una serie ininterrumpida de pequeños y grandes sacrificios, de los que todo el mundo huye, buscando el vellocino de oro, no importa detrás de que trapacería.

Desconsuela aun más esta deplorable constatación, cuando se piensa que para llegar al triste resultado de tener un pueblo inepto para gozar de tales beneficios, se han gastado y se gastan millones de millones en instrucción, desde la primaria hasta la superior universitaria para infestar el país de gentes que dibujan el nombre y que si conocen el mecanismo de la lectura, no saben leer, porque no entienden o interpretan mal lo que leen, que además es pernicioso, porque son los sembradores de odio los que ponen en sus manos libelos infames que no se persiguen.

Y si ese es el cuadro triste allí, si dirigimos la mirada hacia la enseñanza superior, nos encontramos con abundante proletariado titulado, que lucha desesperadamente sacrificando lo primero la moral, pero lo que es más grave es que tenemos ya el proletariado estudiantil, que representa la fabricación en serie de despechados que van todo manoseando y arrasando con la irreflexión de los

pocos años, desde los sentimientos, que se han metalizado, hasta las instituciones que se las viola para mejor y más provechosamente explotarlas.

Olvidan que como dice Víctor Hugo: "quien no es capaz de ser pobre no es capaz de ser libre".

El olvidado La Chaussée, a quien tanto fustigara Piron, y a quien además Callé llamaba el "Cotin dramático", nos ha dicho en su habitual forma sentenciosa que recordar vale la pena:

Le dépit prend toujours le parti le moins sage

En estos tiempos de ruindad moral, no estará del todo fuera de lugar una anécdota que se refiere al citado poeta, por lo que se nos permitirá la recordemos, ya que, por otra parte, entra en nuestra manera; una disgresión más que importa al mundo.

Elegido académico La Chaussée, se opuso siempre a la entrada a esa corporación de Piron y de Bouganville. Moribundo ya aquél, díjole a un amigo: sería divertido, que la Academia eligiera en mi reemplazo a Bougainville, lo que aconteció efectivamente, y éste se vengó con nobleza de su enemigo de siempre, haciendo un brillantísimo elogio de su antecesor.

Pero los tiempos han cambiado en lo fundamental, la república con su idiota nivelación lo ha echado todo a perder, y las cosas van por ese camino desgraciadamente en alarmante aumento

incontenible, porque la ola engrosa con miríadas de recién llegados famélicos de dinero y de honores que quieren conquistar de sopetón.

No hace mucho al ocuparnos de una obra de bibliografía portuguesa próxima a aparecer y de que es autor el ex rey Manuel de Portugal, poníamos de manifiesto el triste espectáculo que al mundo dá aquel país, desde que goza de las delicias republicanas.

Ese artículo sobre literatura portuguesa, tan poco conocida entre nosotros, nos valió una preciosa carta de felicitación de un cultor de ella, nuestro viejo y querido amigo, el talentoso e ilustrado Fiscal de Cámara jubilado, doctor Jerónimo Balarino, de la que entresacamos, sin su autorización y sabemos que contrariándolo en su modestia exagerada, los tres siguientes párrafos:

"Un catálogo razonado, en que tal vez se incluyan "cancioneiros" y "romanceiros", fruto de un noble espíritu apartado de los sensualismos que la riqueza brinda, tiene que merecr su aplauso tan comunicativo por evocador de una época luminosa, tristemente extinguida.

"El gran Anthero de Quental lo gritaba en aquellos apóstrofes con que azotaba a fines del siglo pasado la podrida monarquía.

"Sin embargo, fortaleciendo esa ironía del contraste que es ley de la historia, tiene V'd. razón al expresarse despectivamente del actual esta-

do político portugués. Una noche magnífica cruzando la incomparable bahía desde Nictheroy a Pharont, decíame un distinguido brasileño, republicano convencido, hijo del mariscal da Fonseca: "la república ha ensuciado ese bello país, me entristece volver a Lisboa; en los mismos salones irradiantes un tiempo de gracia y fineza, se desbordan todas las groserías de palabras, maneras y conceptos".

No son constituciones buenas lo que nos falta, es otra cosa. Recordemos a Víctor Hugo, cuando dice:

La bonté, c'est le fond des natures augustes.

LESIONES — ESTUDIO MEDICOLEGAL

Dr. NERIO ROJAS

> Las disputas de los médicos hacen suponer, precisamente, su ignorancia.
>
> **Hipócrates.**

En este continuado acuse de recibo, que la educación nos impone con caracteres apremiantes, en homenaje a los autores que la deferencia tienen de enviarnos sus libros, con más o menos amable dedicatoria o sin ella, pocas veces nos vimos tan en figurillas, para cumplir aquel ritual, como en el presente caso, en el que nuestro cometido debemos llenar con respecto al libro "Lesiones" de que es autor el distinguidísimo profesor y sagaz psicólogo doctor Nerio Rojas, toda una autoridad, a quien desde ya y antes de pasar adelante, enviamos nuestro mejor aplauso, cálido, prolongado y sincero, como solo somos capaces de tributar.

Intensa sinceridad que no disminuída ni apocada, por el hecho más que probable, seguro,

que hemos de permitirnos, a título de diletantismo irreverente, disentir alguna vez con él, ya que por tratarse de la disidencia de un periodista y no de un médico, puede, debe, ni tomarla en cuenta ni darle importancia en aquello que salga del límite de la admiración, además de todo y por sobre cualquier consideración fuera del orden que fuere, porque no entrará a desempeñar rol de verdad ni siquiera probable, ni nada parecido, el pensamiento de Hipócrates, de que nos hemos servido como epígrafe, con el solo y exclusivo fin de que sea interpretado "a contrario sensu", malgrado no olvidar aquello de que no es mal sastre el que conoce el paño.

En abstracto, un libro que desde el punto de vista médicolegal se ocupe de lesiones, adquiere en cualquier parte del mundo civilizado, una importancia suma, pues la tiene hasta social. Ahora, aquí entre nosotros, esa importancia a que nos referíamos, se centuplica, dada la escasa literatura argentina existente respecto a tan interesante cuanto complejo e inagotable tópico, siempre nuevo, sobre todo a la luz de nuestro pésimo actual Código Penal, que se pone también de manifiesto en lo que a deformación del rostro se refiere, y con relación a lo que estamos de perfecto acuerdo con el doctor Rojas de que ella tal como está legislada comprende también al "sfregio" de los italianos y no solamente a la "deformazione".

Pero aun hay más todavía que acrecienta enormemente el valor intrínseco de la obra realizada: la forma eximia, magistral, en que ha sido llevada a feliz término y ser quien es el autor, un profesor de la talla y justa envidiable reputación, bien extendida, que ha sabido conquistarse rápidamente el doctor Nerio Rojas, pues su palabra elocuente es la de un verdadero y completo maestro, que sabe, que domina en absoluto su materia, y también el arte, a las veces arbitrario, pese a las múltiples reglas académicas, de agrupar y combinar las palabras. Arte de la que ha de surgir con galanura expresiva, su ciencia y su talento de expositor, es decir, amable, eficaz y fácilmente, lo que aprendió "de otros en la cátedra, la práctica o el libro", como el mismo maestro nos lo dice con modestia encomiable, en la breve introducción a su obra, en la que encontramos un encadenamiento de ideas-fuerza, que hace su estilo firme, nervioso, conciso y sostenido, de lectura fácil y agradable, no obstante tratarse sólo de apuntes.

El libro del doctor Nerio Rojas, además de enseñarnos deleitándonos, lo que él sabe, que es muchísimo, sobre estas cuestiones médicolegales complejas de las lesiones, pone de manifiesto, en evidencia, enorgullecedora para nuestra movediza intelectualidad, el cómo se enseña en la Facultad de Medicina de nuestra gran Capital, puesto que la obra que nos ocupa, está formada sobre la base

de las versiones del curso intensivo que el escuchado y respetado profesor dictara con unánime aplauso y general aprobación, durante el transcurso del año 1925, y de lo que no se resiente mayormente el método, como suele acontecer en las publicaciones similares. Otra faz encomiable de la bella labor realizada.

Colegas del autor y estudiantes estudiosos, espécimen cada día más raro, instaron al profesor a que las publicara, y en verdad que gratos debemos de quedarles a esos colegas y estudiantes, por su buen acuerdo, patentizador evidente e inequívoco, de que supieron perfectamente bien aquilatar el valor del pensaminto y práctica del maestro, volcados generosamente en las provechosas y jugosas páginas, que con sumo placer y curiosidad creciente hemos leído, ¿y, por qué no decirlo también? anotado; a las veces, cierto, solo con una admiración modesta o con palabra que a ella traducía, notas que Albert Cim, en su preciosa obra "Le livre", con más gracia que razón, llama "les notes bêtes". Otras veces ha sido una decidora interrogante, elocuente en su mutismo, que no siempre es la duda, pero que sí es "una ignorancia apercibida", para valernos de la expresión de otro ingenio francés: Lamennais.

El libro del doctor Nerio Rojas, que nos viene ocupando, al exteriorizar cómo él ha sabido enseñar la materia, llenando su augusta función do-

cente con maestría, en gran profesor, nos autoriza por lógica y natural implicancia, a presuponer fundadamente, un elevado término medio, muy satisfactorio y encomiable por cierto, del cómo se enseña en nuestra Facultad de Medicina. Enseñanza que honra al país y nos reasegura a todos nosotros los pobres legos mortales, perennes candidatos a enfermos cuando estamos sanos, que lloramos al hombre cuando muere en vez de llorarlo cuando nace, nos reasegura, decíamos recién, porque nos autoriza, desechando pusilánimes temores, a tomar como una simple y bella humorada la definición de Molière, de lo que son los médicos. Si bien esa definición ha dejado de ser como observación, trasunto fiel de la realidad aplicable a nosotros, como humorada, persiste sí, conservándola la espiritualidad, abonando el ingenio francés, el mencionado creador de la comedia moderna; Molière, en fin, de quien Vauvenargues, Ménage, Boileau y el mismo Fénélon, preferían a sus versos su prosa, nos dice en esta forma graciosa y áticamente: "Un médecin est un homme que l'on paye pour conter des fariboles dans la chambre d'un malade jusqu'á ce que la nature l'ait gueri ou jusqu'á ce que les remèdes l'aient tué".

La obra que hoy, complacidos y temerosos al mismo tiempo, nos toca examinar y noticiar, al solo y exclusivo título de franco tiradores de la crítica, que pensamos como Faguet no tiene in-

fluencia alguna, aun cuando debe ser según Renán suspicaz y desconfiada; es, como se habrán nuestros sagaces lectores percatado ya, por lo que dicho llevamos, un libro de carácter exclusivamente didáctico, en el que no se ha querido, con muy buen acuerdo, hacer obra de vulgarización, sino pedagógica, lo que, como es lógico, hace más árdua aunque no menos grata nuestra tarea. No obstante la estrecha correlación con el derecho, o mejor dicho, con su aplicación, la medicina legal tiene para nosotros el hermetismo de las ciencias ocultas, malgrado la atracción singular del estudio de los casos en los que suele mezclarse en dosis elevada la truculencia.

Pero, con todo, proseguimos en el camino emprendido, que presenta para nosotros en el caso, algo del plano inclinado, constatando la verdad que encierra la afirmación de Amelot de la Houssaye: "Il arrive souvent que l'ignorance inspire de la hardiesse et que la savoir est cause de timidité".

Y aun cuando pueda ser verdad, que la bondad de la crítica está en razón directa con la ignorancia del crítico en la materia sobre la cual pontifica, debe darnos valor para entrar de lleno en ella, su natural innocuidad como resultante necesaria y el bello verso aquel de Millevoye:

La critique des sots est l'encens du génie.

al que podríamos todavía adicionar el pensamiento despectivo de Alfredo de Musset, por los efectos curativos o sedantes, sobre las lesiones al amor propio, que la crítica, aún la más justa, suele producir; decía el genial autor de "Rolla":

> Je ne fais pas grand cas, pour moi, de la critique;
> Toute mouche qu'élle est rarement elle pique.

La obra del doctor Nerio Rojas, es indudablemente una producción de alto valor científico y mismo práctico, y es lástima que no le haya quitado su ilustrado autor, un poco más, el carácter de apuntes tomados en clase, que conserva demasiado a su exclusiva desventaja; el método, tan necesario, hubiera ganado y por él mismo hubiera sido entonces comparable a cualquiera de los clásicos, Balthazard, por ejemplo, a quien mucho ha puesto a contribución el doctor Rojas, con encomiable acierto siempre y buena fe inequívoca y constante.

Como el doctor Rojas en su introducción nos asegura que ha tomado la palabra "lesiones" en un sentido más amplio que el que se le dá en derecho y en medicina aisladamente, podría creerse que abarca toda destrucción o alteración en la anatomía de un órgano, ya sea por un proceso patológico o por traumatismo. No hay tal cosa, sin embargo; casi únicamente comprende lo que a esto último se refiere, es decir, que ha to-

mado en el hecho la lesión como fenómeno traumático de consecuencias penales.

No conocemos el o los programas de medicina legal de nuestra facultad, pero queremos suponer que la deficiencia de ellos, sea la causa generadora de las omisiones que resultan de no tratar los efectos producidos por los venenos, o cuando se trata, por ejemplo, de las congestiones internas producidas por la compresión del aire proveniente de una explosión. Pero mejor que así sea, porque así, podemos declararnos acreedores del doctor Rojas de un tratado completo de medicina legal; nadie en condiciones tan ventajosas como él, para llevar a feliz término, tan útil, bella y necesaria idea, él que es fuera de duda un gran laborioso y un talento robusto en plena floración.

El libro del doctor Rojas apareció precisamente cuando el crimen cometido en la persona del concejal doctor Carlos A. Ray, apasionaba a todo bicho viviente y ponía sobre el tapete de la pública discusión, las más absurdas suposiciones, sobre el cómo y el cuándo habían sido producidas las heridas que determinaron la muerte de la víctima, y sobre su presunto envenenamiento, y lo que puede constituir la mejor prueba de la diferencia de métodos y exposiciones, ante el problema médicolegal planteado pero no resuelto, en aquella circunstancia.

Esa interesante cuestión de establecer si las

heridas habían sido anteriores o posteriores a la muerte del sujeto que las recibiera, fué ya tratada en el siglo XVI por Ambrosio Paré, y cuya diferenciación sintetizaba así: "la herida hecha sobre el cadáver es blanca y no impregnada de sangre, la inferida sobre el ser viviente, es roja y sangrante. Además, los labios de la herida son flojos y blanquizcos en el primer caso, hinchados y amoratados en el segundo". Y Pablo Zacchias, el célebre médico legista italiano del siglo XVII, agregó a esos dos signos un tercero: la presencia de la sangre en las venas, cuando las heridas fueron hechas en el cadáver, y la vacuidad de los vasos, cuando lo fueron antes de la muerte.

No hemos resistido al deseo de transcribir las dos reglas anteriores, porque en su ingenuo laconismo, muestran un punto de partida y así tenemos también oportunidad de darle gusto a nuestra manía de viejo caprichoso, de mirar para atrás creyendo hemos de descubrir lo porvenir, y asimismo y dándonos ese inocente placer, recordar dos nombres célebres en la medicina, a quienes el doctor Rojas no ha tenido en cuenta para nada, probablemente con razón desde el punto de vista terapéutico y científico, pero con injusticia a la luz de la solidaridad profesional, y la que se extiende hasta los nombres de Gendry, Blény et Devaux, expertos que han dejado también obras de medicina legal que les valió cierta notoriedad

en su época y aun con mucha posterioridad.

Porque si bien es cierto que la organización de la medicina judiciaria en Francia data del siglo XVII y se le debe a Enrique IV, que la puso en manos de Jean de la Rivière, el nombre de Ambrosio Paré prueba que en el hecho existía y no sin cierto brillo en el siglo XVI.

Ambrosio Paré fué barbero en su juventud y mediante una vida de sacrificios y de estudio, llegó a ser una celebridad y hasta médico de Carlos IX, Enrique II y Enrique III.

Fué él, Paré, el primer médico que suprimió la cauterización por medio del aceite hirviendo de las heridas de arma de fuego, tratamiento hasta entonces en boga y que se fundaba en la creencia errónea de que los proyectiles introducían un veneno mortal.

Fué él, Ambrosio Paré, el primero asimismo, que ligó las arterias después de la amputación de un miembro, substituyendo con este procedimiento la cauterización por medio de hierro candente que se usaba hasta entonces, empleando su método por primera vez en el sitio de Damvilliers, procedimiento que hizo decir al Barón Richerand "bastaba para inmortalizar el nombre su autor y colocarlo en primera línea entre los benefactores de la humanidad".

Inmortalidad que no ha alcanzado sino muy relativa y pálidamente, no obstante su estatua en

bronce por el gran David d'Angers, erigida en Laval en el año 1840. Una obra de arte.

Otra particularidad de Ambrosio Paré, fué que escribió sus obras en lengua vulgar, como se decía entonces, cuando no se hacía en latín, lengua ésta que ignoraba, lo que no obstó para que el colegio de Saint-Come, de París, le otorgara gratuitamente el título de Maestro.

En cuanto a Pablo Zacchias, nacido en Roma en 1584, puede asegurarse que fué el más grande de los médicos legistas del siglo XVII. Sus "Cuestiones médicolegales", constituyen un formidable infolio de mil doscientas páginas editado en 1651 en Amsterdam; en ellas se encuentran verdaderos tesoros de erudición y mina inagotable de informaciones médicas y teológicas.

La cuarta edición de esta obra cuya lectura es evidentemente árdua, pues su redacción peca de una difusión extrema, defecto muy italiano, se encuentra en nuestra Biblioteca Nacional, y no creemos pueda dejar de leerse aun hoy, por todo aquel que se dedique al estudio de la medicina legal, pues es inimaginable la suma de los conocimientos contenidos en esa olvidada obra.

A riesgo de salirnos en demasía de los límites que debiera tener esta noticia, no podemos menos que traducir del latín una parte del índice de la obra, pero solo en sus títulos principales y prescindiendo de los subtítulos, bastará ello, sin em-

bargo, para dar una idea aproximada de lo que realmente tiene de monumental, sin tener en cuenta el contenido de los tomos 3 y 4, que se refieren más a religión que a medicina. El índice del tomo primero, es el siguiente:

Libro I — De la edad — Del parto legítimo y vital — Del aborto — De la muerte por parto — De la similitud entre padres e hijos.

Libro II — De la insania y sus lesiones — De los venenos y lo a ellos pertinente (encantamientos, fascinación, etc.) — De las enfermedades y causas de la muerte.

Libro III — De la impotencia "coeundi" y "generandi" (Esterilidad femenina, imperforación, hermafrodismo, eunucos, etc. — De la simulación de las enfermedades — De la peste y contagios.

Libro IV — De los milagros (De los verdaderos y falsos milagros; la profecía, el éxtasis, el rapto, ayuno prolongado. Muerte milagrosa, cadáveres incorruptibles. Resurrección de los muertos) — De la virginidad y del estupro.

Libro V — Del ayuno y las pascuas — De las lesiones: Qué es herida y úlcera; diferencia entre ellas — Diferencia entre las heridas: Las heridas de naturaleza no mortal — De las heridas que causan la pérdida de miembros o deformidades — Conjeturas sobre las heridas mortales o no mortales y conjeturas sobre el tiempo entre la herida

y la muerte — De las heridas envenenadas — Heridas sangrantes, etc. — Percusiones no sangrantes: golpes: puñetazos, bofetones, azotes y latigazos — Asfixia, sumersión, etc. — Miembros: mutilación y debilitamiento — Condiciones de higiene: aire, agua, etc., etc. (cloacas, acueductos, canales, etc.).

Tomo II, Libro VI — Errores de los médicos — De los tormentos y las penas — Relación entre la medicina y el derecho.

Libro VII — De los monstruos — De los oficios divinos — Del delito conyugal — De los estigmas—Irregularidades funcionales — Remedios, Farmacia. Cirugía — Peste, lepra, etc. — Del feto humano — Del feto por parto cesáreo — Tabaco, vino.

Y otras cosas más alejadas de la medicina legal que no transcribimos para no alargar esta noticia del libro del doctor Rojas, al que vamos de inmediato a volver.

Desde ya, y valiéndonos de la autoridad que nos da nuestra supina ignorancia en la materia, discrepamos con el clásico Tardieu, en cuanto sostiene que el médico legal no necesita estudiar el veneno en sí mismo, sino el crimen cometido con él. Proposición tan absurda, se nos ocurre, como sería sostener, que no necesita conocer el revólver o el cuchillo en sus efectos productores de heridas, y que se puede llegar a las mismas deduc-

ciones sobre un ahorcado, sin conocer para nada la soga, que conociendo no sólo las distintas formas de nudos y lado en qué quedó éste, sino hasta la diferente elasticidad entre la cuerda de algodón y la de cáñamo. No entraremos a referir aquí, por ser demasiado conocidos, los estudios sobre estos puntos y cómo, del conocer si la elasticidad de una cuerda pudo producirse posterior o anteriormente al fallecimiento y bajo qué peso, se ha hallado la distinción entre un suicidio un homicidio. Recuérdese el caso del Príncipe de Condé, que es típico y curioso.

El médico legista debe, por el contrario, conocer los venenos como las armas, y así, no se llegaría a afirmar para el tiro de escopeta, por ejemplo, una determinada zona de dispersión a determinada distancia, sin hacer el indispensable distingo del arma con la cual el disparo se hizo.

Conocimientos de viejo cazador, deporte que allá en nuestra ya lejana mocedad, servíanos de esparcimiento reconfortante en la tranquila vida provinciana, al mismo tiempo que curioso observador del tiro de escopeta y sus efectos, algo de la experiencia podemos deducir, deduciremos, aun cuando ni difícil y ni tan siquiera improbable es que desbarremos al rememorar pretéritos sucesos y empíricos conocimientos.

Si en libros más o menos antiguos, es decir, cuya primera edición se ha hecho hace cuarenta

o cincuenta años, puede admitirse que se diga que a veinticinco metros la dispersión de los perdigones o municiones, como se les llama, de una escopeta, abarque un área tal, aclarando apenas que varía algo según la pólvora y el arma, sin establecer estas diferencias, en un libro moderno esto es inadmisible.

Una escopeta puede diferenciarse tanto de otra en los efectos de su tiro, como puede diferenciarse uno de los cañones de bronce que guarda como reliquia nuestro Museo Histórico con uno de esos modernos "75".

Hemos tenido en nuestras manos y ensayado, desde aquella primitiva "chocolatera" de cargar por la boca, hasta las modernas Birmingham, Saint-Etienne, Nessouvax y Eibar. La construcción interna de los caños no sólo se diferencia de una a otra, sino que es sabido que las buenas escopetas, tienen cada uno de los caños hechos en distinta forma para obtener distinto resultado. Así, la misma arma con uno de los caños — regularmente el izquierdo — a cuya disposición interna se llama "chokebored", agrupa los perdigones a cuarenta metros de distancia, dentro de una circunferencia de sesenta centímetros, mientras que en el otro caño a esa distancia, los dispersa sobre una de más de un metro si es "half choke-bored" y de dos si es simple.

¿Podría el perito en caso de disparos con es-

copeta sobre varias personas (recuérdese a Mateo Banks), afirmar una mayor distancia entre uno y otro basándose en el área de dispersión, si no conociera la técnica de esta clase de armas?

Lo mismo sucede respecto al alcance y fuerza; se afirma por ejemplo que más allá de veinte metros las municiones no atraviesan totalmente la piel.

Esta fuerza de penetración se duplica para el caño "choke-bored" o se triplica si se trata de municiones templadas.

Debemos todavía profundizar el examen en dos factores esenciales, además de los de escopeta y las municiones: la pólvora y los tacos, lo que equivale a la presión inicial.

Todos sabemos que la generalidad de las pólvoras corrientes pueden dividirse en dos grandes grupos: la negra y las mal llamadas pólvoras blancas o piroxiladas. Los efectos de cada una en el tiro, concentración en el blanco y poder de penetración de las municiones, varían de una a otra en forma notable.

Debe, al menos en nuestro país, tenerse en cuenta que lo usual es la pólvora negra y la excepción las piroxiladas o pólvoras sin humo. La fuerza de ésta es, si bien mayor, más irregular, y tan sensible a los cambios de temperatura como al grado de humedad del aire. Por otra parte, es corriente, entre nosotros, porque en Europa esto

no sucede, el no tener en cuenta la proporción en que entran estas pólvoras blancas, y cuando debiera usarse para cinco gramos de pólvora Curtis, por ejemplo, tres de la piroxilada, reemplazar aquella por casi la misma cantidad de ésta, lo que da un tiro sumamente abierto. Otra cosa más corriente aún: conociendo la menor cantidad de pólvora blanca y no usando cartucho especial de recámara gruesa, suele acabar de llenárselo con municiones y, quedando más cartucho vacío, el plomo viene a aumentar considerablemente en peso, dando tiros de poca fuerza que, disparados sobre una persona a solo veinte metros darían la impresión de haberlo sido a cuarenta o cincuenta, por haber quedado los perdigones casi a flor de piel, como hemos podido apreciar en un accidente de caza.

El perito debe, pues, tener en cuenta el cartucho usado, lo que la mayoría de las veces le dará la clave para conocer la pólvora empleada, pues abierto a lo largo, un escrupuloso observador podrá hallar en él como exactos los siguientes datos: clase de pólvora usada, por los residuos de combustión; cantidad de la misma, por las señales evidente que deja el taco; grueso y calidad de éste que tiene importancia primordial como veremos; cantidad de munición del tiro por la distancia entre la señal del taco y las arrugas que forma el borde del cartucho; y como probables

los datos de relación entre las municiones halladas en la víctima y las usadas en el tiro, calculadas por la distancia entre las marcas de presión que deben existir en el cartucho; estas mismas marcas darán idea aproximada de la presión del plomo y pólvora. De este conjunto de factores seguros y probables debe salir un informe lo más aproximado posible a la verdad.

La relación de granos de plomo que entran en determinada superficie, según se use el caño simple o cilíndrico o el "choke-bored", tomado de los datos obtenidos en la "Ecole de Tir", de Francia, están representados en la siguiente tabla, que se refiere a municiones gruesas del N° 2, y a un cartucho del calibre 16.

Distancia en metros del blanco	CAÑO CILINDRICO		CAÑO CHOKE-BORED	
	Separación de los plomos	Díam. del blanco conteniendo el 95 % de munic.	Separación de los plomos	Díam. del blanco conteniendo el 95 % de munic.
10	0,044	0,33	0,029	0,22
20	0,12	0,99	0,078	0,65
30	0,195	1,55	0,135	1,10
50	0,36	3,00	0,28	2,30
70	0,60	5,00	0,52	4,30

Se ve por esta tabla, que la importancia de conocer lo que llamaríamos datos fijos, es primordial para el perito, quien con ellos por base puede establecer los inciertos.

No entramos en más detalles por justificado

temor de pecar de excesivamente prolijos, pero podríamos insistir por ejemplo, en lo que se refiere a caños con semirayado, solo en el extremo del ánima, a fin de tirar con munición o bala y de las escopetas de tres o cuatro caños.

En cuanto a efectos y sobre todo a dirección del tiro, tienen también gran importancia para el médico legista; recuérdese si no el ya citado crimen de Vicente López, en el cual ese detalle parecía debía tener una capital importancia para la solución en pro o en contra de los acusados o sospechados como autores, y lo que dió origen a un ridículo informe de los llamados peritos en balística, que arribaron a conclusiones idénticas a las de los célebres doctores aquellos de la conocida y olvidada zarzuela "El rey que rabió", los que después de largas cavilaciones y laboriosas consultas llegaron luminosamente a ponerse de acuerdo, en que el perro que había mordido al rey, podía estar rabioso, como podía no estarlo.

Pero ya es tiempo que dejemos tranquila a la escopeta, no sea que algún lector harto de nuestra disquisición, resolviera hacer uso del mismo instrumento que nos ha servido para torturarlos y tomar con él cumplida y completa venganza.

Ocupándose el doctor Rojas de la estrangulación, nos dice: "Se considera que, generalmente, la estrangulación es una forma criminal de muerte. La hipótesis de un accidente se le puede

dejar de lado; la del suicidio está justificada en ciertas condiciones, aunque el hecho es excepcional. Se han producido algunos casos mediante la maniobra del garrote que el propio sujeto hace girar para estrangularse, u otra forma rara usada por una mujer que ató la cuerda a una pata de la mesa, la dió vuelta por el cuello con un nudo corredizo se acostó más lejos y después, en un movimiento brusco, tirando con la cabeza horizontalmente sobre la cuerda, estrangulóse. (Hervé, Hoffmann). Son formas de suicidio muy excepcionales, pero en esos casos las condiciones objetivas, las circunstancias del hecho, imponen la sospecha".

A este respecto recordamos nosotros el caso clásico del suicidio del general Pichegru, que se estranguló con su corbata en un calabozo de la prisión del Temple, donde se encontraba detenido durante la instrucción del proceso de la conspiración Moreau contra Napoleón. Los enemigos de éste han negado el suicidio y proclamado el asesinato como verdad inconcusa. Desde el punto de vista histórico para nosotros no existe la menor duda de que se trató de un suicidio, desde la faz médico legal, confirmamos esa conclusión, sin que ello importe desconocer las particularidades del caso, que por eso precisamente lo clasificamos de clásico, ni ignorar que Chaussier tiene razón al decir que el médico legista no puede afirmar que

hay suicidio con solo el examen del cadáver. J. B. Balliére, tiene una interesante obra titulada: "La pendaison, la strangulation, la soffocation, la submersion".

Por otra parte no es tan raro tampoco el suicidio por estrangulación; los doctores Villeneuve, Marc, Le Roux, Louyer-Villermé, Ollivier (d'Angers), Collineau, Nacquart, Mérat, Chomel y Rullier, entre otros, citan casos diversos y concluyentes que prueban la posibilidad de tal clase de muerte voluntaria, en lo que también conviene Orfila. Villermé, asegura que esa forma de suicidio es común en Córdoba, España, en donde se la llama garrote.

Pero, en fin, es tiempo de detenernos, poner término recapitulando y asegurar al doctor Nerio Rojas, que puede estar más que satisfecho, pues ha alcanzado con creces y con mucho brillo la meta que él había buscado, de hacer perdurar la acción docente del profesor en su función augusta oral y práctica.

Ha escrito un libro de indiscutible mérito científico, que además de valer por eso, será de inestimable valor para magistrados, peritos, abogados y estudiantes, para quienes deberá necesariamente ser el libro de cabecera, aquí donde el hábito de la portación de armas no decrece en la forma que la educación y el imperio del derecho debiera hacerla disminuir, y lo que probaría

una vez más la necesidad de leyes severas y aun hasta crueles.

A medida que las leyes penales se dulcifican, la criminalidad aumenta, nosotros aquí estamos palpando tal desastroso resultado; es que será siempre indispensable hacer por medio de la ley lo que no puede hacerse por las costumbres; lo demás es articular utópicas declamaciones de románticos.

Volviendo a la portación de armas, diremos que sobre tal tema Bournet escribió una muy interesante tesis bajo el título: "La criminalité en Italie", que en puridad de verdad sentimos no poder ni aun rápidamente siquiera analizar aquí; pero ya es tarde, hemos abusado demasiado del inocente y problemático lector, con nuestras pequeñas observaciones carentes de importancia y henchidas de frivolidades.

Montesquieu, decía: "Tengo la enfermedad de hacer libros, y de avergonzarme cuando los he hecho". Podemos decir lo mismo sustituyendo "artículos" por "libros".

Aun cuando el doctor Nerio Rojas no debe necesitar para saberlo, para de ello estar íntimamente, profundamente convencido, que ha hecho buena, eximia obra, vaya no obstante nuestra modesta afirmación en tal sentido, pues aunque desprovista de toda autoridad, sinceramente sentida sí, y con caracteres de felicitación y aliento, para

proseguir en el duro bregar de la búsqueda de la verdad, que es lo único que se puede exigir, ya que encontrarla es harina de otro costal, y ya que después de todo, es más allá de las ilusiones que se pierden, donde está el nudo fuerte que nos ata a la vida, aun cuando es cierto que la ciencia es menos rica en flores que en frutos, a la inversa de la literatura.

Todo, malgrado la afirmación de Sully Prudhomme: "La conception de l'homme est bornée, pourtant il sait que l'infini existe; ses travaux sont pleins d'erreurs, pourtant il sait que la raison par elle-meme et infallible. Quelle misère!".

No obstante tan desconsoladora como exacta conclusión, recuerde el ilustrado autor a quien vamos a dejar de molestar ya, que aparte las satisfacciones naturales que toda obra buena realizada nos proporciona, sea ella del calibre y calidad que fuere, es "tal vez el único bien que realmente nos pertenece: el fruto de los trabajos del pensamiento". Así nos lo asegura Chateubriand en su mirífica manera. Creámosle.

Sí, es el único bien, aun cuando más no sea, porque nos deja un recuerdo impoluto, diáfano, de momentos felices que se fueron, y así repetir podemos con Alfredo de Musset:

> Un souvenir heureux est peut-être sur terre
> Plus vrai que le bonheur.

INDICE ALFABETICO DE PERSONAS CITADAS

A

Abeledo (V.), 205.
Abram (P.), 183.
Adam (P.), 163.
Addison, 114, 199.
Adraste, 88.
Agnés (La mère), 65.
Albalat (A.), 200.
Alberdi (J. B.), 184.
Alcocer (T.), 134.
Alekine, 125.
Ambrogi (A.), 29.
Amelot de la Houssaye, 234.
Amézaga (M.), 201.
Amiel (H. T.), 24, 43.
Anatole France, 110, 111, 181.
Andrieu (J.), 181.
Angélico (Fray), 56.
Angers (David d'), 239.
Annelet (T. d'), 69.
Apollinario Sidonio, 125, 127.
Aretino, 175.
Aristóteles, 141.
Arnaud, 13, 80, 82.
Arnould (Sofía), 169.
Ascencio (J. M.), 67.
Aubery (G.), 182.
Augier (E.), 164.
Augier (G.), 74.
Aulo Persio, 23.
Avellaneda Huergo (A.), 103 a 147.
Avesues (J. D'), 183.
Avigdor (P.), 183.
Ayarragaray (L.), 180.

B

Bacon, 56, 152.
Balarino (J.), 226.
Balbiani (Princesa), 136.
Balmford (J.), 129.
Balthazard, 235.
Balzac (H. de), 15, 71, 208, 209.
Ballière 249.
Bandiera (P.), 68.

Banks (Mateo), 244.
Barbey d'Aurevilly (J.), 91, 92, 149.
Bas (Arturo M.), 205 a 229.
Bataille (H.), 163.
Baudelaire (C.), 89, 125.
Bayle, 72.
Beaumarchais, 156.
Beaunier (A.), 5.
Beauvilliers (Claude), 67, 68, 69.
Beauvilliers (María), 67, 68.
Beffroy de Reigny, 60.
Béranger, 32.
Bernard (C.), 45, 206.
Bernis (Cardenal), 141.
Bernouille, 143.
Bertall, 208.
Bertaut, 170.
Billy (A.), 66.
Blény, 237.
Bocaccio, 175.
Boileau, 58, 72, 168, 170, 188, 191, 233.
Boiste, 114, 145.
Bonnecase (J.), 181.
Bordeaux (H.), 47.
Bordet (L.), 56.
Borgia (C.) 175.
Bossuet, 57, 78.
Bougainville, 225.
Bouillot (V.), 180.
Bournet, 250.
Boutroux (E.), 182.
Brizeux, 57.
Brossette (Cl.), 72.
Brueys, 109.
Bruhier, 140.
Bryce, 219, 222.
Burke (Ed.), 96.

C

Cabrera Domínguez (A.), 199.
Calatayud (P.), 134.
Calderón de la Barca, 34.
Calígula, 132.
Callé, 225.
Campant (P.), 181.
Campos Moreno, 40.
Cantilo (J. L.), 27.
Capablanca, 125.
Caporali (E.), 62.
Caramillo de Pereyra (M. E.), 192.
Carlos IX, 234.
Carlyle (T.), 22, 74.
Carrière (M.), 32.
César (Julio), 125, 132.
Cicerón, 168.
Cim (A.), 232.
Claudio, 132, 134.
Clemenceau (G.), 46.
Clemente XI, 73.
Coignard (A.), 158.
Coirard (L.), 182.
Colbert, 139.

Colet (Louise), 108.
Coligny (Almirante), 170.
Colleridge, 156.
Collet (J. A.), 181.
Collin (P.), 182.
Collin D'Arleville, 177, 216.
Collineau, 249.
Collombet, 127.
Compayré, 182.
Comte (A.), 162, 180.
Condé (Príncipe de), 242.
Corneille (P.), 185.
Cornelius Scipio (L.), 127.
Cornelius Scipio (P.), 127.
Cotin, 225.
Coulon (H.), 183.
Cournot, 142.
Courrège (L.), 181.
Cousin (V.), 18, 69, 78.
Crabb, 146.

Ch

Chamfort, 175.
Chaneton (A.), 198.
Chargnes (R. de), 183.
Charlevoix, 67.
Charpentier, 128.
Chasles (Phil), 170.
Chateaubriand, 48, 49, 190, 192, 251.
Chaussier, 248.
Cherbuliez (V.), 15.
Cheronne (A.), 183.
Chesterfield (Lord), 47.
Chevalier (M.), 202.
Cheyson, 182.
Chomel, 249.

D

D'Alembert, 175, 207.
D'Allemagne (R.), 120.
Dante, 50.
Daudet (A.), 190.
David, 20, 103.
De Bonald, 10
De la Grasserie (R.), 181.
Debussy (C.), 18.
Defresnois (Ch.), 183.
Delassus (H.), 181.
Descartes, 79.
Devaux, 237.
Díaz del Castillo (Bernal), 34, 44.
Dom Cheronnet, 69.
Dorat, 95
Dostoyewsky, 51, 53, 145, 146.
Duboyet (Abbé), 181.
Ducis (J. F.), 95.
Duguet, 82.
Dumarsais, 205, 206.

E

Eaco, 132.
Eça de Queiroz, 96.

Eckstein (F.), 146.
Echagüe (J. P.), 193.
Echeverría (E.), 198.
Emerson (R. W.), 28.
Empédocles, 88.
Ennio, 12.
Enrique II, 238.
Enrique III, 238.
Enrique IV, 68, 133, 134, 238.
Erasmo, 175.
Erbach-Erbach (J.), 135.
Ermoni (V.), 134.
Esopo, 66.
Espinosa, 142.
Esquirol, 100.
Esterhazy (Condesa), 136.
Estrées (Gabriela), 68.

F

Faguet (E.), 81, 181, 233.
Fechner (G. T.), 32.
Felipe el Hermoso, 133.
Fenelón, 233.
Feré, 100.
Fernández (A.), 68.
Fernández (J. F.), 68.
Fernández (Macedonio), 59.
Fernández (Patricio), 68.
Feuillet (O.), 190.
Fieschinger, 158.
Filemón, 95.
Folat Miller (R.), 146.
Fonseca (M. da), 227.
Fonsegrive (G.), 171.
Fontenelle, 170, 210.
Forbes (C. R.), 131.
Fouquier - Tinvillè, 75.
Francker (Rev.), 129.
Frèrejouan de Saint, 108.
Frévielle, 105.
Fromentin (E.), 49, 62, 63.
Fuentes y Castilla (R. de), 183.
Funes (Greg.), 198, 199.

G

García h. (J. A.), 31.
Gataker (T.), 129.
Gazier (Aug.), 78, 80.
Geffroy, 74.
Gendry, 237.
Gerberon (G.), 105.
Godín (P.), 181.
Gómara, 34.
Goncourt (E.), 190.
Goncourt (J. de), 190.
González Garaño (A. B.), 40.
Gourmont (R. de), 155.
Grand Carteret (J.), 181.
Grégoire, 127.
Groussac (P.), 27 a 50, 155, 190.
Guez de Balzac, 11.
Guillaume (Abbé), 128.

Guillermo de Orange, 130.
Guizot, 125.
Guyot, 125, 182.
Gyp, 81.

H

Hachette, 120.
Hafiz (El Sufí), 213.
Hallays (A.), 80.
Harding, 131.
Hartmann (R.), 58.
Hauriou, 162, 180.
Hayem (H.), 182.
Hegel, 39, 40.
Heráclito, 20, 109.
Hervás, 68.
Hervé, 248.
Hipócrates, 229, 230.
Hoffmann, 248.
Homero, 19.
Horacio, 14, 17.
Hosmis, 64.
Houssaye (A.), 57.
Hugo (Víctor), 225, 227.
Humboldt, 48.
Hume, 142.
Hyde (Th.), 104.

I

Inocente III, 135.
Irene (Emperatriz), 106.
Irving (W.), 67.
Isidoro Hispalense, 21.

J

Jacob (de Israel), 123.
Jacquard (C.), 183.
Jáuregui (J.), 130.
Jean Paul, 193.
Joncourt (P. de), 128.
Joubert, 80.
Jouffroy (T.), 18, 19, 200.
Juan de Austria, 175.
Juana de Castilla, 138.
Juliano el Apóstata, 132.
Junius Canius, 131.
Justiniano, 107.
Justus (Pascasius), 129, 130.
Juvenal, 16, 112, 118, 132.

K

Kalil Gilbran, 25.
Kant, 139.
Karr (A.), 136.

L

La Boetie, 80.
La Bruyère, 69, 80, 103, 109.
La Chaussée, 225.
La Placette (J.), 128, 129.
La Rochefoucauld, 80.
La Serna, 201.
Labra (R. M. de), 184.
Lacenaire, 96.
Lacordaire, 47.

Ladvocat, 81.
Laferrère (A. de), 27, 30.
Láinez de Mujica Farías (L.), 51 a 83.
Lamartine, 48, 49, 149, 173.
Lamberti (A.), 145.
Lamennais, 98, 232.
Lamothe le Vayer, 11.
Lapié (P.), 182.
Latena, 169.
Laurient Bailly. 183.
Le Bas, 81.
Le Brun, 60.
Le Roux, 249.
Le Tellier, 73.
Lebel, 139.
Léfévre (A. M.), 105, 106.
Léfévre (Ch.), 183.
Lefort (Mme.), 78.
Legrand (L.), 182.
Lemaitre de Saci, 63.
León (Luis de), 49.
León (Ricardo), 44, 203.
Lepaige (L. A.), 78, 79.
Lepautre (A.), 81.
Levillier (R.), 180.
Lichtemberger, 182.
Locke, 22.
Longueville (Mme.), 69, 78.
Loti (Pierre), v.: Pierre Loti.
Lotze (H.), 58.
Louis (P.), 163.
Louyer-Villermé, 249.
Luciano, 85, 86, 109.
Luis XIV, 73.

M

Madero (F.), 40, 191.
Maeterlinck (M.), 163.
Mahoma, 123.
Maintenon (Mme.), 73.
Maistre (J. de), 13, 162.
Mallarmé (S.), 211.
Manuel (Rey de Portugal), 226.
Marais (M.), 72.
Marc, 249.
Marcial, 9.
Marchena (A. de), 67.
Margueritte (P.), 163.
Margueritte (V.), 163.
María Enriqueta, 192.
Marivaux, 170, 187, 188, 189.
Marmontel, 18.
Marro, 98.
Martín (H.), 79.
Massillon, 57.
Maximilienne de Sirène, 91.
Medina (J. T.), 68.
Ménage, 233.
Menandro, 90.
Mendiburu, 201.
Menéndez y Pelayo, 19, 58, 147.
Merat, 249.
Michelet, 47.
Migrazi, 136.

Miguel Angel, 56.
Milton, 19, 64.
Millevoie, 234.
Minos, 132.
Mirabeau, 164.
Mirbeau (O.), 163.
Molière, 121, 194, 233.
Monlau (P. F.), 174.
Monod (G.), 78.
Montaigne, 17, 80, 126.
Monteagudo (B.), 191, 197, 198, 201.
Montesquieu, 104, 118, 250.
Moratin, 134.
Moreau (Gral.), 248.
Moreau (H.), 175.
Morel Vindé, 144.
Moreno (A.), 85, 101.
Moreno (E. V.), 187.
Moreri (L.), 81.
Morguerie (A), 182.
Moriaud (P.), 181.
Morisset (L.), 96.
Morley (J.), 17, 28.
Motteville (Mme. de), 170.
Muñoz (J. R.), 197.
Muriel, 68.
Musset (A.), 76, 91, 127, 190, 235, 251.

N

Nacquart, 249.
Napoleón I, 74, 248.
Naquet (A.), 183.
Neufchateau (F. de), 162.
Nicole (P.), 13, 80, 82.
Nietzsche, 104.
Ninon de Lenclos, 73, 169.
Noailles (Card.), 73.
Nodier (Ch.), 125.

O

Ocampo (V.), 18.
Ochoa de Amézaga (A), 201.
Ollivier (d'Angers), 249.
Onèsimo, 95.
Ordóñez, 191, 197.
Orfila, 249.
Ots (J. M.), 180.
Ottin, 69.
Oviedo, 34.

P

Palmade (M.), 183.
Paré (A.), 237, 238, 239.
Parent Duchatelet, 100.
Pascal (B.), 80, 82, 123, 199.
Pascaud (H.), 183.
Passy, 182.
Patricio (P.) 67.
Paz Soldan (M. F.), 201.
Pérez (Juan), 67.
Pérez de Marchena (J.), 67.
Petrarca, 25.

Pibrac (Gui du Faur), 127.
Picot (E.), 68.
Pichegrú. 248.
Pierre Loti, 47, 49, 63, 64.
Pimentel, 133.
Piron, 66, 225.
Planudes, 66.
Platon, 17, 92.
Plinio, 140.
Plotino, 13.
Ponelle (L.), 56.
Ponson (Mme.), 180.
Pope, 146.
Porcius Latro, 140.
Prévost (E.), 182.
Prévost (M.), 163.
Prévost Paradol, 80.
Proclus, 13.
Propercio, 23.
Prudhomme, 178.
Pucciarelli (C.), 14.
Pyat (F.), 156.

Q

Quental (A. de), 226.
Quesnel (P.), 73.
Quincey, 51.
Quinquela Martín, 175.
Quintiliano, 29, 61, 164.

R

Rabelais, 66.
Racine, 149.
Radamanto, 132.
Ray (C. A.), 236.
Rébora (J. C.), 149 a 185.
Régnard (J. T.), 121, 147.
Renan (E.), 18, 116, 146.
Renaut (J.), 180.
Retz (Cardenal de), 78.
Revel (C.), 141.
Rey (M.), 182.
Reynauld de Segraise, 126.
Richerand (Barón), 238.
Rivadavia, 38.
Rivière (J. de la), 238.
Robespierre, 75.
Rodrigo Octavio, 182.
Rodríguez Larreta (C.), 212.
Rodríguez Solis (E.), 181.
Rojas (Nerio), 225 a 247.
Roosevelt, 138.
Rosas, 38.
Rostand (E.), 190.
Rousseau (J. J.), 17, 43, 95.
Roy (P. Ch.), 77.
Rullier, 249.
Ruiz Amado (R.), 180.
Ruiz Guiñazú (E.), 27.
Ruskin, 191.

S

Sací, 82.
Sacy (Silv. de), 166.

Saint Cyran, 13, 79, 80, 82.
Saint Evremond, 91, 99, 101, 151, 153, 169.
Saint Pierre (B.), 88.
Saint Victor (P.), 42.
Sainte Beuve, 44, 63, 72, 77.
San Bernardino, 134, 135.
San Francisco de Salles, 126.
San Gregorio Magno, 21.
San Luis (Rey de Francia), 125.
San Martín (J. de), 191, 199.
San Mateo Ap., 103.
San Pablo Ap., 52, 95, 210.
Sarazin (J. F.), 126.
Sarmiento, 113, 114.
Savonarola, 118.
Saxe (Mariscal de), 175.
Schiller, 19, 55, 138.
Schopenhauer, 57, 60.
Séché (Leon), 72, 77.
Selgas (J.), 136.
Séneca, 11, 94, 140.
Sertillanges (A. D.), 56.
Sevigné (Mme. de), 13, 80.
Shakespeare, 111.
Sighele (Scipio), 185.
Silvy, 78, 79.
Simón (J.), 153.
Socquart (A. E.), 183.
Solon, 118.
Sommervogel, 68.
Soneyra (Concepción), 187 a 203.
Sorel (Pierre), 68.
Souter (D.), 124.
Spencer (J.), 124, 139.
Stael (Mme. de), 43, 144.
Strych (S.), 126.
Sully, 133.
Sully-Prudhomme, 27, 34, 46, 69, 251.

T

Tácito, 29, 121, 125.
Taine (H.), 11, 29, 36, 74, 178, 196.
Tardieu, 241.
Terencio, 13, 109, 161.
Tertuliano, 122.
Thiers (A.), 160.
Thiers (J. B.), 122.
Tiberio, 131.
Tinayre (Mme. M.), 71.
Tolstoi, 22.
Toulier, 178.
Tullius Cicero (M.), 127.
Tullius Cicero (Q.), 127.
Turgueneff (I.), 146.

U

Uzanne (O.), 163.

V

Valery (P.), 208.
Vanisterbeck (A.), 181.
Varnhagen, 40, 191.
Vauvenargues, 80, 150, 233.
Vendome (C. de), 175.
Vigny (A.), 80, 190.
Villarceau, 74.
Villemain, 191.
Villeneuve, 249.
Vinci (L. de), 175.
Virgilio, 12, 50, 149.
Vischer (F. T.), 41.
Vogüe (M.), 51, 52.
Voiture, 126.
Voltaire, 59, 95, 101, 119, 161, 200, 221.

W

Wagner, 182.
Wagner (C.), 53.
Wells (H. G.), 176.
Wilde (O.), 218.

Z

Zacchia (P.), 237, 239.
Zamet (S.), 13.
Zola (E.), 190.

INDICE DE MATERIAS

Dedicatoria	Pág.	7
Letraduría	"	9
Páginas de Groussac — Noticia preliminar por A. de Laferrère	"	27
Recordando... — Lucía Láinez de Mujica Farías	"	51
La justicia de instrucción y la ley positiva — Dr. Artemio Moreno	"	85
La represión del juego ante la ley, la justicia y la policía — Dr. Alfredo Avellaneda Huergo	"	103
La familia — Dr. Juan Carlos Rébora	"	149
De otra época — Segunda serie — Concepción Soneyra	"	187
El derecho federal argentino nacional y provincial — Dr. Arturo M. Bas	"	205
Lesiones — Estudio médicolegal — Dr. Nerio Rojas	"	229
Indice de personas citadas	"	253

Sobre papel azul "Atlantic Ledger", se han tirado doscientos ejemplares numerados, de este libro, los que constituyen la edición "princeps", acabada de imprimir en Buenos Aires, el día 18 de febrero del año de gracia mil novecientos veintinueve, en los talleres gráficos de Nicola Rondinone, Córdoba 1055.

Ejemplar N.° 19

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00043896187